

A woman with long dark hair, wearing a black sleeveless dress and black boots, is walking up a set of stone steps. The steps are made of large, rough-hewn stones and lead up a hillside. The background is a dense forest with green foliage and trees. The lighting is natural, suggesting daytime. The overall mood is contemplative and serene.

# EL MUNDO AL REVÉS

MYRIAM OLIVERAS

Fóscor

-8-

**El mundo  
al revés**

Foscor

**-8-**

*«Por increíbles peligros e innumerables fatigas, me he abierto camino hasta el castillo más allá de la ciudad de los goblins, para recuperar el niño que me has robado.*

*Porque mi voluntad es tan fuerte como la tuya y mi reino igual de grande...*

*No tienes poder sobre mí.»*

*[Dentro del laberinto, 1986]*

## 1. DESDE EL PRIMER DÍA EN QUE TE VI

—Así que el martes te marchas —le susurré a Echo, apenada.

Era un sábado por la noche a principios de septiembre, y ambos acabábamos de llegar a casa tras un largo paseo por el vecindario. Antes de abrir la valla que daba acceso a mi jardín, colindante al suyo, me detuve para mirarle.

Más alto y fornido que cuando le había conocido justo un año antes, él me sonrió, marcando aquellos irresistibles hoyuelos en su rostro bronceado. No es que en Foscor diera mucho el sol, pero a principios de agosto mi amigo había pasado un par de semanas en Menorca con su familia.

Yo misma había disfrutado de unos maravillosos días en las islas griegas con mi madre, lejos por fin de todos los horrores vividos en Foscor a lo largo del último año. Para mi gran alivio — pues no soportaba la idea de estar lejos de él—, mi viaje había coincidido casi en su totalidad con el tiempo que Echo había pasado fuera.

Una vez ambos hubimos regresado al pueblo, nos dedicamos a quedar casi a diario, aunque solo fuera para dar un paseo bajo la luna después de cenar. Por desgracia, aquello se acabaría pronto. El martes siguiente mi amigo se mudaba a Barcelona, aunque el curso universitario no empezaría hasta finales de mes, con lo cual al principio aún sería fácil verle. Pero a principios de octubre estaría tan liado con las clases que, tal vez, ya no tendría tiempo para venir a vernos.

O, mejor dicho, para verme mí.

Las cosas no habían cambiado mucho entre nosotros a lo largo de aquel año: seguíamos siendo amigos... solo amigos. Sin embargo, me daba la sensación de que entre nosotros flotaba cierta tensión que antes no existía. Puede que fueran imaginaciones mías, o que estuviera perdiendo la cabeza, tales eran mis ansias por confesarle de una vez lo que sentía por él.

—Sí, eso parece. —Su voz interrumpió mis pensamientos—. Pero solo es para hacer la mudanza con el coche y registrarme en el piso de estudiantes. Hasta de aquí un par de semanas no empiezo las clases, así que estaré yendo y viniendo sin parar.

—Y después también, espero...

—Por supuesto —me aseguró, dándome un apretón en la mano—. Lo siento, pero no te vas a librar de mí tan fácilmente.

—Más te vale —le dije en tono de guasa, sintiendo cómo el corazón se me aceleraba al perderme en el intenso tono dorado de sus iris.

Echo me sonrió con una súbita timidez y desvió la mirada.

—Ven, vamos a ver a Elvis.

Abrió la valla de su jardín, me dejó pasar primero y después la cerró tras de sí.

—Lo vas a echar mucho de menos, imagino —comenté mientras nos acercábamos a la caseta del perro.

Él asintió con la cabeza, pesaroso.

—Sí, es una pena que no pueda llevármelo... pero en la residencia no permiten animales, ni siquiera en los estudios individuales como el mío.

El *border collie* negro con manchas blancas salió ladrando alegremente de la caseta. Saltó primero sobre Echo y después sobre mí, loco de felicidad.

—Es adorable —me reí mientras le hacía carantoñas, agachándome a su lado.

Con una sonrisa satisfecha, mi amigo se sentó en el césped a mi lado.

—¿No vas a estropear tus flamantes pantalones nuevos? —añadí, burlona.

Señalé las bermudas de color beige que llevaba aquella noche, combinadas con un polo blanco de Lacoste y zapatillas del mismo color.

—Anda, cállate —bromeó él, apoyando la palma de la mano sobre mi mejilla como si me diera una bofetada, pero sin hacer fuerza.

Ruborizada, desvié la vista y respiré a fondo el fragante aroma de las plantas mientras el perro jugaba a nuestros pies, mordisqueándonos los tobillos. Echo le acariciaba las sedosas orejas, perdido en sus pensamientos.

—Aquí fue donde nos conocimos hace casi un año —declaró de repente.

—Pues sí... lo recuerdo bien. Aún faltan un par de semanas, de hecho.

—¡Vaya! Pensaba que no te acordarías —comentó él sin mirarme.

Yo inspiré hondo, armándome de valor antes de soltar las palabras que me quemaban en el pecho desde que le había conocido.

Era ahora o nunca.

—Nunca podría olvidarlo. Fue la noche en que me enamoré de ti.

Atónito, Echo levantó de golpe la cabeza y me miró. Se había quedado sin aliento, como si alguien acababa de darle un puñetazo. Una suave brisa se levantó a nuestro alrededor, intensificando los olores del jardín.

Yo me limité a devolverle la mirada, desafiante.

Él siguió contemplándome en silencio, como si no pudiera creer lo que acababa de oír, y entonces poco a poco inclinó la cabeza hacia mí, con una lentitud que traslucía su miedo, pese a todo, a que yo me apartara.

Cuando nuestros labios por fin se unieron, un calor intenso invadió todo mi cuerpo, como si una llama se hubiera prendido en mi torrente sanguíneo y, poco a poco, fuera incendiando todos mis órganos.

Le aferré por los indomables cabellos del color de la arena mojada, apretando su rostro perfecto contra el mío. El aroma a su champú afrutado, el mismo que llevaba enloqueciéndome desde que lo había conocido, lo inundaba todo.

En toda mi vida, nunca me había sentido tan bien, aunque al mismo tiempo, ni siquiera me parecía estar en mi cuerpo, sino flotando a varios metros sobre el suelo, contemplándome desde lo alto mientras besaba al chico que me había robado el corazón un año antes.

Cuando nos separamos para respirar, habría sido incapaz de decir si habían pasado solo diez segundos o un par de minutos. Ambos reímos, incrédulos todavía, y apoyamos las frentes la una contra la otra.

—Pensaba que yo no te gustaba —susurró él, muerto de vergüenza. Me robó otro beso hambriento y casi me dolió tener que apartarme para responder.

—¿Estás loco? Me gustas desde el primer día en que te vi.

—Y tú a mí, Evelyn. Desde que apareciste de pronto aquella noche en el jardín, como si fueras una especie de ángel.

—Qué exagerado —me mofé acariciándole la cara, aunque estaba secretamente encantada con la comparación—. Entonces, dime: si los dos estábamos locos el uno por el otro desde el primer momento... ¿por qué hemos tardado un año en confesárnoslo?

—Porque somos idiotas, supongo —musitó él con dulzura, restregando su nariz contra la mía—. Me siento aún más estúpido preguntándote esto, Evie, pero... ¿quieres salir conmigo?

Me eché a reír y le abracé, aún sin dar crédito a lo que estaba ocurriendo.

—Pensaba que eso ya se daba por entendido.

—Hum, no estoy muy seguro. Creo que tendrás que convencerme.

Su mueca traviesa hizo que las mariposas que revoloteaban en mi estómago se lanzaran al vacío en un triple salto mortal. Por un momento, el mareo estuvo a punto de hacer que perdiera el sentido y me desplomara.

Y al final lo hice, solo que entre sus brazos.

Solo una preocupación arruinó en parte el momento, y fue cuando me di cuenta de que tanta felicidad no podía durar mucho en Foscor. Hacía ya casi dos meses que no pasaba nada raro en el pueblo. Todo iba casi demasiado bien... ¿Hasta cuándo duraría aquella aparente calma?

Pugué por apartar los malos pensamientos de mi cabeza y centrarme en el presente. Nada podía ir mal mientras Echo estuviera a mi lado.

Reconfortada por esta idea, me olvidé de los malos presagios mientras sobre nuestras cabezas la luna llena proseguía impasible su camino por el cielo, ajena a los miedos y deseos de aquellos dos adolescentes enamorados que se besaban como locos sobre la hierba.

## 2. LA CALMA QUE PRECEDE A LA TORMENTA

Una media hora más tarde, me despedí de Echo con una sonrisa bobalicona y puse rumbo a mi casa, tras prometernos pasar el día siguiente juntos. Primero íbamos a desayunar con nuestros amigos, como cada domingo, pero cuando ellos se fueran a casa, nosotros nos escabulliríamos para hacer algo los dos solos.

Justo cuando salía a la calle, distinguí la figura de Pau en la acera de enfrente, apoyado contra la valla mientras contemplaba absorto la pantalla de su móvil, como si estuviera esperando a alguien. Vestía una de sus camisetas frikis —en esta ocasión, de Batman— y llevaba el pelo peinado de punta como de costumbre.

—¡Eh, Pau! —le llamé, acercándome a él—. ¿Qué haces aquí?

—Vaya... ya era hora. Quiero decir, hola, Evelyn —me saludó, sonriendo como una hiena—. ¿Habéis... «terminado»? —Dibujó unas comillas en el aire, y alzó las cejas dos veces con aire malicioso.

Me puse roja como un tomate y le di un empujón.

—¡Serás cerdo! ¿Estabas espiándonos o qué?

Él resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Ahora me tomas por un *voyeur*? —se quejó, meneando la cabeza—. No me interesan vuestros besuqueos, más allá del alivio de que os hayáis liado de una vez. Trish y yo ya estábamos a punto de pegarnos un tiro.

—¿Qué quieres decir? —exclamé, aún sonrojada.

—¿A ti qué te parece? Pues que ambos estamos hartos de aguantaros a los dos por separado —gruñó él, ajustándose las gafas con el dedo—. Un año entero de paranoias hasta que, por fin, os habéis decidido, majos. ¡Anda que os ha costado!

Le miré sin saber qué decir y él se echó a reír.

—Pero no pongas esa cara, mujer, si os estoy de broma... Ven aquí —exclamó, apretujándose entre sus brazos con torpeza—. No sabes lo mucho que me alegro por vosotros, tía, de verdad. A Trish le va a dar algo. —Soltó otra ruidosa carcajada—. Lo digo en sentido positivo.

—¿Tú crees? —Arrugué la frente, insegura—. Con ella nunca se sabe...

—Claro que sí, ya verás.

—Bueno, en todo caso, ¿me buscabas a mí o has quedado con él? —Señalé la casa de Echo con el pulgar.

—Ni una cosa ni la otra —se rio—, me aburría en casa y me he pasado a ver si le apetecía ver una peli. Por cierto, ya que te veo, te puedo dar la gran noticia. Iba a esperar a mañana para contároslo durante el desayuno, pero...

—¿De qué se trata? —pregunté, interesada.

—¡Mis padres han vendido el bar! —anunció, sonriente—. Se acabó eso de explotarme los findes o cada vez que a los señores les parecía bien.

—¡Vaya! ¿Y cómo es eso?

—No sé si te habrás fijado, pero mis padres son bastante mayores. Mi madre tuvo problemas para tener hijos al principio —me aclaró—. Luego ya ves, vine yo y, unos años más tarde, cuando ya ni se lo esperaban, las gemelas. El caso es que ambos están ya cerca de los sesenta y han decidido prejubilarse. Un tío que acaba de llegar al pueblo les ha hecho una oferta por el local y

la han aceptado. Llevan toda la vida trabajando como esclavos, así que se lo merecen.

—Me alegro mucho por ellos, en ese caso —dije con sinceridad—. Parece que las cosas van muy bien últimamente, ¿verdad? Todo ha estado demasiado tranquilo por Foscor... Ya me entiendes —añadí, medio en serio, medio en broma—, ningún ente maléfico intentando matarnos ni nada por el estilo.

—No sé qué decirte, tal vez solo sea la calma que precede a la tormenta.

—¡Ya empiezas a hablar como Trish! Creo que necesitáis pasar menos tiempo juntos —comenté en tono burlón, dándole una palmadita en la espalda.

Él abrió la boca para replicar, pero enmudeció cuando unos faros nos deslumbraron.

Instintivamente, ambos dimos un paso atrás y contemplamos cómo un Mazda negro entraba en el camino de acceso a la casa de enfrente y abría la puerta del garaje sin que su ocupante abandonara el vehículo. Al pasar por nuestro lado, no obstante, yo había distinguido una melena castaña y perfecta que, junto con el coche, me resultó inconfundible.

—¡Es Vero! —exclamé, sorprendida—. ¿Qué estará haciendo aquí? Trish no me comentó que fuera a venir.

—¿Ves lo que te decía? —señaló Pau, triunfante—. Ahí lo tienes.

—Hombre, no te negaré que la chica puede llegar a ser insufrible... —repliqué, jocosamente—, pero yo no la calificaría de ente maléfico.

—Te digo yo que se avecinan problemas —insistió mi amigo con regocijo, como si la idea le encantara—. Ya te acordarás de mis palabras cuando, en cuestión de unos días, estemos todos con la mierda hasta el cuello.

Tras hacerme un gesto de despedida militar, saltó con agilidad la verja de Echo y se adentró por su jardín como un vulgar maleante.

—¡Nos vemos mañana! —exclamó por encima del hombro—. Y no llegues tarde, ya sabes cómo me pongo cuando tengo hambre.

Puse los ojos en blanco y agité la mano en el aire, riendo escéptica ante sus funestas predicciones.

Qué poco imaginaba yo la razón que tenía y cómo, en efecto, recordaría sus palabras tan solo veinticuatro horas después.

### 3. BUENAS Y MALAS NOTICIAS

—Siento llegar tarde —jadeó Trish, desplomándose sobre el asiento a mi lado—. Menuda mañanita llevo.

Como cada domingo, nos habíamos reunido para desayunar los cuatro juntos en El Café de Nunca Jamás. Nuestra amiga nos había indicado que nos adelantáramos sin ella, pues había tenido un imprevisto en casa.

—¿Qué ha pasado? —indagué, añadiendo sacarina a mi café.

Trish solo había llegado diez minutos tarde y apenas acababan de servirnos. Aun así, Pau se las había arreglado para zamparse un *muffin* e iba a hincarle el diente al segundo. La gótica le miró con desagrado, meneando la cabeza de forma cómica, y después respondió a mi pregunta con voz fúnebre:

—La culpa la tiene la idiota de Vero, como siempre. Anoche...

—Ni siquiera nos habías dicho que venía —la interrumpí, un poco ofendida.

—¿Qué te pongo, cielo? —exclamó una voz nuestro lado.

Se trataba de Caty, la simpática solterona que se ocupaba de la cafetería desde que su anterior dueño, el señor Darryl —con quien habíamos vivido una espantosa aventura a finales del año anterior<sup>[1]</sup>— la hubiera puesto a la venta por una miseria tras ser ingresado en el psiquiátrico.

Atraída por aquella irresistible oportunidad, la señorita Catalina Bellpuig —una voluptuosa mallorquina cuyo estilo recordaba al de una *pin-up* estadounidense—, se había hecho con el local. Para nuestro alivio, no había modificado el nombre ni el aspecto de la cafetería, aunque más tarde nos enteramos de que esta era una de las condiciones *sine qua non* que el viejo loco había incluido en el contrato.

Al poco de abrir, la mujer nos confesó con su cantarín acento que su deseo inicial era encontrar un local para convertirlo en el típico *dinner* americano de los años cincuenta, pero ahora reconocía que la cafetería era perfecta tal y como estaba, con aquella decoración de cuento de hadas y la deliciosa oferta de dulces de todo tipo.

—Un café solo —pidió Trish enseguida—. Y bien cargado, que falta me hace.

—¡Marchando, cariño! —gorjeó la sonriente mujer, alejándose con el frufú de su almidonado uniforme amarillo.

—Bueno, ¿entonces estabas diciendo...? —intervino Echo, invitándola a continuar, y mordió con elegancia un trozo de su donut azucarado.

—Bueno, la petarda de Evie estaba gruñendo porque no os hubiera dicho lo de Vero —me pinchó la gótica, dándome un codazo—. Pero es que no lo sabía. Mi hermana siempre hace lo que le sale de las narices. Cada verano, lo normal es que, después de largarse de vacaciones por ahí con sus amigos, regrese a la universidad sin ni siquiera haber pasado por casa; según ella, es alérgica a este pueblo.

—Entonces, ¿qué está haciendo aquí? —indagué, frunciendo el ceño.

—No me has dejado acabar. Iba a decir que, como ha terminado la carrera, habrá venido a chulear de su logro, supongo. Eso sí, después de pegarse el gran verano en Riviera Maya con el grupito de esnobs insufribles que tiene por amigos.

—Bueno, ¿y qué te ha hecho para que estés tan furiosa?

—¿Aparte de respirar? —ironizó Trish, poniendo los ojos en blanco—. Pues que un poco más

y me fastidia el DVD de *Dentro del laberinto*.

—¡Vaya, vaya...! Ahora lo entiendo todo —exclamó mi chico, socarrón—. El DVD intocable. ¿Cuántas veces has visto esa película?

—Para tu información, se trata de una edición coleccionista que me acabo de comprar —replicó ella, mosqueada.

—Supongo que el otro se había pulverizado de tanto uso —añadí yo para chincharla, y le di un toquecito a Echo con el pie por debajo de la mesa, muerta de risa.

—¿Os vais a callar? Desde que os habéis liado estáis insoportables —protestó Trish, aceptando agradecida el café que acababa de traerle Katy. Sin añadirle azúcar, le dio un sorbo y prosiguió—: El caso es que anoche, Vero quiso aburrir a su club de fans local viendo la grabación de la ceremonia de entrega de diplomas. Como mi DVD estaba dentro del reproductor, la tía lo sacó y lo dejó tirado por ahí como si tal cosa, sin molestarse en meterlo en la caja. ¿Os imagináis si me lo llega a rayar?

—Una tragedia, sin duda alguna —asintió Pau, que se sobresaltó al recibir el inmediato coscorrón de Trish—. Eh, pero ¿qué haces? ¡Que hablaba en serio! Si alguien me raya alguno de mis DVD de series, lo mato.

—Perdona, había olvidado que eres un friki, y pensaba que te estabas cachondeando como estos dos. —Ella esbozó una sonrisita de disculpa y le revolvió el pelo mientras Echo y yo nos reíamos—. En fin, la cuestión es que esta mañana ha habido trifulca, porque para vengarme le he escondido su amada plancha GHD y la he hecho llegar tarde a una cita con no sé qué baboso del pueblo... Y lo mejor es que mi madre, como siempre, la ha defendido a ella.

—Bueno, ¿pero el DVD ha sobrevivido? —me interesé, esta vez de forma sincera.

—Por suerte para la integridad física de mi hermana, sí. En fin, cambiemos de tema o me dará algo. ¿Qué querías contarnos, Pau? Has puesto por el chat de grupo que tenías algo que decirnos.

—Estaba esperando a que llegaras para daros la gran noticia... aunque Evie ya lo sabe —respondió él. Dejó pasar unos segundos para crear ambiente y al fin, inflando el pecho como un pavo real, exclamó—: ¡Mis padres han vendido el bar!

—Oh... ¿se acabó El Cau d'en Pau? ¿Y dónde nos darán comida gratis a partir de ahora? —se lamentó Echo.

—Y eso que creía que el gorrón era yo —se rio el aludido.

—¿El bar se llamaba como tú? —intervine, sorprendida—. No me fijé en el nombre cuando fuimos a comer a principios de verano...

—No, es que mi padre también se llama Pau. En fin, la cuestión es que la semana que viene empiezan las obras. El nuevo propietario quiere montar una especie de academia de escritura creativa, o algo así.

—¡Qué pasada! —exclamó Trish con los ojos brillantes—. Me acercaré a husmear en cuanto abra.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse tu hermana? —inquirí, retomando el tema.

—¿A mí me lo preguntas? Ya os he dicho que hace lo que le sale del...

—Ejem —interrumpió Echo, secándose la boca con sus remilgos habituales, y ocultando de paso una sonrisa—. Esos modales, señorita.

—Eso díselo a ella... Aún me pitan los oídos de sus insultos —gruñó nuestra amiga, torciendo sus labios pintados de violeta en un mohín de disgusto. Se giró hacia mí y puso cara de pena—. Por favor, Evelyn, di que te vienes a dormir a casa esta noche. Necesito apoyo moral.

—Pues no sé... —repliqué, dudosa. Echo se marchaba en breve y no me apetecía perderme ni

un minuto del escaso tiempo que nos quedaba—. ¿Tiene que ser justo hoy?

—Había olvidado que ahora tienes dueño —ironizó Trish, adivinando como siempre mis pensamientos—. ¿No puedes renunciar a tu príncipe azul ni una noche por el bien de tu amiga del alma? De lo contrario, es probable que acabe estrangulando a Vero... y cargarás eternamente con el peso de un asesinato que podrías haber evitado.

—Menudo morro tienes —se rio Pau, con la boca llena de chocolate.

—No te preocupes —me susurró Echo al oído, mientras los otros dos fingían pegarse, uno de sus pasatiempos preferidos—. Tenemos todo el día hasta que te vayas con ella. Además, así esta noche aprovecharé para terminar de recoger mi cuarto y podré pasarme el resto del tiempo contigo sin que mi madre me dé la vara.

Asentí con expresión resignada y alcé la voz para interrumpir la discusión de nuestros amigos.

—¡A ver si os calláis, que parecéis bebés! —Miré a Trish y esboqué una sonrisa—. Tú ganas, pero te advierto que no pienso hacer de árbitro entre tu hermana y tú.

—¡Bien! Me has salvado la vida. —Ella me apretó el brazo en un insólito gesto de cariño, teniendo en cuenta su conducta arisca habitual—. No te preocupes, te prometo que será una noche de lo más tranquila.

Meneé la cabeza y sonreí, sin imaginar que la velada sería cualquier cosa... excepto tranquila.

#### 4. PRESAGIOS ERRÓNEOS

Unas horas más tarde, cuando los últimos vestigios de luz se extinguían ya en el horizonte, cerré la puerta de mi casa y crucé la calle en dirección a la de Trish, que quedaba justo enfrente.

Tal y como habíamos acordado, Echo y yo habíamos comido juntos y después habíamos dado un largo paseo por el pueblo. Era curioso lo mucho que habían cambiado las cosas entre nosotros para, al mismo tiempo, permanecer idénticas. Seguía siendo mi mejor amigo, solo que ahora podía cogerle de la mano y besarle siempre que quisiera, algo con lo que llevaba soñando desde que le había conocido.

La sonrisa bobalicona que llevaba en la cara al recordar el sabor de sus labios se me borró de golpe cuando, nada más subir los escalones del porche, oí el griterío que salía del interior de la vivienda.

Frunciendo el ceño, iba a llamar al timbre cuando la puerta se abrió de golpe, dando paso a una Vero furibunda.

—¡No eres más que una niña malcriada! —graznó mirando hacia atrás, con lo cual se sobresaltó al girarse y verme ahí plantada. Tras reponerse del susto, me saludó con la cabeza, aún con cara de asco—. Ah, hola, Evelyn. Te compadezco por ser amiga de mi hermana.

Sin darme dos besos ni esperar siquiera mi respuesta, la joven pasó por mi lado como un vendaval, dejando tras de sí un rastro de perfume caro y tintineo de joyas. Los altos tacones de sus sandalias golpearon con tanta fuerza la madera de los escalones que, por un momento, pensé que iban a agujerearla.

Atónita y con el corazón aún acelerado, me giré de nuevo hacia la puerta justo cuando Trish aparecía con cara de rabia.

—Ah, ya estás aquí —fue su seca bienvenida—. ¿Se ha largado al fin esa imbécil?

—Sí, ahora mismo. ¡La tía echaba humo! ¿Se puede saber qué os pasa?

—Entra, te lo explicaré arriba.

Seguí a mi amiga por las escaleras en dirección a su cuarto. Apenas había cruzado el umbral cuando ella cerró de un portazo y se dejó caer sobre la cama.

La habitación no había cambiado nada en el año que había pasado desde que la conocía: las paredes violetas seguían forradas de polaroids y carteles enmarcados de películas, y las mismas cortinas con estrellitas doradas aleteaban tras las ventanas, que Trish había abierto para aligerar el bochorno de la noche veraniega. Incluso olía del mismo modo, a aquel incienso de vainilla tan reconfortante que aún me traía recuerdos de mi primera visita.

—Bueno, ¿entonces qué? —la apremié ante su enfurruñado mutismo—. ¿Ya volvéis a estar como el perro y el gato?

—¡Es Satanás en persona! —estalló ella, dando un puñetazo contra la colcha—. A mediodía, he comentado que te quedabas a dormir para hacerme compañía; ya sabes que mi madre tiene el turno de noche en el hospital. Por cierto, le está súper agradecida a la tuya por conseguirle el curro de limpiadora...

» El caso es que Vero ha comenzado a quejarse: según ella, había invitado a tres amigas a cenar, y ahora por mi culpa iba a quedar mal con ellas, porque «evidentemente» no pensaba traerlas con nosotras por aquí. Al final se ha callado y ha fingido resignarse: cuando hay testigos siempre va de buena, claro. Pero en cuanto mi madre se ha ido, la tía se ha quitado la máscara y ha

sacado a relucir su auténtica cara. —Trish estaba tan furiosa que le costaba encadenar una frase con otra.

—¿Y bien? ¿Qué ha hecho? —la incité a continuar.

—Ha comenzado a atacarme y a burlarse de mí. Básicamente de mi estilo, de mis amistades, del rollito este infantil que nos llevamos con nuestras «fiestas del pijama», como las llama ella...

—¿Qué tienen de infantil? —inquirí, entre sorprendida y molesta.

—No lo sé, pregúntaselo a ella.

—Pero antes tu hermana no era así, ¿no? —me extrañé, y Trish alzó las cejas con una especie de escepticismo ofendido, de modo que me apresuré a aclarar—: A ver, ya sé que siempre ha sido una pija y una plasta, y que nunca os habéis llevado bien... pero no sé, ¿a santo de qué tanto rencor?

Ella esbozó una sonrisa amarga y se levantó de un salto, aún presa de la furia.

—No tienes ni idea de cómo es en realidad; ni tú, ni los demás. Después de lo del baile de fin de curso, todos os pensáis que ha cambiado, pero no es así...<sup>[2]</sup> —Se encogió de hombros y añadió, a regañadientes—: De todos modos, admito que desde que ha vuelto está más insoportable de lo normal, creo que tiene que ver con un tío.

—¿Lo ves? —señalé, triunfante—. ¡Lo sabía! Debe de tener el corazón roto, y por eso lo paga contigo.

—¡Serás cursi! —se burló, manipulando el ratón de su portátil para poner música—. ¡Ay, mierda!

—¿Qué pasa? —me alarmé, cuando Trish apartó de golpe la mano.

Horrorizada, vi cómo unas gotitas de sangre salían despedidas y caían sobre el teclado del ordenador. Mi amiga meneó la cabeza, iracunda.

—¡La muy perra, que me ha cortado!

—¿De qué estás hablando? —exclamé, acercándome a ella y estirándole de la mano para examinarle la palma.

Una raja no muy profunda, de unos cinco centímetros de longitud, le surcaba la zona central. Ella se soltó de un gesto brusco y yo retrocedí, sorprendida por su reacción agresiva.

—No es nada, se me debe de haber reabierto la herida sin darme cuenta. Lo malo es que he manchado el ordenador.

—Pero ¿cómo te has cortado? —insistí, atónita—. Trish, ¿tu hermana te ha hecho esto? No intentes cambiar de tema.

—No ha sido culpa suya —replicó enseguida, torciendo los labios en una sonrisa al ver mi cara—. No flipes, Evie, Vero no me está maltratando, ha sido un accidente. Antes, cuando nos estábamos peleando, la tía se ha encerrado en el baño tras soltarme su última pulla. Al parecer, tenía prevista una de sus eternas sesiones de belleza, pero yo he entrado como si tal cosa para decirle cuatro cosas bien dichas. ¡A mí nadie me deja con la palabra en la boca! Y mucho menos la payasa de mi hermana...

Trish hinchó los carrillos y respiró hondo para calmarse.

—El caso es que ella tenía en la mano su querida cuchilla de afeitar, una de esas antiguas que cortan tanto, ¿sabes? Total, ha intentado que me fuera e incluso se ha atrevido a empujarme.... —Mi amiga soltó una carcajada de incredulidad—. Me he cabreado tanto que he intentado darle un bofetón. Ella ha levantado el brazo de forma refleja para protegerse, sin darse cuenta de que aún sostenía la cuchilla, y claro, mi mano se ha estampado contra el filo. Pero no es nada, solo la he

rozado.

—¿Es que estáis locas las dos? No me parece muy normal que tú vayas soltándole bofetadas y ella se defiende con una cuchilla, por el amor de Dios...

—Lo que no es normal —rebatió ella, aún rabiosa—, es que esa imbécil se comporte como si fuera la ama y señora de la casa, cuando lleva los últimos cuatro años sin apenas dignarse pasar cinco minutos con su familia. Las semanas que se quedó aquí por el tema del concurso fue la época más larga que la he visto en siglos... y no es que me dedicara su plena atención, precisamente.<sup>[3]</sup>

Me sentí culpable al recordar todo lo sucedido, sobre todo con la mirada elocuente que me lanzó mi amiga, de modo que decidí cambiar de tema.

—Bueno, dejémoslo. Ve a curarte la herida y luego pedimos la pizza, ¿vale? No dejemos que esa tontaina nos amargue la noche. ¿Ya has pensado qué peli quieres ver?

Trish se animó ante la mención de nuestra sesión nocturna.

—¿Qué te parece si comenzamos una serie? Me han dicho que *La maldición de Hill House* da un miedo que te cagas...

—Perfecto, lo que sea con tal de no tragarme otra vez *Dentro del laberinto*.

Ella me sacó la lengua y se dirigió hacia el lavabo en busca del botiquín. Antes de salir, se giró con una sonrisa y me guiñó el ojo.

—¡Esta noche va a ser genial, Eve! Lo presiento. Y ya sabes que me fío mucho de mis corazonadas...

Meneé la cabeza, risueña, y saqué el móvil para mandarle un WhatsApp a Echo mientras la esperaba. Yo también tenía la sensación de que, pese a lo mucho que hubiera deseado estar con él en vez de con Trish, la noche con mi amiga sería divertida.

Poco podía imaginar lo equivocadas que ambas estábamos.

## 5. OJALÁ...

—¿Qué ha sido eso?

Me incorporé con un respingo al oír un portazo en la planta inferior, seguido de un terrible estrépito, como de algo pesado golpeando el suelo.

Trish pulsó la barra de espacio para poner en pausa el episodio y se giró hacia el reloj luminoso que reposaba sobre la mesita.

—Pasa de la una, así que será Vero, que vuelve de su famosa cena.

—Pero... ¿y ese ruido? Más bien parece que haya entrado un ejército de elefantes.

Ella torció la boca en una sonrisa irónica.

—La tía debe de haber pillado una buena curda. Va de finolis, pero bebe como una cosaca, por no decir algo peor. Ya dicen que de tal palo...

Me azoré al comprender la alusión a su madre, que tenía problemas de alcoholismo. Iba a ofrecerle alguna torpe frase de consuelo, pero enmudecí de golpe, sobresaltada por el repiqueteo de unos tacones que subían con fuerza por la escalera, casi como si estuvieran pateándola.

—¡Hermanitaaaa! —canturreó la voz de Vero. Sonaba efectivamente como si estuviera muy borracha—. ¿Dónde está mi querida hermanita?

—Lo que faltaba —suspiró Trish, resignada, incorporándose también.

Se puso en pie para dejar el portátil encima del escritorio y se giró hacia mí mientras encendía la luz del techo.

—Quizá sería mejor que...

No pudo acabar la frase, pues la puerta se abrió con tal fuerza que rebotó contra la pared, dando paso a una Vero muy distinta de la que había visto unas horas antes.

Iba despeinada, con el rímel corrido como si hubiera estado llorando. Los churretes negros — combinados con el pintalabios cuarteado y la palidez del rostro— le daban un aire alarmante, empeorado por la sonrisa demente que asomaba a sus labios.

—Pero ¡qué tenemos aquí! —aulló, entrando en tromba—. Beatriz y la francesita.

Me levanté de la cama a toda prisa, intranquila. En el tiempo que la conocía nunca la había visto así.

—No te habrás dejado manosear, ¿verdad, cielo? —Vero se acercó la mano a la boca como si fuera a confiarme un secreto—. Ya sabes que esta tiene más pluma que un palomo cojo... —Estalló en estruendosas risotadas.

Me giré hacia Trish sin saber qué decir. Sus labios dibujaban una fina línea recta, lo cual era casi más preocupante que la actitud de su hermana: lo normal habría sido que estuviera ya insultándola. Aquella extraña calma solo podía ser el preludio de algo mucho peor, de modo que decidí intervenir antes de que llegara la sangre al río.

—Vero, creo que deberías irte a tu cuarto y dormir la mona —declaré con voz tranquila, pero firme. La agarré del brazo y la conduje hacia la puerta con suavidad— Te ayudo a cambiarte si...

—No me toques —me interrumpió ella, soltándose de un tirón. Se le había borrado la sonrisa de la cara y sus ojos lanzaban llamaradas—. Aún no he acabado. De hecho, ni me has dejado empezar.

—Creo que deberías largarte ahora mismo —intervino Trish con una voz peligrosamente tranquila. El azul de sus ojos, clavados en los de su hermana, había cobrado la tonalidad del hielo

—. Ya sabes, antes de que pase algo de lo que tal vez me arrepienta.

—Lo que yo creo... —comenzó a replicar Vero arrastrando las palabras. Al acercarse, se tambaleó sobre sus tacones y estuvo a punto de caerse. Frustrada, se los quitó con ayuda de las manos y los arrojó al suelo. Dio otro paso inseguro y prosiguió—: ... es que lo mejor que podría pasar es que se hiciera realidad esa insufrible película que ves a todas horas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó mi amiga con hastío, como si aquella conversación la aburriera.

—¡Obviamente, de librarme de ti! Pero no durante trece horas, sino para siempre —le espetó su hermana, hablándole tan de cerca que le salpicó la cara de saliva.

Como un matón de barrio, Trish ni se inmutó. Sacó pecho y se cuadró ante Vero, retándola con la mirada a continuar.

Envalentonada por su ausencia de respuesta, su hermana continuó, hablándole aún a aquella distancia tan incómoda, mientras yo las observaba sin saber qué hacer. ¿Tal vez debería llamar a su madre?

—¡Es lo que llevo pensando cada noche desde que volví a esta casa! No puedo sacarme de la cabeza esa frase que me hiciste aborrecer de tanto oírla a todas horas... Solo que ahora, mira por dónde, se repite en mi mente como un eco celestial.

—Vale ya de tonterías —intervine, intentando agarrarla por el hombro para que retrocediera—. Mira, creo que...

—Estoy segura de que mi querida hermana sabe de qué hablo. —Vero me apartó de un manotazo, como ahuyentando a una mosca molesta. La sonrisa de loca reapareció en su rostro cuando abrió la boca para recitar—: Ojalá...

—No digas nada que luego vayas a lamentar —la amenazó Trish, apretando tanto los dientes que costó entender lo que decía.

La otra se echó a reír y se dirigió hacia la puerta, con lo cual pensé que aquel disparatado sainete había terminado e iba a dejarnos por fin en paz.

Me equivocaba.

Antes de salir, volvió a girarse hacia nosotras y clavó sus ojos embadurnados como los de un mapache en el rostro impasible de su hermana. Con toda la mala baba de la que fue capaz, abrió la boca y proclamó:

—Ojalá vinieran los goblins y se te llevaran... ¡ahora mismo!

Le atizó un mamporro al interruptor de la luz y cerró la puerta de un portazo, dejándonos sumidas en las tinieblas.

El rumor de sus pasos coléricos alejándose por el pasillo fue lo último que oí... antes de sufrir un inesperado mareo y desplomarme sobre la cama.

## 6. ¿QUÉ PASÓ ANOCHE?

Cuando me desperté, al principio no sabía dónde me encontraba. Tenía una sed horrorosa, la boca tan seca como si me hubieran metido un trapo dentro. Me dolía la cabeza y me hallaba presa de una profunda confusión, igual que quien despierta de un largo letargo.

Al ir distinguiendo poco a poco los contornos de la habitación, recordé que había pasado la noche en casa de Trish. Sin embargo, algo no encajaba. Mi perspectiva del entorno no era la habitual, y enseguida comprendí el motivo: no estaba en la cama nido en la que solía dormir, sino en la de mi amiga.

Pero en ese caso... ¿dónde había dormido ella?

—¿Trish? —llamé con voz queda.

No obtuve ninguna respuesta. Me contorsioné para subir las persianas y un chorro de luz se derramó a mi alrededor. Cuando dejaron de dolerme los ojos, vi que no había nadie a mi lado; de hecho, la cama nido ni siquiera estaba preparada.

Poco a poco, los acontecimientos de la noche anterior fueron dibujándose en el caos de mi mente: la pizza que cenamos juntas, el turbulento regreso de su hermana, la espantosa pelea que había tenido lugar entre ellas...

No obstante, había lagunas en mis recuerdos, puesto que no tenía ni idea de qué había pasado luego, ni cómo había terminado durmiendo en la cama equivocada. Solo tenía clara una cosa: no me apetecía en absoluto toparme con Vero aquella mañana.

Estresada ante tal contingencia, salté de la cama y me vestí a toda velocidad. Ya me ducharía y comería algo en mi propio hogar, una vez hubiera averiguado dónde demonios paraba mi amiga y, sobre todo, me hubiera alejado de su hermana.

Salí del dormitorio con cautela, pero no parecía haber moros en la costa. La casa estaba en absoluta quietud, y tanto la habitación de Vero como la de su progenitora tenían las puertas cerradas.

Deduje que aún estarían durmiendo; a fin de cuentas, apenas pasaban de las nueve, y ambas se habían acostado tarde. Mi sueño letárgico había sido tan profundo que ni siquiera había oído a su madre llegar del trabajo.

Tras verificar que Trish no estaba ni en el baño ni en el piso inferior, me deslicé de puntillas hacia la puerta y abandoné la casa. Suspirando de alivio por haber logrado escabullirme, cerré tras de mí lo más silenciosamente que pude.

Mientras recorría el jardín a toda prisa, consulté mi móvil, que seguía dentro de la mochila. No había noticias de mi amiga, solo varios WhatsApp de Echo, extrañado de que me hubiera ido a dormir sin darle las buenas noches. Comprobé que se había conectado aquella mañana, pero no me había escrito nada más, tal vez molesto de que ni siquiera hubiera leído sus mensajes. Decidí ir directa a su casa después de dejar las cosas en la mía y pegarme una rápida ducha.

Apenas veinte minutos después —por suerte, como mi madre también había trabajado la noche anterior en el hospital, me libré de su interrogatorio—, me hallaba frente a la vivienda de mi novio. Pulsé el timbre con impaciencia y enseguida oí pasos apresurados que se dirigían hacia el vestíbulo.

La puerta se abrió de par en par, dando paso a la cara sorprendida de Echo. Venía acompañado de Elvis, que se me tiró encima nada más verme, soltando un coro de ladridos de

pura felicidad perruna.

—¡Evie! —exclamó él con alivio—. Por fin apareces, estaba preocupado después de que anoche no dieras señales de vida... ¿Todo bien?

—No —respondí, dándole un beso rápido e ignorando al border collie, que reclamaba mi atención con insistencia—. No tengo ni idea de dónde se ha metido Trish, pero creo que no ha dormido en casa.

—Elvis, deja ya de molestar. —Echo lo sujetó por el collar y lo metió para dentro, después se giró hacia mí frunciendo el ceño—. ¿Qué dices? Pero... ¿no habíais quedado para pasar la noche juntas?

—¿Puedo entrar? Preferiría explicártelo mientras nos tomamos un café, aún ni he desayunado.

—Claro, perdona.

Avergonzado, se apartó a un lado y me hizo pasar al recibidor. A diferencia de la mía, su casa tenía aire acondicionado y en el interior reinaba un frescor delicioso.

—¿Quién es, cielo? —exclamó la señora Ametller desde el comedor.

—¡Evelyn! —respondió a gritos su hijo, y bajó la voz al dirigirse de nuevo a mí—: Justo me pillas que iba a desayunar con mi familia, pero quizá será mejor que salgamos... No me apetece que cotilleen, sobre todo si vas a contarme algo raro.

—Sí, tienes razón —asentí, mordiéndome el labio—. Podemos ir al Café de Nunca Jamás, si quieres.

—Vale, me calzo y bajo en dos minutos. Tú entretén a los pesados de mis padres —susurró, y al ver que uno de ellos se acercaba, salió volando escaleras arriba.

—Buenos días, guapa —me saludó la señora Ametller, muy sonriente. Tenía los mismos ojos dorados que Echo, así como sus hoyuelos y aquella elegancia que parecía adherida a sus genes—. ¿Desayunas con nosotros?

Le expliqué que no quería molestar y que íbamos a tomar algo fuera. Ante mi creciente incomodidad, en ese momento apareció también el señor Bosch, quien se unió a su mujer para insistir en que me quedara.

—Aquí siempre eres bienvenida, Evelyn.

—Lo sé, y os lo agradezco, pero... hemos quedado ya con Pau —improvisé con una sonrisa de circunstancias.

—Sí, lo siento, había olvidado decíroslo —añadió Echo, reapareciendo justo a tiempo para salvarme.

Se había puesto un par de sus náuticos veraniegos, que combinaban a la perfección con la camisa blanca arremangada y los pantalones azul marino. Como siempre, iba hecho un pincel.

—Está bien —aceptó su madre, decepcionada—. ¿Vendréis a comer?

—Ya te diré algo. —Le dio un beso rápido en la mejilla y se dirigió a la puerta tirándome de la mano—. Nos vamos, que ya llegamos tarde.

—A ver si sacas luego al pobre Elvis. Últimamente, siempre es tu padre quien lo ha de pasear a mediodía...

—Vale, vale... ¡Hasta luego!

Sin darles tiempo a añadir más, abrió de un tirón y salió al porche, donde esperó con paciencia a que sus padres volvieran a cubirme de besos y prodigar invitaciones hasta el final de los tiempos.

—Dios santo, qué plastas —gruñó Echo mientras recorríamos el camino de gravilla—. Pensé que no íbamos a escaparnos nunca.

—Son adorables, pero yo también me estaba estresando —admití, sacando el móvil del bolso—. Estoy preocupada por Trish. Sigue sin decir nada, y no se conecta al WhatsApp desde ayer...

—Bueno, explícame de una vez que ha pasado.

—Espera, ¿no sería mejor que avisáramos a Pau?

—¿A estas horas? —Mi novio soltó una carcajada y abrió la cancela, dejándome pasar primero—. Para esa marmota, las diez de la mañana equivalen a las cinco de la madrugada. No verá tu mensaje hasta pasado mediodía.

—Pues le voy a llamar directamente —resolví, marcando el número de nuestro amigo—. Espero que tenga el móvil conectado...

Pau contestó cuando ya iba a colgar. Pese a los aturridos monosílabos con los que dio réplica a mi acelerado discurso, logré que aceptara encontrarse con nosotros lo antes posible en la cafetería de siempre. De hecho, esta quedaba más cerca de su casa que de las nuestras, algo alejadas del centro.

Quince minutos más tarde, Echo y yo estábamos sentados en el Café de Nunca Jamás, con sendas tazas humeantes y una selección de pastas azucaradas ante nosotros.

—Bueno, ¿vas a explicarme de una vez qué ha pasado? —se impacientó—. De camino hasta aquí solo te has dedicado a llamar a Trish y Vero una y otra vez.

—Sí, y ninguna se digna contestar. —Una súbita idea me hizo abrir los ojos como platos y añadí, alarmada—: Ahora que lo pienso, ¿ni siquiera he comprobado si Vero estaba en su cuarto! Al ver la puerta cerrada, he dado por hecho que estaba durmiendo. ¿Y si se ha llevado a Trish a alguna parte?

—Sí, tal vez al río, a deshacerse de su cadáver —sugirió Echo con sorna, meneando la cabeza mientras removía su café—. Anda que... Empiezas ya a parecerme a doña Gótica y sus fúnebres presentimientos las veinticuatro horas del día.

—De todos modos —proseguí, ignorando su irónico comentario—, prefiero esperar a que llegue Pau para no tener que repetir lo mismo dos veces. Pero lo básico ya te lo he contado: Vero apareció a las tantas, subió al cuarto de Trish para atacarla y terminó largándose tras soltar que ojalá el rey de los goblins se llevara a su hermana. Lo raro es que, después de eso, no recuerdo nada más... y no entiendo por qué he dormido en la cama de Trish ni dónde se ha metido ella.

Justo entonces apareció Pau, con los ojos hinchados y todo el pelo aplastado. Parecía haberse vestido en medio de un terremoto, y aún tenía marcas de la almohada estampadas en la mejilla derecha. Se derrumbó en la silla que quedaba junto a Echo y dejó caer la cabeza entre los brazos.

—Espero que sea grave —masculló, aún sin mirarnos—, porque me habéis sacado del mejor sueño de mi vida. Lara Croft estaba en mi cuarto y justo íbamos a...

Me apresuré a interrumpirle antes de que soltara alguna de sus salvajadas.

—Bastante grave, diría yo. —Bebí un trago de café y solté a bocajarro—: Trish ha desaparecido.

## 7. OFRENDA DE SANGRE

La inquietud de Pau al escuchar mi relato de la noche anterior fue tal que, por una vez y ante mi mayúscula sorpresa, no quiso entretenerse en la cafetería para degustar los dulces que Echo y yo habíamos pedido. Apenas nos dejó ingerir los donuts a los que ya habíamos hincado el diente y apurar nuestros cafés a toda prisa.

No habían pasado ni cinco minutos de su llegada cuando nos arrastró de nuevo a la calle, donde reinaba el bochorno típico del pueblo durante el verano. El resol proyectado por el cielo plomizo recreaba una atmósfera densa y asfixiante, casi sólida.

—Tenemos que volver a casa de Trish —nos informó, avanzando a grandes pasos gracias a sus piernas de cigüeña—: Hay que investigar el escenario del crimen e interrogar a Vero.

—¿Escenario del crimen? —Echo mordisqueó uno de los donuts, que habíamos metido en una bolsita de papel para llevar—: ¿No estáis dramatizando un poco los dos? Parece que no conocéis a Trish... Se habrá largado a algún rincón solitario a fumar y abstraerse del mundo.

—Lo dudo. —Pau le arrebató la bolsa y arrancó la mitad de un cruasán de un solo mordisco. Aún con la boca llena, señaló—: Además, eso sigue sin explicar por qué Evie se desmayó en su cama y no recuerda nada de lo sucedido.

—Veo que al final no has perdido el apetito —comenté, socarrona, y asentí con la cabeza—: Pero tienes razón. Todo esto es muy raro, no está de más que echemos un vistazo a su cuarto y hablemos con su hermana... Y eso que vérmelas con esa idiota me apetece tanto como un tiro en la nuca.

Echo se limpió los restos de azúcar de las comisuras con una servilleta de papel y la arrojó a una papelera cercana. Después se giró de nuevo hacia nosotros y se encogió de hombros, derrotado.

—Como queráis...

Sudando a chorros bajo el implacable resplandor del cielo, pusimos rumbo de vuelta al vecindario en el que vivíamos todos excepto Pau. Al acelerado paso de mis amigos —que me obligaba prácticamente a trotar si no quería quedarme rezagada—, no tardamos más de diez minutos en alcanzar la verja que rodeaba el jardín de Trish.

Sin dejarme ni un segundo para recuperar el aliento, Pau se precipitó por el camino de acceso y Echo me tiró del brazo para que no me quedara atrás, aunque yo estaba a punto de vomitar el desayuno.

Tras llamar al timbre un buen rato, la puerta se abrió de par en par, dando paso al rostro molesto de Vero. A diferencia de lo habitual, mostraba un aspecto lamentable: iba en pijama —para colmo, con el ridículo estampado de pequeños elefantes cazando corazones con atrapamariposas— y sin maquillar.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —refunfuñó a modo de saludo. Me miró sin comprender y se rascó la cabeza desgredada—. Pero... ¿tú no habías dormido aquí?

—Me he ido y he vuelto —aclaré, aún jadeante.

Echo se adelantó con una sonrisa irresistible, haciendo alarde como siempre de sus exquisitos modales.

—Buenos días, Vero. ¿Cómo estás?

Aún no conocía a ninguna mujer que fuera capaz de resistirse a sus encantos y, por supuesto, la

hermana de Trish no fue la excepción. Se dejó dar dos besos mientras Pau contenía la risa y yo les fulminaba con la mirada.

—Hola, Eric —balbuceó, comiéndoselo con los ojos—. Cada vez estás más... alto.

Sonrió como una tonta y supe que no era ese precisamente el adjetivo que estaba buscando. Echando humo por la nariz, me acerqué a ella y le regalé una sonrisa envenenada.

—¿Qué has hecho con Trish, si puede saberse?

Vero arrugó el ceño y Echo me dio un codazo.

—¿Cómo que qué he hecho con ella?

—No le hagas caso a Evelyn, es que estamos un poco preocupados por tu hermana, parece que no ha dormido en su habitación esta noche... ¿Nos harías el favor de dejarnos pasar?

Ella nos miró, dudosa. Sus marcadas ojeras y su palidez no me dieron ninguna pena: se merecía la peor resaca de la historia después de cómo nos había tratado la noche anterior.

—Acabo de ver que mi madre ha salido. Además, me habéis sacado de la cama y...

—Solo queremos echar un vistazo al cuarto de tu hermana. —Mi novio volvió a dedicarle otra sonrisa sembrada de hoyuelos y dientes de un blanco cegador—. Ya sabes, por si ha dejado alguna pista de su paradero.

Vero estaba dividida entre sus ganas de complacer a Echo y el anhelo de librarse de nosotros para seguir durmiendo la mona. Al final, se decidió por lo primero y nos dejó entrar, ocultando con la mano un enorme bostezo.

—Como queráis —aceptó, con voz y ademanes de zombi—, pero no contéis conmigo para ayudaros...

Ignorando su último comentario, Pau y yo subimos las escaleras al galope mientras Echo le daba las gracias y volvía a hipnotizarla con sus maneras de *boy-scout*.

Una vez arriba, en lugar de empezar a registrarlo todo, aguardé a que mi novio llegara y le asalté en cuanto puso un pie en la habitación.

—Ya te vale. ¿Era necesario dejar que te sobara de esa manera?

—¿Sobarme? —Me miró con cara de cordero degollado—. Pero si solo le he dado dos besos...

—Ya claro —musité, irónica—. A la tía le colgaba la lengua hasta las rodillas. Veo que se ha recuperado rápido del supuesto desengaño amoroso del que me habló Trish. El culpable de que se emborrachara como una cuba, vaya.

—Evie, déjate de ataques de celos y arrima el hombro —me instó Pau, muy ocupado en ponerlo todo patas arriba. Al examinar el portátil de Trish, arrugó el ceño y se giró hacia mí—: ¿Estuvisteis comiendo alguna porquería anoche? Las teclas están manchadas de chocolate, creo.

—No es chocolate, es sangre seca.

La mueca de horror absoluto que esbozó mi amigo al oír la respuesta me hizo soltar una carcajada.

—No pongas esa cara, hombre, es solo que tenía un corte en la palma y sin querer salpicó un poco el teclado.

—A ver, espera un momento, porque creo que me va a dar algo. —Pau se quitó las gafas para restregarse los ojos; después se las recolocó y me miró, incrédulo—. ¿Me estás diciendo que en Foscor, un lugar conocido por su actividad sobrenatural de tendencias más bien demoníacas, Trish dejó caer unas gotas de sangre encima de su ordenador... y se quedó tan ancha?

—Sí, ¿y qué?

Echo también parecía inquieto y se mordía el labio, pensativo. Los miré a ambos, entre

molesta y desconcertada. Pau sacudió la cabeza, todavía sin dar crédito.

—¡Maldita sea, Evelyn! Llevas aquí un año... ¿y aún no has aprendido nada? —Se dio unos toques en la frente, como preguntándose si me había vuelto loca o tan solo era tonta. Exasperado, exclamó—: ¡En este pueblo, algo así significa una ofrenda de sangre!

—¿De qué narices estás hablando? —exclamé, aunque la sonrisa se iba borrando poco a poco de mi cara.

—Tío, ahora tampoco flipes —intervino Echo, dejándose caer en la cama con un resoplido—. Admito que el tema de la sangre da bastante mal rollo, pero... ¿qué se supone que iba a haber invocado Trish?

—Oh, no sé... —ironizó Pau mientras trasteaba con algo. Al girarse de nuevo hacia nosotros, vi que sujetaba un disco plateado con expresión triunfante—. ¿Tal vez, al mismísimo rey de los goblins...?

## 8. TÚ TE VIENES CON NOSOTROS

Echo y yo nos acercamos a él y vimos que se trataba de la película fetiche de Trish, *Dentro del laberinto*.

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba en la bandeja de DVD. Es decir, dentro del portátil justo cuando las gotas de Trish le cayeron encima... y cuando Vero invocó al susodicho rey de los goblins para que se llevara a su hermana. ¿No os parece un poco sospechoso?

—Vero solo estaba de broma —protesté, pero mi voz fue perdiendo fuerza a medida que los ojos de Echo se oscurecían, cobrando ese matiz oro turbio que me fascinaba—. Espera, ¿tú crees que Pau tiene razón?

—Ya no sé qué pensar —admitió él a regañadientes—. ¿Por qué no vamos a hablar con Vero y se lo explicamos?

—Te has vuelto loco —exclamó Pau, llevándose el índice a la sien—. ¿Tú la has visto? Antes me enfrente a un dragón de tres cabezas.

—Hacía mala cara, pero tampoco es para tanto...

Nuestro amigo resopló y lanzó una carcajada.

—Los tiros no van por ahí, no lo digo por sus pintas. Es una verdad indiscutible que Vero está como un queso, tenga resaca o, si me apuras, como si va vestida de Teletubbie.

—Pau... —le amenacé torciendo el gesto, aún más al oír las risitas de Echo.

—A lo que me refería —prosiguió él, impávido ante mi advertencia—, es a que la chica, que incluso en estado óptimo de salud y en las circunstancias más favorables no es lo que se dice la amabilidad en persona, hoy está de un mal humor que tira de espaldas. No la culpo, será cosa de familia: solo hay que ver a Trish.

—Bueno, a ver si nos dejamos ya de estupideces —exclamé, dando un manotazo sobre la mesa que les sobresaltó a ambos—. A mí esa payasa no me da ningún miedo, así que ahora mismo vamos a plantarle cara. ¿Estamos?

Me dirigí hacia la puerta con decisión. Los chicos se miraron entre sí, se encogieron de hombros y me siguieron arrastrando los pies.

Quince minutos después, visiblemente más desanimados, los tres volvíamos a entrar en el cuarto de nuestra amiga.

—Habrase visto, menuda mala leche —resopló Pau, cerrando la puerta a nuestras espaldas de un portazo.

—Es normal que no nos crea —la defendió Echo—. Por lo menos, se ha ofrecido a recorrer el barrio en su busca...

—Sí, bien a gusto en su coche con aire acondicionado —ironicé yo, furiosa—, mientras nosotros, tal y como la princesita ha sugerido, hacemos lo propio, pero a pie. Bueno, exceptuándote a ti claro, que puedes ir con ella en el Mazda... Faltaría más.

—No te enfades, ya le he dicho que no —trató de calmarme Echo, dejándose caer sobre la cama y tirándome del brazo para que me sentara a su lado.

—¡Acabáramos! —resoplé, rechazándole con gesto airado.

Pau, mientras tanto, parecía entregado a profundas cavilaciones mientras volvía a examinar el ordenador, ignorando por completo nuestra estúpida discusión. Tras un largo minuto, que fue

alterando sus rasgos a medida que los engranajes en su cerebro encajaban, levantó la cara con aire resuelto y nos miró.

—¿Alguno de vosotros lleva encima una aguja, un imperdible... o cualquier instrumento cortante?

—Disculpa, me he dejado el kit del asesino en casa —ironicé, agresiva—. ¿Para qué leches quieres algo que corte?

—Yo hoy no llevo el juego de ganzúas, pero sí la navaja suiza —ofreció Echo, hurgando en el bolsillo de sus pantalones, que parecían el bolso de Mary Poppins—. Y una caja de cerillas, si te sirve...

—¿Para qué diablos llevas cerillas, si no fumas? En cuanto a lo de que te pasees por ahí con una navaja, casi que prefiero dejarlo de lado antes de que me dé una crisis nerviosa.

—Será que ir equipados no nos ha salvado de más de una —replicó él a la defensiva, y se levantó para ofrecerle el arma a Pau—. Además, señorita Susceptible, para tu información la navaja es multiusos: incluye abrebotellas, alicates, destornillador... Sirve para más cosas que para rajar a alguien.

—Parecéis un matrimonio de sesenta años —protestó el otro, poniendo los ojos en blanco—. Perfecto, colega, servirá perfectamente a nuestros propósitos.

—¿Y cuáles son esos propósitos, si puede saberse? —inquirí, acercándome asimismo a Pau, que había desplegado la navaja y casi se relamía de satisfacción.

—Creo que está bastante claro. Si queremos que se abra el portal que se ha tragado a Trish, debemos repetir paso por paso lo que sucedió ayer.

Le miré sin entender o, tal vez, sin querer asumir lo que traslucían sus palabras.

—No estarás sugiriendo lo que creo que...

—Pues sí, Evie —me interrumpió Pau. Con una sonrisa tenebrosa, anunció—: Tenemos que hacer otra ofrenda de sangre... e invocar a quienquiera que se haya llevado a Trish.

Pese al calor sofocante que reinaba en la habitación, al oírle me eché a temblar. Con voz insegura, pregunté:

—¿Que según tú, es...?

—El rey de los goblins —anunció una voz desde la puerta, y al girarnos vimos a Vero, sus ojos claros fijos en nosotros con expresión indescifrable.

Pasmados, los tres nos quedamos callados unos instantes, y fruncimos el ceño cuando la chica se dobló sobre sí misma produciendo un sonido peculiar. Estaba a punto de preguntarle si se encontraba bien, cuando vi la expresión furiosa de mis amigos y comprendí que se estaba riendo.

—¡Si hubierais visto vuestras caras...! —se carcajeó ella, que casi no podía hablar.

—Celebro que alguien tenga ganas de reír —le espeté con dureza, mientras Echo sacudía la cabeza y Pau jugueteaba con la navaja—. Puede que a Trish le haya pasado algo muy grave. ¿Tan poco te importa tu propia hermana?

Vero se sujetó el estómago con una mano, como si le doliera de tanto reír, y con la otra se secó las lágrimas que su hilaridad había despertado. Algo más calmada, puso los ojos en blanco y resopló.

—Desde luego, cómo os gusta dramatizar. Se os olvida que la conozco mejor que vosotros. Es experta en provocar este tipo de situaciones. Estoy segura de que la encontraré tirada por alguna parte, como ya os he dicho, fumando alguna mierda y regodeándose al imaginar toda la gente que está sufriendo por su culpa.

—Sobre todo tú —ironicé, con las manos en las caderas.

Ella ignoró mi pulla y se recolocó su perfecta melena tras las orejas con coquetería. Si bien seguía en pijama, había aprovechado para plancharse el pelo en tiempo récord mientras nosotros debatíamos sobre el paradero de su hermana.

Inflándose como un pavo real, carraspeó mirando hacia Echo, pero él parecía inmerso en algún tejemaneje con Pau y no le hizo ni caso.

—En todo caso, venía a deciros que enseguida saldré a buscarla, y no os pienso dejar aquí solos, así que ya os estáis largando. A mi madre le dará un susto de muerte como vuelva y os encuentre aquí haciendo Dios sabe qué.

—Lo lamento en el alma, preciosa, pero no podemos marcharnos... por lo menos, todavía no —anunció Pau. Se inclinó para susurrarle algo a Echo al oído y este asintió—. Tenemos un plan.

—No me digas —bufó Vero, adelantándose—. ¿No tendrá que ver con esa inmensa chorrada que me habéis contado hace un momento?

La hermana de Trish siguió hablando, pero dejé de escucharla cuando sentí la presencia de Echo a mis espaldas. Con disimulo, me mostró su mano, y solté un jadeo ahogado al ver que estaba cubierta de sangre.

—¿Qué...? —comencé, pero él negó con la cabeza y se llevó el dedo a los labios. Después se inclinó hacia mí para hablarme en voz baja.

—Pau y yo ya hemos hecho nuestra ofrenda —me explicó, acelerado—. Solo faltáis Vero y tú. No vamos a permitir que esa se vaya de rositas, cuando es precisamente quien tiene la culpa de todo esto.

—Pero ¿qué dices?

Le miré sin dar crédito. De fondo, los otros dos seguían discutiendo, pero el latido de mi pulso contra los tímpanos apenas me dejaba oír lo que decían.

—Extiende la mano —ordenó Echo con voz firme.

—¿Para qué? —tartamudeé, apretando los puños en un acto reflejo.

—¿Confías en mí? —Los iris dorados de mi novio estaban fijos en los míos, transmitiendo aquella seguridad que me había enamorado ya el primer día.

—Sabes que sí, pero esto me parece una...

Él me agarró la mano sin contemplaciones, ignorando mi jadeo asustado. Le dio la vuelta y, sin dudar un segundo, me hizo un corte pequeño en la palma, que enseguida empezó a sangrar. Contuve un grito de angustia mientras él me guiaba hacia el portátil y apretaba la herida contra las teclas.

—Eh, ¿qué está pasando ahí? —se alarmó Vero, estirando el cuello hacia nosotros. Apartó a Pau sin contemplaciones y se acercó con los ojos como platos—. Eric, ¿acabas de cortar a Evelyn con esa navaja?

—La ofrenda de sangre es necesaria si queremos ir a parar al mismo lugar donde está tu hermana —musitó Pau justo a sus espaldas.

—Os habéis vuelto locos... —susurró Vero, horrorizada—. Ahora mismo os largáis de esta casa, u os juro que llamo a la policía.

—Me temo que esto tendrá que esperar, Verónica —declaró Echo con una sonrisa que me puso los pelos de punta.

Jamás le había visto así. Aún sentía un nudo en el pecho por la frialdad con la que me había cortado sin pensárselo dos veces. La palma herida me palpitaba, envuelta en el pañuelo que él me había dado tras mojar las teclas del portátil con mi sangre.

—Ah, ¿sí? —replicó la chica, sacudiendo la cabeza como si no diera crédito a lo que estaba

oyendo. Se sacó el móvil del bolsillo y tecleó tres números. Pese a su falsa fachada de confianza, pude ver cómo le temblaban los dedos—. Eso ya lo veremos.

—Dame eso. —Pau se lo arrebató con la destreza de un carterista profesional y lo lanzó sobre la cama—. La mala noticia es que vas a estar un tiempcito sin poder subir fotos y *stories* a tu Instagram cada cinco minutos.

—¿Y la buena? —balbuceó ella, descolocada ante lo que estaba sucediendo.

Pau abrió la navaja, que Echo acababa de pasarle. Ignorando el agudo alarido de la joven, le agarró la mano y le hizo un corte idéntico al mío. Un par de gotas de un rojo brillante resbalaron de la punta de sus dedos y cayeron sobre el portátil, que al mezclarse con nuestras propias ofrendas comenzó a humear.

—La buena, querida Vero —anunció sin soltarle la muñeca, y agarrándome a mí, asimismo—, es que tú te vienes con nosotros.

Sentí como Echo me asía la palma herida, cerrando el círculo que nos mantenía unidos. El vapor blanquecino que exhalaba el portátil nos envolvió como una bruma y, del mismo modo que la noche anterior, un sopor espeso se adueñó de mis sentidos.

Apenas fui consciente de cómo los demás se desplomaban a mi alrededor. Solo sé que ninguno de nuestros cuerpos llegó jamás a tocar el suelo.

## 9. JARETH

Nada más abrir los ojos, me deslumbró el intenso resplandor del cielo. Los cerré por instinto, alzando el brazo para protegerlos, y me incorporé con dificultad.

Al instante, un ramalazo de dolor me recorrió la espalda: a saber cuánto rato había estado tendida en aquel suelo tan duro. Angustiada, me percaté de que no tenía ni idea de dónde estaba, ni de cómo había ido a parar allí.

Hasta que levanté la mirada y vi el muro de piedra que rodeaba el laberinto.

De golpe, los acontecimientos de aquella mañana se precipitaron en mi mente como una avalancha, mezclándose con mi miedo y mi colección de dolores. La impresión fue tan abrumadora que me quedé sin aliento, y las cosas empeoraron aún más cuando me di cuenta de que estaba sola.

¿Dónde se habían metido mis amigos? ¿Y Vero?

¿Era posible que yo fuera la única que hubiera ido a parar a aquella dimensión paralela... si es que realmente se trataba de otra dimensión?

Por desgracia, los ordenadores embrujados con sangre que te teletransportan al interior de una película no son lo que se dice mi área de experiencia.

Conteniendo un gemido de dolor, me puse en pie como pude y miré a mi alrededor. Justo entonces, se levantó un viento frío que me hizo encogerme en las ligeras prendas de verano que me había puesto aquella mañana: unos shorts tejanos y una camisa blanca sin mangas. Gracias a Dios que, por lo menos, me había calzado mis cómodas Converse negras y no iba en sandalias.

Me dije que, tal vez, nos habíamos separado al aterrizar en aquel frío e inhóspito lugar, y que los demás se hallaban ya dentro del laberinto. Recé porque así fuera mientras me acercaba al grueso muro de piedra gris, donde no tardé en distinguir las puertas dobles, abiertas de par en par.

Fruñí el ceño, confundida. ¿En la película no se suponía que la entrada era más difícil de encontrar? Si mal no recordaba, Sarah tenía que pedir ayuda al tal Hoggle o cómo se llamara —aquella especie de enano cabezón— para localizarla.

Sin embargo, a mi alrededor todo era vacío y silencio. Tampoco se veía a ningún hada revoloteando en torno a la escasa vegetación marchita que agonizaba a mis pies. No sabía si considerar aquello buena o mala señal, pero en todo caso, no pensaba desaprovechar la oportunidad de colarme en el laberinto.

Apenas me había adentrado un par de pasos cuando, con un terrible estrépito, las puertas se cerraron a mis espaldas, dándome un susto de muerte. Pero aquello no fue nada comparado con el escalofrío que me recorrió entera al oír la gutural carcajada que resonó contra las paredes.

Me di la vuelta con el corazón en un puño, y a mis espaldas percibí una serie de chasquidos sedosos, como el aleteo de un ave de considerable tamaño. Algo muy suave me rozó la oreja, poniéndome la piel de gallina. Soltando una imprecación, pegué un respingo y me giré de nuevo.

Entonces, fui testigo de algo tan irreal que tardé unos minutos en reaccionar.

Ante mí, había aparecido una lechuza de aterciopelado plumaje, níveo y dorado. Al posar los ojos en ella, sus contornos comenzaron a expandirse, volviéndose tan borrosos que, al final, me encontré mirando una enorme esfera, centelleante y difusa.

Poco a poco, de ella fue surgiendo la silueta de un hombre, cuya cabellera rubia —similar a las plumas de la lechuza— caía en largos y lisos mechones sobre los hombros, exceptuando la parte delantera, más corta y tiesa, como si se la hubiera fijado con gomina.

Sus ojos, profusamente maquillados, eran de un azul cristalino, pero uno tenía la pupila dilatada de forma permanente, dando la sensación de que era casi negro, lo cual dotaba su mirada de un matiz inquietante. La nariz, estrecha y un poco aguileña, se dibujaba sobre una boca de labios finos y crueles, torcidos en una sonrisa malévola que me dejó ver sus dientes desiguales, con los colmillos algo protuberantes.

Atónita, di unos pasos alrededor de él, contemplándole en silencio mientras él se dejaba admirar, con los brazos en jarras como si estuviera posando.

Vestía de forma extravagante, con una capa oscura cuyo forro, azul y recubierto de lentejuelas, me recordó a una noche estrellada. Se la había cerrado sobre el pecho, con el cuello alzado por detrás, lo cual me impedía ver la ropa que llevaba debajo, exceptuando las mallas negras que envolvían sus piernas delgadas como una segunda piel y las botas de cuero hasta las rodillas.

—¿Eres David Bowie? —farfullé de forma absurda, sin pensar.

Molesto, él frunció el ceño como si le hubiera insultado.

—No sé de quién me hablas. Soy Jareth, el rey de los goblins.

Lo anunció de manera tan pomposa que, pese a la delicada situación en la que me encontraba, se me escapó una risita. Esto pareció ofenderle aún más, de forma que alzó la barbilla con aire aristocrático y me espetó:

—Aquí no toleramos la insolencia, niña.

—Jareth, pues... ¿tendrías la amabilidad de explicarme qué hago aquí?

—Eso mismo me gustaría saber a mí. ¿Cómo habéis osado tus amigos y tú colaros en el laberinto que conduce a mi castillo?

Se me aceleró el corazón y las ganas de reír se me borraron de un plumazo.

—¿Mis amigos! Entonces, ¿sabes dónde se encuentran?

Se relamió los labios, satisfecho, y recuperó la sonrisa mientras se acercaba a mí con parsimonia y cierto aire amenazador.

Sin darme cuenta, di un paso atrás, chocando contra el muro de ladrillo enmohecido y cubierto de musgo, cuya superficie relucía como si estuviera salpicada de diminutos brillantes, igual que su capa.

Al tenerle tan cerca, me envolvió con su penetrante aroma, que me trajo reminiscencias de Navidad: olía a abeto y a frío, con un lejano toque especiado, como a clavo y canela. Toda su persona emanaba un efluvio de poder, misterio y carisma, además de un asfixiante *sex-appeal*. Tal vez por ello, cuando avanzó un paso más y apoyó los brazos en el muro para impedir que escapara, me flaquearon las rodillas.

—Por supuesto que lo sé, querida Evelyn.

—¿Cómo sabes mi...?

Me silenció poniendo su mano enguantada sobre mis labios, y yo enmudecí, obediente. Sus ojos eran hipnóticos y parecían escarbar en la superficie de mi cerebro, dando la impresión de que podían absorber toda la información que se les antojara.

Cuando por fin dio un paso atrás y bajó los brazos, me sentía temblorosa y aterida como si me hubieran envuelto con una manta empapada en agua del Ártico.

Pero lo peor es que, al mismo tiempo, una parte de mí deseaba postrarse ante él, abrazarse a sus rodillas y suplicarle que volviera a estamparme contra el muro.

Que me castigara.

Que me hiciera daño, incluso.

Sacudí la cabeza para ahuyentar aquellas demenciales ideas y, al descubrir su taimada

expresión de regocijo, tuve la bochornosa certeza de que sabía exactamente cómo me sentía. Aquello me enfureció, armándome del valor suficiente para exigirle:

—Dime dónde están ahora mismo. Y dime también lo que has hecho con Trish.

—Oh, la pequeña Trish. —Al sonreír, exhibió de nuevo su siniestra dentadura, haciéndome dudar de si era humano—. Tengo planes muy interesantes para ella. Es un ser fascinante... nada que ver contigo ni con los demás. De hecho, vosotros me aburrís soberanamente. —Fingió ocultar un bostezo tras su mano enguantada—. En realidad, si lo deseas, puedo enviaros de vuelta ahora mismo.

De nuevo, aquella voz cálida y acaramelada que se apoderaba de mi voluntad y de mi espíritu, como volutas de humo abriéndose paso a través de mis poros.

—Estaréis en casa en un abrir y cerrar de ojos, calientes y a salvo. No tardaréis en olvidaros de ella. Piénsatelo, ¿no querías...?

—Lo único que quiero es que me devuelvas a mi amiga —le corté, pese a que la lucha contra mí misma para no dejarme llevar por sus palabras me perló la frente de sudor—. ¡Y deja de intentar hipnotizarme! No va a funcionar.

—Debo reconocer que eres fuerte —admitió él, admirado, y me guiñó el ojo—, pero no te engañes, Evelyn. No eres rival para mí.

—Por favor, deja que Trish vuelva a casa —le medio imploré, medio exigí, atreviéndome incluso a agarrarle de la chaqueta, aunque no supe si era para amenazarle o porque el anhelo de tocarle era cada vez más acuciante—. Para empezar, ella no quería venir... Fue culpa de su hermana, la cual, por cierto, tampoco hablaba en serio cuando te pidió que te la llevaras.

Como si acabara de cometer una ofensa imperdonable, sus facciones asumieron la dureza del hielo. Al apartar mi mano de su brazo, la ausencia de toda luz o calidez en sus ojos produjo el angustioso efecto de que ahora ambos eran negros por completo. El aura que le envolvía, luminosa como las plumas de un ángel, se volvió opaca y densa como la brea.

Jareth acertó de nuevo la distancia que nos separaba y, de pronto, fue como si alguien le hubiera quitado el volumen al mundo. No podía oír nada, ni siquiera el sonido de mi propia respiración, ni de mis pasos al tratar de alejarme de él.

Aterrorizada, pegué un alarido, pero aunque sentí vibrar mi garganta, no me llegó sonido alguno.

—¿Qué me has hecho? —traté de preguntarle, pero fue en vano.

Seguía atrapada en aquel silencio terrorífico, como si alguien hubiera derretido cera espesa y la hubiese vertido en mis canales auditivos, dejándome sorda.

Impávido ante mi creciente pánico, él siguió acercándose. Al hablarme a escasos centímetros del rostro, su aliento me produjo a un tiempo atracción y repugnancia.

Olía a flores secas y a sangre. A hierro y a frío.

Aunque sus facciones permanecían inalterables, en aquel momento una risa aguda rebotó por los recovecos de mi cerebro como una aguja arañando el cristal. Gritando de dolor, me cubrí los oídos con las manos, pero supe que no serviría de nada: de algún modo, él estaba generando el sonido en el propio interior de mi mente.

Entonces escuché su voz, aún dulce e hipnótica pese a la frialdad con la que me contemplaba.

«Muy bien, Evelyn. Si tus amigos y tú de verdad queréis recuperar a Trish, os daré la oportunidad de intentarlo. Para ello, tendréis que recorrer el laberinto y hallar mi castillo, más allá de la ciudad de los goblins. Os concedo trece horas, de lo contrario, vuestra amiga se quedará con nosotros... para siempre.»

Me dedicó una sonrisa afilada como una cuchilla. Sus ojos dispares chispearon con malicia antes de añadir, sin ni siquiera mover los labios:

«Y recuerda, querida: el tiempo es breve.»

Antes de darme la espalda, Jareth chasqueó los dedos y, de golpe, el mundo recuperó el volumen.

Con un jadeo estrangulado, me dejé caer al suelo mientras, ante mis aterrorizados ojos, la silueta del rey de los goblins volvía a convertirse en lechuza y se alejaba volando hasta perderse en la distancia.

## 10. LAS DOS PUERTAS

Ignoro cuando tiempo había transcurrido cuando recuperé la serenidad suficiente para levantarme del suelo. Me sacudí la ropa, llena de polvo y tierra, y miré a mi alrededor, desorientada.

A ambos lados, el laberinto continuaba en línea recta como si fuera infinito, sin giros ni recovecos, por lo menos a simple vista. Basándome en mis brumosos recuerdos de la película — que Trish me había obligado a ver al poco de conocernos—, llegado un punto, la protagonista hallaba algún modo de acceder al verdadero interior del laberinto. Pero la cuestión era.... ¿cómo?

Decidí avanzar un poco y ver si mi memoria despertaba o si, tal vez, me encontraba con alguien o algo que me ofreciera alguna pista. Había que escoger uno de los lados y, viendo que ambos parecían idénticos, opté por el de la derecha.

Al principio, caminaba a paso lento, girándome cada pocos segundos por si alguien me seguía. Pasado un rato, sin embargo, la angustia me hizo perder toda cautela y eché a correr. Sofocada, avancé sorteando las nudosas ramas que cubrían el suelo, en ocasiones de forma traicionera. Me fijé en que estas relucían, igual que los húmedos muros de piedra que me encerraban, como si su superficie se hallara espolvoreada de diminutos fragmentos de diamante.

Tras una media hora de carrera a trompicones —al final, falta de aliento, tuve que resignarme a trotar entre jadeos—, noté que las piernas comenzaban a flaquearme. En un momento de torpeza, mi pie derecho se enredó con una de aquellas malditas ramas y caí cuan larga era sobre el duro suelo.

Con un gemido de dolor, me incorporé lo suficiente para quedarme sentada contra aquella pared que parecía de purpurina, y comprobé que me había raspado la rodilla y la cadera al caer contra el suelo. Esta última sangraba abundantemente, y la espesa sustancia pronto traspasó mi pantalón, manchando la tela de rojo oscuro.

Me palpé la herida con cuidado, incrédula ante mi mala suerte, y contemplé cómo las yemas de los dedos se me teñían de escarlata al tiempo que un dolor insoportable prendía fuego a mi piel lacerada, que en aquella zona, tensa por la protuberancia del hueso, era muy fina.

—Lo que me faltaba —musité con pesimismo, mientras me apoyaba contra la pared para levantarme.

De improviso, noté cómo la piedra —justo allí donde mis dedos manchados de sangre la tocaban— comenzaba a vibrar de forma extraña. Contuve un grito y retiré las manos justo a tiempo, antes de que una parte del muro se desplazara hacia atrás, abriendo un boquete disimulado entre los bloques de granito.

Boquiabierta, contemplé aquella súbita vía de escape y el recuerdo de lo que sucedía en la película impactó en mi mente como una bala: la protagonista topaba con una especie de gusano parlante, que le decía que las cosas no eran siempre lo que parecían en aquel lugar.

Antes de atreverme a entrar en aquel nuevo pasadizo, miré fijamente la pared que había retrocedido. Atisbé las huellas sangrientas de mis dedos aún marcadas, justo antes de que la piedra, produciendo un desagradable sonido de succión, absorbiera el líquido y recuperara su lustroso tono entre ocre y plateado.

—¡Dios...! ¿Qué clase de lugar es este? —musité, horrorizada.

¿Me estaba volviendo loca, o era mi sangre la que me había franqueado la entrada al auténtico

interior del laberinto?

Preferí no darle más vueltas —mi situación ya era lo bastante horrible de por sí, sin necesidad de añadir ideas retorcidas sobre sacrificios rituales—, y me introduje con dificultad a través de la brecha. La pared se había separado lo justo para permitirme pasar, pero una persona corpulenta habría tenido serios problemas. Por suerte, al poco de adentrarme por el nuevo corredor, las paredes fueron separándose de forma considerable.

El nuevo entorno recordaba más al aspecto de un laberinto, aunque no del tipo tradicional de seto verde, sino de altos muros de piedra lisa, cuyos extremos se veían rematados por espeluznantes figuras. Al haber bastante más claridad en aquella zona, distinguí que en su mayoría se trataba de rostros de aire maléfico o torturado.

—Un lugar encantador... —murmuré, procurando no tocar las paredes bajo ningún concepto.

Recé porque ninguna de mis heridas goteara sangre sobre las baldosas: no quería averiguar lo que ocurriría si seguía alimentando al espíritu demoníaco que a buen seguro poseía al laberinto.

Apenas habría avanzado una treintena de metros cuando, al girar a la derecha en la primera bifurcación que encontré, distinguí una figura hecha un ovillo en el suelo, con la cabeza enterrada entre los brazos. Mi corazón aceleró con violencia su latido, pero entonces reconocí la melena mechada de rubio y el pijama azul de elefantes.

—¡Vero! —exclamé entre alarmada y feliz, corriendo a su encuentro—. Por favor, dime que estás bien...

Ella alzó la cabeza con un sobresalto y me miró hecha un mar de lágrimas. Al reconocermela, intentó frotarse las mejillas con las manos sucias, pero solo logró dejárselas llenas de churretes de polvo.

—Evelyn, ¿eres tú? —balbuceó como si no diera crédito—. ¡Gracias a Dios!

Se puso en pie con dificultad y me dio un sentido abrazo. Creo que era la primera vez en mi vida que me mostraba semejante afecto, con lo cual me supo mal tener que contenerla un poco y apartarla a los pocos segundos, señalándole la cadera ensangrentada con expresión de dolor.

—¡Oh no, estás herida! ¿Qué te ha pasado? ¿Te ha hecho daño alguien, has...?

—Tranquila —la corté con una sonrisa cansada—. Solo me he caído. ¡Menos mal que te he encontrado! ¿Sabes dónde están los demás?

Ella negó con la cabeza, desalentada.

—No... No he visto a nadie desde que he llegado aquí.

—Entonces, ¿has aparecido directamente en esta zona? —la interrogué, haciéndole un gesto para que nos sentáramos un momento.

—Sí. ¿Tú de dónde has salido?

—He aparecido fuera del laberinto... y me he encontrado con Jareth.

—¿Jareth? —se extrañó ella, frunciendo el ceño—. ¿Y ese quién es?

—Madre mía, Vero. ¿Cómo puedes ser hermana de Trish y no saberlo? —me exasperé, alzando los ojos al cielo—. ¡Es el rey de los goblins!

Ella esbozó una sonrisa irónica, incluso soltó una leve carcajada.

—Ya, claro, el rey de los goblins. ¿No te habrás encontrado también con un par de unicornios viniendo hacia aquí? —El sarcasmo se esfumó de su semblante al tiempo que este volvía a teñirse de preocupación—. Igual tu caída ha sido más grave de lo que pensaba... ¿Te has dado también en la cabeza?

Me puse en pie de un salto, furiosa.

—¿Eres imbécil? ¡No le pasa nada a mi cabeza! Hemos ido a parar a otra dimensión, un lugar

claramente sobrenatural... ¿y aún piensas que existe una explicación lógica?

—No tengo ni idea de nada —admitió, frunciendo el ceño ante el insulto—. Confieso que al principio pensaba que era alguna clase de bromita vuestra, una venganza por lo de anoche, pero...

—Debes de haberte vuelto loca —la interrumpí, boquiabierta—. ¿En serio crees que seríamos capaces de algo así? Además, en ese caso, ¿cómo explicas todo esto?

Hice un gesto hacia lo que nos rodeaba, y al girarme me quedé petrificada. Al ver mi expresión, Vero siguió la dirección de mis ojos y soltó un grito. El horror la impulsó a levantarse y retroceder hasta que su espalda chocó contra el muro.

—¿De dónde ha salido eso? —exclamó, tragando saliva.

Ante nosotras, el pasadizo por el cual yo acababa de llegar había desaparecido. En su lugar, una pared surgida de la nada nos cerraba el paso.

La única escapatoria posible eran las dos puertas que se abrían en el muro, una al lado de la otra. En su superficie de madera, recubierta de intrincados jeroglíficos, brillaban ominosas las siluetas de dos aldabones sujetos bajo sendos rostros de bronce, sus doradas efigies aguardando pacientes a que nos decidiéramos por una de ellas.

## 11. EL ACERTIJO

—¿Me crees ya? —la increpé con los brazos en jarras, señalando el nuevo muro con la barbilla—. ¿Sigues pensando que esto también lo hemos hecho nosotros?

—Ya te he dicho que eso solo ha sido al principio —replicó ella con voz áspera—. Después de pasarme una hora tirada por el suelo sin que nadie apareciera, digamos que he comenzado a barajar otras posibilidades.

—Supongo que ninguna de ellas incluía que te hayamos dicho la verdad desde el principio —le espeté airada, acercándome a ella y dándole la espalda a las puertas—, o que el maldito pueblo en el que vivimos esté dominado por fuerzas demoníacas.

—¿Vais a dejar de pelearos algún día? —preguntó una voz en tono aburrido.

El susto fue tal que estuve a punto de perder el equilibrio. Vero soltó otro de sus gritos y retrocedió cubriéndose la boca, mientras yo me daba la vuelta a toda prisa. Ambas enmudecimos al ver fijos en nosotras los rostros esculpidos en las puertas.

—¿Y bien? —añadió otra voz distinta, en esta ocasión afilada como unas uñas rascando una pizarra.

Vi cómo se movían los labios dorados de la aldaba que quedaba a mi izquierda, y comprendí que eran ellas quienes estaban hablando.

—Esto no puede ser real... —jadeó la hermana de Trish, casi llorando de miedo.

La ignoré y me acerqué con precaución a los llamadores, cuyos ojos seguían clavados en nosotras. Los observé unos segundos antes de atreverme a hablar.

Representaban a dos mujeres jóvenes muy parecidas, tal vez gemelas, pues ambas poseían las mismas narices estilizadas, altos pómulos y gruesos labios en forma de corazón. Sin embargo, allí donde los ojos de la primera —situada a mi derecha— traslucían una inocente curiosidad, los de la izquierda arrojaban destellos malvados.

Había otras marcadas diferencias entre ambas: la de la voz afilada llevaba el pelo alborotado, semejante a un nido de víboras enroscándose en revoltosos bucles; en cambio, el cabello de su hermana —como la bauticé para mis adentros— caía liso y dócil, enmarcando unas facciones mucho más aniñadas y bondadosas.

—¿Se os ha acabado la verborrea? —se burló la versión perversa.

—Tendréis que disculpar a mi vecina, no tiene mucha educación —intervino la figura de la derecha, sonriéndonos.

—¿Có-cómo es po-posible que-que habléis? —tartamudeó Vero, acercándose muy poco a poco y escudándose detrás de mí.

—Moviendo los labios y la lengua —replicó, socarrona, la cara de la izquierda—. Pero dejémonos de tonterías, que no tenemos todo el día.

—¿En serio? ¿Acaso os esperan en alguna parte? —contraataqué en un arranque de valor, y la puerta de al lado estalló en agudas risitas.

—Te está bien empleado por arrogante —comentó mirando de reojo a su hermana, que parecía furiosa. Después se volvió hacia nosotras, aún risueña—. Os explicaré las normas: cada una de nosotras representa la respuesta a un acertijo que deberéis resolver para seguir adelante. Sin embargo, solo una de las puertas conduce al centro del laberinto... mientras que la otra os llevará a una muerte segura.

—Suena encantador —me susurró Vero al oído, temblando como una hoja.

—¿Qué clase de acertijo? —pregunté, ignorando a mi compañera.

Antes de que la mujer de rostro amable pudiera responder, la otra se le adelantó.

—En realidad, podéis escoger entre dos. Hoy nos sentimos generosas —terció con una mueca—. Ambos se basan en la estrella del día, por supuesto: vuestra querida Trish. Si la queréis tanto como presumís, no os resultará difícil hallar la respuesta a la pregunta. Es mi deber advertiros que, si bien una de las puertas siempre dice la verdad, la otra siempre miente. Por tanto, solo una de nosotras os proporcionará la solución correcta, tal y como os ha explicado la petarda de mi vecina.

—En la película ocurre algo parecido —cuchicheé, volviéndome hacia Vero—. Solo que allí las puertas no proponen ningún acertijo específico... o eso creo.

—Debo aclararos —intervino la hermana de aspecto dulce—, que solo os proporcionaremos las dos soluciones posibles una vez os decidáis por una pregunta en concreto de las dos que os ofreceremos.

—Dos puertas, dos preguntas, dos posibles respuestas —resumió su vecina con expresión maligna—. Y una deliciosa víctima a la que rescatar... ¡Lástima que no le quede demasiado tiempo!

—Todavía tenemos doce horas —le espeté sin dejarme amilanar—, y no necesitaremos más que un par de minutos para responder a vuestro estúpido acertijo. Ambas conocemos a Trish a la perfección.

—¿De verdad? —El rostro malévolo sonrió como el gato de Cheshire y se relamió los gruesos labios con regocijo—. Vamos a comprobarlo, entonces. La primera pregunta dice así: ¿cuál fue la primera mujer de la que se enamoró Trish?

Vero y yo nos miramos.

—Siouxsie Sioux —susurré yo.

—Mel C de las Spice Girls —afirmó ella al mismo tiempo, convencida.

—¿Mel C? —repetí, echándome a reír—. Es la tontería más grande que he oído en la vida. ¿Estamos hablando de Trish o de ti? Aunque con lo pija que eres, tu tipo sería más bien Victoria, la verdad...

—Yo no soy lesbiana —replicó Vero, ofendida—. Y conozco perfectamente a mi hermana. La primera chica que le gustó fue la Spice deportiva, me acuerdo como si fuera ayer.

Puse los ojos en blanco y meneé la cabeza.

—Permíteme dudar... Pero está bien, ya que no nos ponemos de acuerdo, vamos a ver cuál es la otra pregunta. —Señalé a la efigie simpática con la barbilla y forcé una sonrisa—. ¿Nos dices el segundo acertijo?

—Por supuesto. ¿A qué animal representa el único peluche que Trish ha guardado de su infancia? Os daré una pista: se basa en un recuerdo de sus primeros años de vida.

—Lo único que se me ocurre es un sapo —musitó Vero con voz dudosa—. Aunque me sorprendería que aún lo tuviera.

—¿Un sapo? —La miré con el ceño fruncido—. Yo más bien habría pensado en un murciélago, un cuervo o algo por el estilo.

Mi compañera soltó un bufido y me miró con los brazos en jarras.

—Pero bueno, niña, ¿tú te crees que mi hermana nació con los piercings y la raya del *eyeliner* o qué? O si te parece, de bebé mi madre le ponía patucos negros y un babero de encaje, no te fastidia...

—Muy bien, si según tú es un sapo, ¿por qué lo habría guardado?

—Cuando éramos pequeñas, Beatriz me habló de un poema que les enseñaron en clase para recitarlo ante todos. Ya sabes que ella odia hablar en público, pero la poesía le gustó tanto que me hizo aprenderla con ella, y ambas la coreábamos de camino al colegio. Por eso, un día quise darle una sorpresa y le regalé un sapo de peluche juntando mis ahorros. —Los ojos de Vero se llenaron de lágrimas y ella, avergonzada, parpadeó varias veces para ahuyentarlas—. El poema se llamaba «El Sapito Glo-Glo-Glo».

Llevaba rato sintiéndome violenta ante aquella historia lacrimógena de su infancia, de modo que agradecí tener una excusa para soltar una carcajada que deshiciera el nudo de mi garganta.

—¡El Sapito Glo-Glo-Glo! —repetí, muerta de risa—. ¿No había un nombre más ridículo? Claro que sí, seguro que Trish habría querido atesorar un recuerdo tan enterecedor... —Sacudí la cabeza y resoplé, todavía riendo—: Dios mío, está claro que no la conoces en absoluto. ¡Menos mal que estoy yo aquí!

—A mí también me parecería raro que hubiera guardado ese peluche —admitió Vero—. ¿Por qué no les pedimos que nos digan las dos opciones?

—De acuerdo —asentí, y me giré hacia la cara bondadosa—. Escogemos la última pregunta... Dinos cuáles son las respuestas posibles, por favor.

—Muy bien. —La mujer nos dedicó una de sus sonrisas angelicales y añadió—: De hecho, las habéis mencionado ya. Si escogéis «sapo» como respuesta, deberéis atravesar la puerta de la izquierda. Sin embargo, si os decidís por «murciélago», tendréis que cruzar la mía.

—Esto no hace sino reafirmar mi teoría —declaré, convencida, y me volví hacia Vero sin preocuparme por bajar la voz—. Me fío mucho más de la puerta de la derecha, así que está claro que yo tenía razón y se trata de un murciélago. Seguro que es su hermana, la del *look* a lo Medusa, la que siempre miente...

—Yo no estaría tan segura —gorjeó la aludida, sin dar muestras de ofenderse. Al sonreír, atisbé la forma de sus puntiagudos dientes, que reforzaban aún más su apariencia tenebrosa—. Tal vez no deberíais fiaros tanto de Carita-de-ángel.

—No la escuchéis —intervino su hermana, mirándola con desaprobación—. Solo quiere confundiros. Antes no había querido deciros nada, dado que va contra las reglas, pero es ella quien siempre miente, os lo puedo asegurar.

—Yo sigo pensando que es un sapo —insistió Vero, tironeándome de la manga, y se acercó para susurrarme al oído—: Y no me fío de ninguna de estas dos. Dudo mucho que la de la derecha quiera ayudarnos así de repente... Me parece sospechoso.

—¿De verdad crees que tu hermana es una persona tan dada a las sensiblerías como para guardar un peluche basado en un poema ridículo?

—Apenas reconozco al esperpento en el que se ha convertido —admitió mi compañera—, pero no siempre fue la niña siniestra a la que tú conoces. De pequeña era normal, ¿sabes? Le gustaba vestirse de princesa y esas cosas.

—Así que esa es tu definición de «normal» —me mofé, y añadí con sarcasmo—: Me dan pena tus futuros hijos...

—¿Sí? Muy bien, supongamos que la respuesta es murciélago, tal y como tú dices. ¿En qué supuesto recuerdo de la infancia iba a basarse eso? —rebatí con expresión resentida—. ¿Se te ocurren muchas historias infantiles que involucren a criaturas nocturnas de ese tipo? Venga ya... Insisto en lo que dije antes: mi hermana comenzó a torcerse después de la muerte de nuestro padre. Antes de eso era una persona normal.

—Y dale con la normalidad —me sulfuré, soltando un resoplido de rabia—. Si Trish te oyera,

te estrangulaba. ¡No hay nada que odie más en el mundo que estar constantemente siendo tachada de rara!

—Lo que tú digas —replicó ella, y esbozó una sonrisa psicópata—. ¿Sabes qué? Voy a hacerte caso, ya que lo sabes todo. Te dejaré cargar con el peso de nuestras muertes si te equivocas, por listilla.

—No vamos a morir —gruñí, poniendo los ojos en blanco, aunque me sentía satisfecha de que por fin hubiera claudicado. Le di un toquecito amable en el hombro—. Verás cómo yo tenía razón y de aquí nada estamos fuera de este espantoso lugar.

Me giré hacia el rostro de la derecha, que aguardaba paciente, mientras su vecina nos dedicaba toda clase de muecas ofensivas, pedorretas incluidas.

—Escogemos la opción que abre tu puerta —declaré con voz firme—. La respuesta a la pregunta es «murciélago».

—La estáis cagaaaaando... —canturreó la hermana de aspecto salvaje, riendo con maldad—. Luego no digáis que no os lo advertí.

—Cállate de una vez —le espetó la otra, con un destello rojizo en los ojos que me hizo dudar por un instante de mi decisión. ¿Y si no era tan inocente como parecía? Sin embargo, enseguida recompuso sus facciones, y al girarse hacia mí había recuperado su expresión cándida—: Muy bien. Habéis tomado la decisión correcta. Solo tenéis que levantar el llamador que pende de mi cuello y dejarlo caer sobre la puerta...

Mucho menos segura que antes, asentí y me acerqué a ella con timidez. Miré a Vero antes de decidirme, y ella me hizo un gesto resignado con la mano, como diciendo: «Adelante, tú sabrás.»

Insegura, volví a girarme hacia la efigie de la derecha, que me sonrió para infundirme ánimos. Con manos temblorosas, levanté su collar en forma de aldaba y lo dejé caer sobre la madera. La puerta se abrió hacia dentro con un crujido siniestro.

—Hasta la vista —se despidió ella con simpatía—. Y buena suerte.

—La vais a necesitar —se burló la otra, carcajeándose.

Con un escalofrío, entré en el pasadizo que se había abierto ante nosotras, seguida de cerca por Vero.

Al instante, la puerta se cerró con un estruendo a nuestras espaldas, haciéndonos dar un respingo. Caminamos un par de pasos inseguros sin que sucediera nada, y me giré hacia mi compañera con expresión de triunfo.

—¿Lo ves? Te lo había di...

No pude acabar la frase, pues al momento, el suelo se abrió bajo nuestros pies y ambas nos precipitamos hacia el interior de la tierra, chillando con toda la fuerza de nuestros pulmones.

## 12. LA MAZMORRA

Lo primero que pensé al abrir los ojos fue que me dolían todos y cada uno de los huesos del cuerpo. Me incorporé con dificultad y apenas me dio tiempo a reconocer la cara aterrada de Echo antes de que se me tirara encima.

—¡Gracias a Dios que estás bien! —musitó con la nariz enterrada en mi pelo, abrazándome con fuerza—. Por un momento me temía lo peor...

—¡Echo! —casi sollocé, apretándole para que no me soltara. Por detrás de su hombro, atisé los asustados ojos de Pau fijos en nosotros y estiré la mano hacia él—. ¡Pau! Cuánto me alegro de verte a ti también. ¿Cómo habéis venido a parar aquí?

—Acabamos de llegar, de hecho —aclaró él, dándome también un abrazo—. Primero Echo, y después yo, hará apenas un minuto. Los dos habíamos aparecido en puntos distintos del laberinto, y nos hemos encontrado al caer aquí...

—Yo también estoy bien, gracias —interrumpió Vero a mi lado, mordaz. Con gesto de dolor, se levantó sacudiéndose el polvo de encima y miró a su alrededor—. ¿Dónde diablos estamos?

—En una mazmorra, aparentemente. —Mi amigo intentó darle un abrazo, pero al ver su expresión se lo pensó mejor.

—Estamos en el olvidadero —especificó Echo, disgustado—. En realidad, no he tenido tiempo de explicarle a Pau que yo estaba aquí desde el principio: he accedido al laberinto desde este punto.

—Menuda suerte la tuya... —comentó Pau levantando las cejas.

—El caso —prosiguió Echo con una mueca—, es que enseguida he reconocido el lugar de una escena de la película. Sarah viene a parar aquí después de encontrarse con dos puertas parlanchinas que la incitan a elegir una de ellas para seguir adelante. Una de ella siempre dice la verdad y...

—...la otra siempre miente —terminé yo por él—. Lo sabemos, Vero y yo acabamos de cruzar una de ellas. La equivocada, por lo que parece —añadí, meneando la cabeza con ironía.

—Te lo dije —gruñó ella de mal humor, todavía tratando de sacudirse el polvo del pijama—. Conozco a mi hermana mejor que tú.

—¿De qué estáis hablando? —intervino Echo, frunciendo el ceño.

Explicué a los chicos lo ocurrido, haciendo hincapié en las diferencias con respecto a la película, aunque decidí dejar el relato de mi encuentro con Jareth para más adelante. No tenía ganas de hablar sobre aquel tema en ese momento, ni mencionar el matiz tenebroso que había cobrado nuestra aventura cuando, sin darme cuenta, pagué con sangre mi entrada al laberinto.

Cuando llegué a la parte de los acertijos en cuestión, Pau se echó a reír.

—No me puedo creer que Trish fuera fan de las Spice Girls... ni tampoco lo del peluche en forma de sapo. —Esbozó una sonrisa malévola—. ¡La voy a torturar con esta historia para siempre! Y, desde luego, no pararé de dar por saco hasta que me recite el poemita en cuestión.

—Eso será si volvemos a verla —intervino mi chico, mirándole con acritud—. No creo que sea momento para risas, te recuerdo que estamos encerrados en una maldita mazmorra, sin ninguna posibilidad de escapatoria.

—Tiene que haber alguna salida —murmuré, mirando en torno a nosotros.

—Créeme, no la hay. Llevo aquí por lo menos una hora, y me ha dado tiempo de explorar cada rincón, tampoco es que esto sea muy grande. No hay ninguna puerta ni abertura, solo el agujero por

el que hemos caído.

Al oír sus palabras, me puse en pie para observar el entorno con más atención, pues al llegar solo había tenido ojos para Echo.

El espacio circular tendría unos cuatro metros cuadrados, iluminados apenas por la danzarina luz de unas pocas velas medio derretidas, colocadas sobre recipientes verticales que se alzaban en forma de pequeñas columnas. Los muros de piedra, igual que los del laberinto, centelleaban como si un ser sobrenatural hubiera esparcido polvo de hadas sobre la sucia superficie. Del techo pendían gruesas telarañas que formaban cortinas cruzadas sobre nuestras cabezas, así como cadenas de eslabones plateados, cuyo uso preferí no averiguar. El aire olía a polvo y humedad.

Me acerqué a una de las columnas y retiré con cuidado la vela que la coronaba para iluminar mejor las paredes. Entonces distinguí la silueta de una diminuta puerta.

Sorprendida, me giré hacia Echo y la señalé con la cabeza.

—¿Y qué me dices de eso?

—¿Pero ¿qué...? —exclamó él al verla, atónito.

—Parece que no habías explorado tan bien como te creías, tío —le pinchó Pau con sorna—. Pero es comprensible, aún estamos todos en *shock* y...

—No soy imbécil —le interrumpió Echo hecho una furia—. Esa puerta acaba de aparecer, es la única explicación. Me he tirado todo el rato previo a vuestra llegada buscando como un loco una salida, y os aseguro que no había ninguna.

—Eso suena un poco raro —opinó, cómo no, la sabihonda de Vero.

Me giré hacia ella en actitud beligerante, dispuesta a defender a mi chico a capa y espada.

—Claro, será que aquí las cosas han sido muy lógicas o justas hasta ahora, ¿verdad? —exclamé con retintín. Me giré hacia Echo y le acaricié la mejilla antes de añadir con vehemencia —: Yo te creo.

—Gracias, Evie.

Me apretó la mano con cariño, y yo aproveché para tirar de ella y acercarle a mí. Tomé su cara entre mis manos y le besé en los labios como si me fuera la vida en ello.

—Exhibicionistas... —musitó Vero, asqueada.

—Asaltacunas —contraataqué, apartándome de la boca de mi novio.

—¿Disculpa? —exclamó ella con una risita falsa—. ¿Eso a qué viene?

—¿Te crees que no veo cómo te comes a Echo con los ojos? A ver si te buscas uno de tu edad. Ah, no, perdona... ¡Se me había olvidado que no hay tío que te aguante!

—Chicas —interrumpió Pau con voz cansada. Estaba de rodillas tratando de abrir la puerta que, por supuesto, no cedía—. Normalmente, soy el primero en defender una buena pelea entre mujeres; de hecho, si no estuviéramos en esta situación, incluso iría a buscar palomitas y os traería barro para que...

—Pau —le advirtió Echo, apretando los dientes.

—En fin, creo que habéis captado la idea. —Nuestro amigo carraspeó, risueño—. Pero la cuestión es que estamos encerrados en una mazmorra sin demasiadas esperanzas de fuga, así que tal vez no sea el mejor momento para una pelea de gatas celosas que compiten por el amor de su dueño.

—¡Aquí la única que pertenece a Echo soy yo! —le espeté, pateando el suelo, y después alcé un dedo ante su cara—. Y como vuelvas a soltarme otro comentario machista y repugnante como ese, te juro que...

—Basta de tonterías. —Pau se levantó del suelo y me miró frunciendo el ceño—. Si logramos

salir, tendrás tiempo de sobra para pelearte con ella todo lo que quieras. Incluso conmigo, si quieres. Pero ahora ayúdame a abrir esta estúpida puerta.

Me tendió la vela que yo le había pasado antes para que examinara la diminuta salida, que más bien parecía una ratonera. La acepté de mala gana, arrodillándome junto a nuestra única vía de escape aparente. Detrás de mí, oí cómo Vero se alejaba unos pasos, refunfuñando entre dientes.

Examiné la superficie de madera y, pese a que había visto a Pau tirando del picaporte sin éxito, lo intenté de todos modos. Este no cedió ni un ápice. Tras unos instantes de reflexión, se me ocurrió una idea que envió un escalofrío a lo largo de mi espina dorsal. Pero sabía que era nuestra única posibilidad.

Me palpé la herida de la cadera, sobre la cual se había formado una pequeña costra, y la rasqué hasta que volvieron a brotar unas gotitas de sangre. Mis amigos, que no se perdían detalle, me observaron pasmados, exceptuando a Vero, quien se había retirado a un rincón y nos ignoraba deliberadamente.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Echo, horrorizado.

—Hay algo que no os he explicado antes —confesé, bajando los ojos—. Justo antes de encontrarme con Vero, yo estaba corriendo por el laberinto, solo que no había cambios ni giros, solo un pasillo eterno... como le pasa a Sarah al principio de la película, ¿os acordáis? —Ellos asintieron—. El caso es que, en cierto momento, he tropezado con una rama y me he caído, golpeándome bastante fuerte en la cadera. Al palparme la herida, se me han manchado las manos de sangre, y luego, sin darme cuenta, me he apoyado contra la pared y...

—... ha aparecido una entrada —adivinó Pau con una expresión muy rara.

—Sí, por eso he pensado que tal vez, sería buena idea probar de nuevo.

Sin darles tiempo a protestar, así el frío metal del picaporte con mi mano húmeda de sangre y, al momento, sentí cómo cedía bajo la presión de mis dedos.

Echo y yo soltamos una exclamación de júbilo, e incluso Vero resurgió de su mutismo a regañadientes para preguntar si podíamos largarnos por fin «de aquel maldito agujero».

Pau, sin embargo, seguía mirándome de aquel modo tan extraño. Su voz cobró una resonancia tétrica cuando se inclinó hacia mí y me advirtió en voz baja:

—Me temo que has firmado tu sentencia de muerte.

### 13. ALGUIEN TAN VALIENTE COMO TÚ

Cruzamos la puerta a cuatro gatas, arrastrándonos sobre el suelo cubierto de telarañas centelleantes hasta alcanzar un amplio pasillo en sombras. Una vez mis ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, distinguí una serie de columnas, cuyos rostros esculpidos en la piedra nos observaban impasibles.

Por un momento, tuve la irreal impresión de haber ido a parar al *Aeromagic*, una atracción del parque del Tibidabo, en Barcelona, que tantos recuerdos felices me traía de mi infancia.

Se trataba de un tren colgado de rieles que, varios metros por encima del suelo, recorría una serie de túneles ambientados en escenas de fantasía. La experiencia incluía figuras móviles, caras gigantes y tramos de densa oscuridad, apenas rota por unas luces fantasmagóricas que, junto con los efectos sonoros, ponían los pelos de punta.

Se suponía que era para niños, pero a mí me resultaba aterrador.

Antes de que pudiéramos alegrarnos por haber escapado de la mazmorra, las ominosas caras que nos rodeaban comenzaron a ulular con voz lúgubre:

—¡Volved atrás ahora que aún podéis...!

—¡Este no es el camino!

—¡Haced caso y no sigáis adelante!

—Pero ¿qué es este horror? —exclamó Vero temblorosa, cubriéndose las orejas con las manos—. ¿Creéis que deberíamos volver atrás?

—Ignóralas, solo son Falsas Alarmas —la reconfortó Echo, dándole un toquecito en el brazo

—. O, por lo menos, eso decían en la película...

Indiferente a su descarada falta de temor, otra columna alzó la voz para unirse a sus compañeras:

—¡Cuidado! ¡Pronto será demasiado tarde!

—Ni caso —insistió mi novio. Le dedicó un guiño gamberro a Vero y agregó—: Solo quieren asustarnos. Continuemos.

La hermana de Trish asintió y se le pegó como una lapa mientras ambos lideraban la marcha, abriéndose paso entre los funestos rostros de piedra. Normalmente, aquello habría bastado para que me arrojara sobre ella y arrancara sus sucias zarpas de Echo, pero decidí aprovechar la distracción para interrogar a Pau.

—¿De qué hablabas hace un momento? —le pregunté en voz baja—. Eso de la sentencia de muerte.

Él tardó unos segundos en responder.

—¿No te has fijado en que el laberinto muestra algunas divergencias con respecto a la película?

—Claro, pero... ¿eso que tiene que ver? —inquirí, encogiéndome de hombros—. Supongo que se habrá adaptado a los gustos de Trish, ya lo hemos comprobado Vero y yo en la prueba de las dos puertas.

—Tiene mucho que ver —afirmó él y, como quien no quiere la cosa, añadió—: Le has visto, ¿verdad?

Le miré fingiendo incompreensión.

—¿A quién?

—No te hagas la tonta, Evelyn. Sabes muy bien de quién hablo. Estás igual de cagada que Vero, aunque tú lo disimulas mejor. Y me pregunto por qué alguien tan valiente como tú tiene tanto miedo, sobre todo cuando hasta ahora, lo que ha pasado no es mucho peor que las anteriores aventuras que hemos vivido.

—Está bien... Tienes razón, he visto a Jareth —confesé al fin, suspirando—. Soy la única, por lo que parece.

—La única que lo ha admitido —puntualizó él, y entonces bajó la voz—. Sospecho que Vero también podría haber topado con él.

—¿Por qué lo crees? A mí no me ha comentado nada.

Pau sacudió la cabeza y arrugó el ceño.

—¿Y acaso tú se lo has dicho?

Me crucé de brazos, entre avergonzada y molesta. Él no sabía lo duro que había sido el encuentro con Jareth. Y jamás hubiera admitido en voz alta que su presencia me producía tanta fascinación como rechazo.

Traté de alejar su recuerdo y centrarme en lo que decía Pau, aunque mi mente se contorsionaba con engorrosa destreza, esquivando mis intentos de mantenerla a raya. La sensación era como la de intentar sujetar algo untado en gelatina.

—De todas maneras, lo peor no es eso —prosiguió mi amigo, ajeno a la feroz lucha que estaba teniendo lugar en mi cabeza—, sino que le has dado una parte muy poderosa de ti misma. —Él resopló al ver mi mueca de desconcierto, y añadió, impaciente—: Tu sangre, Evelyn.

—No se la di a él —me defendí indignada—. Fueron los muros del laberinto los que la absorbieron. Además, ¡fue sin querer!

—Punto número uno, da igual si fue queriendo o no. Y punto número dos y más importante: ¿acaso crees que hay alguna diferencia entre el laberinto y ese tío? Es obvio que aquí es él quien maneja el cotarro, por algo es el rey de los goblins. El laberinto y él son una sola cosa.

—Muy bien, ¿y a qué conduce todo esto, según tú?

—Pues nos conduce a la teoría que te comentaba antes: este lugar se adapta en función de la víctima, en este caso Trish. Partiendo del punto de que Jareth ejerce alguna clase de control muy poderoso sobre los humanos, no es nada bueno para nosotros que se haya hecho con tu sangre. Jugamos con desventaja si ahora es capaz de dominarte a su antojo.

—A mí no me domina nadie —le espeté, olvidándome de hablar en voz baja.

Acabábamos de dejar atrás la última de las columnas parlantes, con lo cual mi voz resonó en el súbito silencio, alertando a nuestros amigos. Intrigados, ambos se volvieron hacia nosotros justo cuando entrábamos en un nuevo pasadizo. La claridad que brotaba a través de una claraboya en el techo apenas era suficiente para distinguir el espacio que nos rodeaba a más de un par de metros de distancia.

—¿De qué estáis hablando? —indagó Echo, pero su atención se vio distraída por una esfera de cristal que acababa de surgir de la nada.

Todos contemplamos cómo rodaba entre nuestros pies y se internaba en las sombras circundantes, produciendo un leve tintineo. Fascinada, Vero la siguió con los ojos, su pálido rostro iluminándose como si acabara de descubrir un tesoro.

—Qué preciosidad... —musitó, caminando como en trance hacia la opresiva oscuridad—. Voy a buscarla.

—Pero ¿qué dices, Vero? —Perplejo, Echo la agarró del brazo, pero ella se retorció como una culebra hasta que logró soltarse y penetrar las tinieblas del túnel—. ¡No deberíamos separarnos!

—Tengo un mal presentimiento... —susurró Pau, tirándome de la muñeca para que retrocediera, pues sin darme cuenta yo también había avanzado unos pasos.

Antes de que pudiera añadir más, los contornos de una persona situada a pocos pasos se hicieron visibles a medida que su figura se iluminaba como si emanara luz propia. La bola se detuvo a sus pies y, de un salto que contravenía todas las leyes de la gravedad, se introdujo en el recipiente metálico que sostenía entre las manos.

Si bien la capa que le envolvía se veía limpia, la postura encogida del extraño y su vasija para recaudar limosna le daban aspecto de vagabundo. Su cara se hallaba oculta tras una máscara de nariz picuda, similar a las que llevaban los médicos de la peste negra. Un sombrero de ala ancha le cubría la cabeza, impidiendo distinguir su cabello y proyectando largas sombras sobre su enmascarado rostro.

—¿Quién anda ahí? —preguntó con voz cascada, aunque me pareció que era fingida, como si deseara ocultar su identidad.

No recordaba aquella escena de la película, de modo que por mera prudencia di un paso atrás.

—Nadie —respondí, insegura.

—¿Nadie?

El mendigo se puso en pie de un salto, arrojando la vasija contra el suelo con un terrible estruendo metálico. Con la otra mano, se arrancó el burdo disfraz que le ocultaba y se alzó ante mí en toda su gloriosa arrogancia. Sus iris dispares relucieron en la escasa luz, al tiempo que su boca se torcía en una sonrisa cruel.

Era Jareth.

## 14. OCHO HORAS

—Nuestros caminos vuelven a cruzarse, Evelyn —susurró con aquella voz taimada y seductora—. ¿Qué te ha parecido mi laberinto hasta ahora?

Llevaba otro par de ajustadas mallas, en aquella ocasión grises, y una chaqueta de cuero marrón, cruzada sobre el pecho y ceñida a la cintura por un broche en forma de media luna. Sus ojos relucían de maldad, fijos en mi rostro.

—No conseguirás intimidarnos —le aseguré, luchando por impedir que su presencia me afectara—. Mis amigos y yo rescataremos a Trish a cualquier precio.

Jareth inclinó la cabeza y se llevó su mano enguantada a la barbilla, fingiendo reflexionar.

—¿A qué amigos te refieres, Evelyn?

Perpleja, me giré para señalárselos, pero entonces vi que no había nadie. Una honda inquietud fue apoderándose de mi pecho mientras daba vueltas sobre mí misma como una peonza, buscando infructuosamente en el espacio vacío que me rodeaba.

Echo, Vero, Pau... Los tres habían desaparecido.

—¿Qué has hecho con ellos? ¡Devuélvemelos!

El rey de los goblins esbozó una de sus presuntuosas sonrisas.

—Tal vez deberías quitarte la venda que te ciega... Están justo delante de ti.

Forcé la vista achinando los ojos, como si aquello fuera a eliminar el sortilegio que ese monstruo había usado para enmascarar a mis amigos. Al ver que no funcionaba, me moví en círculos de un par de metros de circunferencia, agitando los brazos en el aire por si acaso mis compañeros se habían vuelto de repente mudos e invisibles.

Sin embargo, mis manos se cerraron una y otra vez sobre el vacío, y en mis oídos siguió reinando el silencio.

Jareth se lo estaba pasando en grande mientras me observaba, incluso llegó a dar un par de aplausos y profirió una sádica carcajada al ver mis desesperados intentos por encontrar lo que no estaba allí.

—Eres muy divertida —exclamó al fin, en tono de alabanza—. Quizá valgas más la pena de lo que creía. ¿Por qué no miras un poco más hacia el fondo del túnel? A lo mejor tus amigos se han escondido allí.

—¡Deja ya de jugar conmigo! —Me dejé caer al suelo, dándome por vencida—. Es evidente que no están aquí.

—Tu problema, Evelyn —La voz de Jareth se había endurecido de pronto—, es que lo das todo por sentado.

Aquella mezcla de hombre y ser sobrenatural dejó escapar un exagerado suspiro y se arrodilló a mi lado, envolviéndome en su perfume entre embriagador y escalofriante. Como la vez anterior, olía a frío, azúcar y sangre. Le tenía tan cerca que, cuando abrió la boca para hablar, distinguí con claridad sus singulares dientes, con los colmillos protuberantes e irracionalmente sexys.

—Antes no me has respondido —prosiguió, con aquella voz peligrosa y ronroneante, que acarició mis oídos como lo harían los pétalos de una rosa llena de espinas—. ¿Qué opinas de mi laberinto?

Contuve el aliento unos instantes, armándome de valor, y al fin declaré con desprecio:

—Está tirado. Hasta un niño podría resolverlo.

Su cercanía me afectaba más de lo que estaba dispuesta a admitir, de modo que, dichas estas palabras, me puse en pie para alejarme de él.

Al imitarme, la silueta de Jareth pareció crecer y expandirse en torno a nosotros, dando la impresión de que era mucho más alto y ancho que unos segundos atrás. De repente, su presencia lo llenaba todo, ocultando incluso la escasa claridad que penetraba por la claraboya.

Un foco surgido de la nada iluminó entonces la presencia de un reloj en el muro. Él lo señaló y, dibujando círculos con el dedo índice en el aire, desplazó a su antojo las manecillas, que estaban fijas en el número dos. Estas comenzaron a girar como locas, avanzando tres horas en un abrir y cerrar de ojos hasta detenerse en el cinco.

—Habían transcurrido dos de las trece horas que os di antes de que vuestra amiga pase a ser de mi propiedad para siempre —anunció con voz silbante. Entonces sonrió con crueldad y se encogió de hombros—. Pero, mira por dónde, parece que el tiempo se ha vuelto loco, y ahora solo os quedan ocho.

—¿Qué? ¡Eso es hacer trampas! ¡No es justo!

—Qué manía tenéis todas con la justicia... —Jocoso, él negó con la cabeza, provocando que su rubia cabellera se agitara en el aire.

Se paseó de un lado a otro, dándose toquécitos en los labios como si estuviera planteándose el siguiente paso.

—Así, a lo mejor todo esto cobra más emoción para ti, ya que hasta ahora te parecía un juego de niños. —Hizo una pausa teatral y con un guiño travieso, añadió—: Pero no te creas que la cosa se queda aquí.

Abrí la boca para responderle, pero entonces mi cuerpo entero se paralizó.

De golpe sentí que me asfixiaba, como si hubiera ido a parar al interior de un globo sin inflar. Mis extremidades se estiraron en vano, pugnando por huir del abrazo viscoso y resbaladizo de aquella sustancia sobrenatural que me constreñía. Pese a su densidad, era totalmente transparente, pues aún veía a Jareth frente a mí, mirándome con una expresión vacía en sus desconcertantes ojos.

Traté de soplar, como si creyera que la fuerza de mis insignificantes pulmones bastaría para llenar de aire aquel receptáculo de látex invisible y hacerlo estallar, liberándome al fin. Por supuesto, no sirvió de nada.

El pánico que colonizaba cada célula de mi cuerpo no se acercaba a nada que hubiera sentido antes. Entonces supe que, hasta aquel momento, jamás había pasado miedo de verdad. Todo lo anterior habían sido meras tentativas, ensayos antes de experimentar el Terror real, con t mayúscula.

Tal vez, aquella masa palpitante y pegajosa que me apresaba era mi propio miedo. Quizás, al llegar a aquella dimensión tenebrosa, había cobrado la capacidad de separarlo de mi ser y dotarlo de un cuerpo propio.

La cuestión era... ¿cómo vencerlo?

Decidí dejar de luchar y relajarme por completo, pero no abandoné la firme convicción de que podía vencer a aquella cosa, fuera lo que fuera.

Pese al horror nauseabundo que invadía todos y cada uno de mis poros, respiré hondo y me mantuve inmóvil, dejando que aquella sustancia siguiera cerrándose sobre mí, sellando cada orificio que pugnaba por insuflar un hálito de vida a mi cuerpo: mi boca y mi nariz, que ya apenas lograban respirar; mis oídos, que habían dejado de oír; eventualmente, mis ojos, hasta que ya ni siquiera fui capaz de distinguir la figura del rey de los goblins ante mí.

No obstante, no me inmuté, y permití que la vida se me fuera escapando poco a poco.

Incluso ante la proximidad de la muerte, no abandoné la fe en mí misma. Sabía que nadie sería capaz de quebrar mi voluntad ni doblegarla a su antojo. Debía escapar de aquella pesadilla a cualquier precio: para rescatar a Trish e impedir que se quedara atrapada en aquella dimensión eternamente; para besar los labios de Echo una vez más; para seguir riéndome con las bromas estúpidas de Pau.

Con las pocas fuerzas que me quedaban, me concentré en el amor y la amistad que me unía a ellos hasta que, poco a poco, aquella masa adherente fue despegándose de mí con un desagradable sonido de ventosa.

Antes de liberarme por completo, escuché el gruñido enfurecido de una bestia rebotando en ecos interminables por los recovecos más profundos de mi mente. Llegué incluso a sentir el fuego abrasador de su aliento sobre mi piel, como si estuviera a escasos centímetros de mí. Y supe sin ningún género de dudas que era Jareth.

Abrí la boca para chillar en respuesta, y noté cómo me vibraban las cuerdas vocales, mi voz cobrando fuerza a medida que el embrujo que me dominaba la perdía. Hasta que mi grito se transformó en un poderoso martillo que destrozó por completo el hechizo y lo hizo añicos a mis pies, produciendo un tintineo como de cristales rotos.

No supe cuánto rato había pasado cuando, al fin, caí al suelo cual marioneta desmadejada, recuperando de nuevo los cinco sentidos. Tenía el cuerpo empapado en sudor, los oídos tapados y un sabor metálico en la lengua, como a sangre. Mis ojos anegados en lágrimas escudriñaron las formas borrosas del túnel, y la claraboya me permitió distinguir que no había nadie frente a mí.

El rey de los goblins había desaparecido, pero su presencia seguía palpable en el aire, ardiente y pesado como si, a pocos metros, un volcán acabara de entrar en erupción. En el delirio causado por el agotamiento, creí ver un cráter en el suelo ante mis ojos, tan real como la áspera piedra contra la que se apoyaba mi mejilla. Ríos de lava volcánica invisible me rodearon de improviso, meciéndome en un río de fuego que me condujo hacia delante, flotando a la deriva por el túnel oscuro.

Antes de perder el conocimiento, aún acerté a soltar una risotada enajenada, pues sabía que era yo quien había ganado aquel asalto y que, pese a su retorcido sentido de la justicia, Jareth no sería capaz de hacerme daño.

Por lo menos, no todavía.

## 15. UNA CALMA INUSITADA

—¡Evelyn! —gritaba una voz cerca de mí, filtrándose en mis sueños, negros como la pez—. ¡Evelyn! ¡Vero! ¿Dónde estáis?

Abrí los ojos y, poco a poco, los contornos de aquello que me rodeaba fueron cobrando forma ante mis ojos. Me hallaba tirada en el suelo de lo que, por fin, parecía la primera zona con verdadero aspecto de laberinto, o por lo menos, del tipo que yo conocía: altos y espesos setos verdes y pavimento de tierra.

—Evelyn, Dios mío, ¿dónde estás? —seguía gritando aquella voz, que al fin reconocí como la del ser que más amaba en el mundo.

La cuestión era: ¿por qué me llamaba como si no me viera?

Aún atontada, me incorporé y miré a mi alrededor. A mi lado, Vero yacía aún inconsciente y, a escasos metros de nosotras, Echo y Pau nos llamaban desgañitándose, sin dejar de buscarnos con expresión enloquecida.

—¡Chicos! —les llamé, levantándome con dificultad—. ¡Estamos aquí! ¿Es que no nos veis?

—¿Qué está pasando? —farfulló una voz grogui a mi lado. Era Vero, que al fin se había despertado.

Como si acabáramos de aparecer, nuestros amigos se dieron la vuelta y nos vieron. Sin perder un segundo, se lanzaron sobre nosotras, casi llorando de alivio.

—¿De dónde habéis salido? —jadeó Echo, tras cubrir mi cara de una cascada de besos—. ¡Llevamos un buen rato buscándoos! Nada más salir de la zona de las columnas parlantes, de repente os habéis esfumado.

—Sois vosotros los que habéis desaparecido —le contradijo Vero—. Y entonces, ¡el rey de los goblins se ha materializado a mi lado! Hemos charlado un montón. —No pudo ocultar el matiz de orgullo en la voz—. Supongo que me ha escogido por ser la más guapa, aparte de la mejor vestida... cuando no voy en pijama, claro.

—¿Qué? —intervine yo, molesta—. ¿Qué tonterías estás diciendo? Soy yo quien ha estado con Jareth.

—Eso no es posible —se ofendió ella, casi echando humo por la nariz—. ¡Te digo que me he tirado un buen rato con él! Aunque me temo que os traigo malas noticias: nos ha acertado el tiempo que nos había dado en un principio para encontrar a mi hermana... y ahora solo nos quedan ocho horas.

—Espera un momento... entonces, ¿a ti te ha dicho lo mismo? —pregunté sin comprender nada.

—Chicas —interrumpió Pau, levantando la mano. Había seguido nuestra conversación mirando de un lado a otro como en un partido de tenis—. Así no nos enteramos de nada. Os cuento nuestra versión: después de que apareciera aquella esfera brillante, se ha puesto todo negro y vosotras dos os habéis esfumado de la faz de la tierra. Al cabo de bastante rato ha vuelto la luz, solo que, de golpe, Echo y yo estábamos en este otro lugar, y vosotras seguíais sin aparecer.

—Entonces... —dudó Vero, frunciendo el ceño—. ¿Tal vez Evelyn y yo nos hemos desmayado y hemos tenido la misma pesadilla?

—¿Y cómo explicas que los chicos no pudieran vernos? —exclamé, en un tono que daba a entender lo que pensaba de su ridícula teoría.

—Está claro que no ha sido ninguna pesadilla —intervino Echo, zanjando la cuestión—. El

tema es: ¿por qué Jareth solo se aparece ante vosotras? Pau me ha explicado que Evelyn ya le había visto antes de esto... —Me miró de soslayo y detecté un matiz herido en su voz—, y ambos creemos que tú también, Vero.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —se enfadó ella, poniéndose en pie de un salto, como si fuéramos nosotros quienes lo habíamos tramado todo—. ¿Cómo es posible que sepáis eso? Solo fue un momento, justo antes de encontrarme con Evelyn, por eso no os lo había... —Se interrumpió de golpe y se llevó la mano a la boca, muy pálida—. Uf, creo que voy a vomitar.

—Ha sido una deducción —la tranquilizó Pau, ayudándola a sentarse de nuevo y abanicándola con las manos. Ella apoyó la cabeza en el seto y cerró los ojos—. Por algún motivo, ese tío solo se aparece ante las féminas. Sospecho que porque vosotras sois, y perdonad que os lo diga, más proclives a sus encantos.

—Eso no es... —comencé a protestar, pero él levantó la mano para acallarme.

—Precisamente, estaba intentando advertir a Evelyn al respecto —prosiguió, dirigiéndome una mirada severa—, cuando ha aparecido la maldita bola de cristal que la ha liado parda.

—Está bien, tienes razón —acepté al fin, agachando la cabeza, pues no me atrevía a mirar a Echo—. Siento no habérselo dicho desde el principio.

—Yo también lo siento —añadió a regañadientes Vero, que había recuperado un poco el color en la cara.

—Pero ese hombre... esa criatura —proseguí, y volví a dudar tras mi autocorrección—. Bueno, lo que sea, no sé cómo llamarle, diré simplemente Jareth. Él es capaz de cosas... —Me estremecí, aterrorizada por el recuerdo de lo que acababa de vivir. Tragué saliva, empapada en sudor frío—. No sabría explicarlo. Puede hacer lo que quiera con la mente humana, deformar la realidad, bloquear todos los sentidos: la vista, el oído, el olfato. Es capaz de recrear algo así como... la muerte en vida.

Comencé a temblar de forma incontrolable, y contuve las lágrimas que acudían a mis ojos, sintiéndome de lo más patética. Era como si mi cuerpo acusara de golpe todo lo que había sucedido hasta el momento.

—Yo no lo habría definido mejor —musitó Vero, sacudiendo la cabeza—. Pero preferiría no hablar de mi propia experiencia, si no os importa.

—No hace falta que lo hagáis —terció Echo, acariciándome la cara mientras yo aún luchaba por retener las lágrimas. Me miró enternecido y susurró—: No pasa, nada, Evie. Lo entiendo. Ese monstruo tiene poderes que no podemos ni imaginar, visto lo visto. Te juro que como le atrape...

Oí cómo le crujía el hueso de la mandíbula y le abracé antes de que continuara, enterrando el rostro en su cuello.

—En general, yo diría que es mejor que dejemos de hablar, sea de esto o de cualquier otro tema, y que nos pongamos en marcha —intervino Pau, poniéndose en pie y haciendo un gesto para que le imitáramos—. Dando por hecho que lo que habéis vivido con Jareth es real... nos queda aún menos tiempo del que teníamos, ¿no?

—Sí —asentí yo. Viendo mis dificultades, Echo tiró de mí para levantarme y yo le dediqué una débil sonrisa—. Bien metido en su papel de súper villano, ha hecho avanzar las agujas del reloj con el dedo y me ha dicho que nos quedaban ocho horas antes de que Trish pasara a ser de su propiedad para siempre, supongo que convertida en una de sus horribles criaturas.

—Ya que las mencionas —comentó mi chico mientras echábamos a andar entre los altos setos verdes—, ¿dónde están?

—¿A qué te referes? —inquirió Vero, avanzando más rápido para colocarse a su lado pese a

mi venenosa mirada.

—A los goblins —señaló él, rascándose la cabeza—. A todas las criaturas de la película, en realidad. ¿Dónde se habrán metido? El único que hemos visto hasta ahora ha sido Jareth.

—Tal vez sea un buen augurio —aventuré, tratando de mostrarme optimista—. Las cosas serán más fáciles para nosotros si no tenemos que enfrentarnos a todos los personajes que se va encontrando Sarah en la película, ¿no?

—Yo más bien creo que es mala señal —me contradijo Pau, haciendo énfasis en el adjetivo—. Significa que el laberinto se ha adaptado a nosotros... o, mejor dicho, a Trish. A fin de cuentas, es una solitaria.

—¿Y qué tiene eso de malo? —quise saber, escéptica.

—Si se ha adaptado a la tarada de mi hermana, estamos buenos —resopló Vero, mordaz—. ¡A saber las barbaridades que nos esperan!

—No lo sé. A lo mejor me equivoco —admitió Pau, y esbozó una mueca entre burlona y pesimista—: Puede que, simplemente, Jareth haya decidido prescindir de sus esbirros y obsequiarnos con su maravillosa presencia la mayor parte del tiempo. Mejor dicho, obsequiaros a vosotras, chicas.

—Anda, calla, no seas cenizo —protesté, sacudida por un escalofrío, aunque no supe determinar si era de horror o de anhelo.

¿Qué diablos me estaba pasando? ¿Por qué ansiaba, con la misma intensidad con la que temía, que aquel ser demoníaco volviera a manifestarse ante mí?

—Pues yo prefiero la versión de Evelyn —opinó Vero, que seguía luchando por mantenerse al lado de Echo—. Quizá le caemos bien y ha decidido ponernos las cosas fáciles.

—Sí, se nota lo bien que le caemos —me burlé con una risotada, pese a que había apoyado mi teoría—. Nos tortura, nos amenaza, nos separa, hace trampas con el tiempo... Está claro que nos adora.

—Chicos, creo que tenemos asuntos más acuciantes que resolver ahora mismo —intervino Pau, señalando ante nosotros.

Acabábamos de topar con un callejón sin salida. Después de gruñir desalentados y dar media vuelta, todos soltamos un grito de sorpresa.

El corredor que acabábamos de recorrer se había desvanecido.

De repente, nos hallábamos frente a un espacio circular de piedra en el cual, una vez más, figuraban dos puertas. Solo que, en aquella ocasión, sus recias superficies mostraban sendos semblantes masculinos, esculpidos en el mismo bronce que los aldabones que permitían su apertura. Ambos eran casi idénticos —cabello rizado, ojos grandes y saltones, labios gruesos—, pero se diferenciaban en cierto aspecto que no supe determinar a primera vista.

—Buenas tardes, queridos —nos saludó el de la izquierda, con una sonrisa radiante que dejó al descubierto sus puntiagudos dientes—. ¿Os apetece jugar a un juego...?

## 16. ADIVINA, ADIVINANZA

—Os explicaré cómo funciona —prosiguió la dorada efigie, que parecía muy motivada—. Nos iremos turnando para haceros preguntas a cada uno de vosotros. Cuando hayáis contestado correctamente a por lo menos cinco de ellas, os dejaremos escoger por qué puerta deseáis proseguir vuestro camino.

—¿Y si uno de nosotros sabe la respuesta, pero no es la persona a la que le toca resp...? —comenzó Pau frunciendo el ceño, pero enmudeció cuando la puerta siguió parloteando por encima de él como si no le oyera.

—Las preguntas versarán, por supuesto, sobre vuestra amiga Trish. —Soltó una risita aguda y añadió—: Ah, ¡pero no os he explicado lo más divertido!

—Oye, intentaba hacerte una...

—Lo mejor del juego —volvió a interrumpir la puerta, ignorando a Pau por completo— es que por cada pregunta que respondáis de forma equivocada, sucederán cosas, digamos... poco agradables.

—Pero bueno, ¿por qué no nos dejas preguntar nada? —intervine yo, enfadada.

En ese momento me percaté de que la puerta de la derecha emitía un murmullo ahogado, que fue ganando volumen a medida que su tez amarillenta mostraba signos de desespero. Intrigada, me acerqué unos pasos a ella y solo entonces advertí que sujetaba su propia aldaba entre los dientes, motivo por el cual no podía hablar.

Estaba planteándome si sería buena idea quitársela, cuando Echo se me adelantó y extrajo con decisión el aro dorado de su boca.

—Vaya, muchas gracias —barbotó el hombre aliviado, haciendo extraños movimientos con los labios y la lengua para desentumecerlos—. ¡No sabéis la de tiempo que hacía que nadie me liberaba de esa horrible argolla! Intentaba deciros que es inútil que le hagáis preguntas al plasta de mi vecino... no puede oíros. Y os advierto que no se calla ni debajo del agua.

Nos giramos hacia el rostro charlatán, que había detenido su atolondrado discurso al ver que nos dirigíamos a su compañero y nos contemplaba expectante. Entonces me fijé en que, en su caso, el aldabón le salía del interior de las orejas.

—¡Ahora recuerdo esta parte! —exclamó Echo, volviéndose hacia nosotros mientras se daba una palmada en la frente—. Sarah se encuentra con estas puertas en cierto momento y elige una al azar, aunque en la película tenían un aspecto algo distinto y, desde luego, no decían nada de pasar una prueba...

—Me suena lo que dices —asentí, entrecerrando los ojos—. Aunque me lío con la escena en la que salían las otras dos puertas, ya sabes, esas por las que hemos pasado Vero y yo antes de encontrarnos con vosotros...

Mientras hablábamos, la hermana de Trish se dirigió hacia la efigie de la izquierda. En un gesto similar al de Echo, si bien algo menos osado, extrajo la argolla que le salía de las orejas y retrocedió unos pasos.

—¿Puedes oírme ahora? —le preguntó en un tono demasiado alto, casi a gritos, pese a que estaba apenas a un metro de distancia.

—No hace falta que chilles —replicó el hombre con expresión ofendida—. Antes no os oía por la presencia de esa cosa, pero mi oído funciona perfectamente.

—¿Podemos empezar ya el juego? —terció Pau, cuya voz daba a entender que estaba harto de tanta cháchara—. No nos queda mucho tiempo y, si tenemos que responder a varias preguntas, más vale que vayamos al lío.

—No he acabado de explicaros las normas.

—Yo lo haré —se apresuró a intervenir el personaje de la derecha, con un mohín en sus carnosos labios—. Si te dejamos seguir a ti, nos estaremos aquí hasta mañana, y aquí los colegas tienen prisa. —Ignorando las sonoras quejas del otro, nos sonrió con un aire chulesco del que su vecino carecía y prosiguió—: He oído lo que intentabais preguntar antes, y la respuesta es no. No puede responder ninguna otra persona que la designada por nosotros en cada turno.

—Eso no es justo —señalé, disgustada. Me encontraba diciendo esa frase demasiadas veces en aquel horrible lugar.

—Lo siento, no he inventado yo las normas. —El aldabón macarra, como lo había bautizado yo para mis adentros, nos dedicó un guiño burlón—. ¿Os parece que comencemos?

—Te has olvidado de un detalle muy importante —intervino el de la izquierda, ansioso de meter baza. Al ver que había captado la atención de todos, nos dirigió una sonrisa petulante—. Si alguno de vosotros osa responder en el turno de otro o darle cualquier clase de pista, sufriréis las mismas consecuencias que si la respuesta hubiera sido errónea. Ahora sí, podemos dar inicio al juego.

—Por fin —resopló el otro, impaciente—. Iremos por orden alfabético, de modo que empezaremos por Echo. La siguiente será Evelyn, después Pau y por último Vero, ¿entendido?

—¿Sabéis incluso nuestros nombres? —tartamudeó esta última.

Seguía empeñada en pegarse a Echo, no sé si en busca de que la protegiera o tan solo porque lo veía atractivo. Puede que por ambos motivos.

En cualquier caso, solo de verla me hervía la sangre.

—Lo sabemos todo de vosotros —replicó el aldabón sordo.

Su compañero puso los ojos en blanco y, disimulando un bostezo, inquirió:

—¿Alguna pregunta más antes de comenzar la prueba, a ver si así dejáis de interrumpir?

—Pues sí —intervine yo, tras un carraspeo—. ¿Por qué es todo tan diferente del laberinto original? ¿Dónde están... no sé, Hoggle, Ludo, ¿los goblins...?

—El laberinto entero se ha adaptado a vuestra amiga por la voluntad expresa de Su Majestad —comenzó el rostro de la izquierda, con voz y expresión reverente—. Así, solo aquellas personas que conozcan de verdad a Trish serán capaces de rescatarla. Su Alteza quiere asegurarse de que estará en buenas manos si logra salir de aquí.

—Qué detalle —ironicé yo, agresiva—. Lo dices como si vuestro amado rey no la hubiera secuestrado para convertirla en una de sus asquerosas criaturas y someterla a su eterna tiranía.

—Cómo osas hablar así de Su Majestad —se horrorizó la efigie, temblando—. Espero que no te haya oído, de lo contrario más vale que os vayáis despi...

—Os recuerdo —El mudo, alias el macarra, lo cortó a media frase con una sonrisa ladina— que fue uno de vosotros quien deseó que nuestro justo y generoso monarca se llevara a Trish a su mundo. Su Majestad piensa que la chica estará más protegida aquí que entre aquellos que solo la quieren lejos.

—¡Fue una equivocación! ¿De acuerdo? —estalló Vero al borde de las lágrimas—. ¡Estaba borracha! ¡No lo decía en serio!

—Por el amor de Dios. —Pau, cada vez más desesperado, levantó los brazos como si suplicara paciencia a los dioses—. ¿Podemos dejar ya de buscar culpables y comenzar el maldito

juego? Os recuerdo que no nos sobra el tiempo.

—Primera pregunta, para Echo —obedeció el aldabón macarra. Mientras tanto, su compañero aún miraba a su alrededor con ojos asustados, como si esperara que Jareth se materializara de un momento a otro y nos matara a todos por insolentes—. ¿Cuál es el nombre completo de Trish?

Ufano, Echo sonrió y nos dedicó un guiño cómplice.

—Vaya, qué pregunta más fácil. Beatriz Sáez Ríos.

—Correcto —intervino el de la izquierda, tomando el relevo—. Siguiendo pregunta, para Evelyn. ¿Cuál es el color preferido de vuestra amiga?

—¿Solo vais a preguntar obviedades? El negro, naturalmente.

—¡Error! El color preferido de Trish es el púrpura —replicó la puerta, satisfecha.

Por poco se me descajó la mandíbula. ¿Cómo había podido fallar una pregunta tan fácil? Entonces recordé que las paredes del cuarto de mi amiga estaban pintadas de morado, y que alguna vez me había mencionado su preferencia por aquellos tonos.

Antes de que las criaturas prosiguieran, advertí que el espacio en el que nos hallábamos era de repente más pequeño. Temerosa, di un paso atrás y me aferré a Echo, que también miraba a su alrededor frunciendo el ceño.

—¿Soy yo o las paredes han encogido?

—¿De qué hablas? —intervino Vero—. Lo único que ha cambiado es que el suelo se ha llenado de arañas. ¡Arg! —Se sacudió algo invisible de las piernas—. ¡Se me acaba de subir una encima!

—¿Tenéis visiones o qué? —exclamó Echo, desconcertado—. Ni hay arañas ni ha encogido el espacio. Lo único diferente es que hay menos luz que antes.

—Tíos, no tengo ni idea de qué estáis hablando —comentó Pau, que llevaba un buen rato sin pronunciar palabra, absorto en la contemplación de un punto indeterminado del suelo—. Pero no entiendo por qué nadie menciona el enorme charco de sangre que acaba de aparecer ahí delante.

Los tres miramos hacia dónde señalaba su dedo, pero a juzgar por nuestras expresiones de confusión, él era el único que lo veía.

—¿Nos hemos vuelto todos locos? —Echo me apretó contra él, preocupado.

—Se me acaba de ocurrir algo —susurré yo, abriendo mucho los ojos—. Una de las puertas nos ha dicho que, si nos equivocábamos, y cito textualmente, «sucederían cosas poco agradables». —Me mordí el labio y sacudí la cabeza— Pero no ha dicho qué exactamente, ni que fuera a ser lo mismo para cada uno de nosotros.

—Creo que ya lo capto —asintió Pau, pensativo—. Una de las cosas que más miedo me dan es la sangre. Siempre me desmayo cuando me han de hacer un análisis. Y deduzco que tú, Evelyn, eres claustrofóbica.

—A mí no es que las arañas me den miedo... es que entro en pánico. —Vero se puso pálida y comenzó a temblar—. Por favor, decidme que no va a producirse una invasión de esas cosas peludas y llenas de patas...

—Pensaba que teníais prisa —nos interrumpió la aldaba macarra con una sonrisita impertinente—. ¿Seguimos o qué? Es el turno de Pau.

—De acuerdo —asintió este, dando un paso al frente—. Dispara.

—¿A qué edad comenzó Trish a fumar?

—Uf. —Mi amigo se rascó la cabeza, inquieto. Su oscuro pelo se veía húmedo de sudor, aplastado en la parte delantera y todo tieso por detrás—. Dejadme pensar... fue antes de repetir curso, cuando aún estábamos los tres en la misma clase. ¡Ya lo tengo! Tuvo que ser en aquella

fiesta estúpida a finales de segundo de ESO... —Una sonrisa de felicidad se expandió por su paliducho rostro—. Trish tenía catorce años.

—Correcto —asintió la otra efigie, que parecía molesta por el acierto—. Verónica, es tu turno. ¿Cuál es el mayor miedo de tu hermana?

Vero dudó unos instantes, mordiéndose el labio inferior. Al decidirse por una respuesta, su rostro mostró una expresión triste y decidida.

—La soledad —susurró con un hilo de voz.

Los chicos y yo nos miramos, sorprendidos, aguardando el veredicto de las puertas. Ni Echo ni Pau parecía haber sospechado ni remotamente que aquel fuera el mayor miedo de nuestra amiga. En mi caso, yo tal vez habría dicho la muerte, a falta de otra idea. Trish me parecía tan valiente, tan desafiante contra el mundo...

Entonces recordé cómo nos hicimos amigas, y me habría dado de bofetadas por estar tan ciega. En mi mente se dibujó con claridad su silueta encogida, acorralada contra su taquilla mientras las pijas del instituto la insultaban. Frágil de un modo que su estilo y su actitud jamás me habrían permitido sospechar al principio, cuando la vi a través de la ventana la primera mañana que desperté en mi nueva casa.

Trish, que tan independiente me parecía, que tanto desprecio parecía sentir por los demás... cuando lo único que ansiaba de verdad su corazón era ser aceptada.

No estar sola.

—Has acertado —asintió el aldabón pendenciero, y entonces se giró hacia Echo con expresión malévol—. Hemos acabado la primera ronda, así que vamos a subir un poco el nivel de dificultad.

Nos miramos los unos a los otros, nuestros ojos trasluciendo el miedo y la angustia que sentíamos. Agarré a mi novio de la mano y se la estreché, no sé si para infundirle ánimos o para que él me los diera a mí.

—Dime, querido... ¿Cuál es la persona que Trish más admira en el mundo?

## 17. MÁS DIFÍCIL TODAVÍA

Echo cerró los ojos y se soltó de mi mano mientras pensaba, dándose golpecitos en la cabeza. Se le veía perdido, y me dije que ojalá pudiera chivarle la respuesta. Estaba segura de que era Siouxsie Sioux, la líder de la banda Siouxsie and the Banshees, una de las pioneras del rock gótico que nuestra amiga escuchaba a todas horas.

—Cómo diantres se llama... —musitó él entre dientes.

No pude soportarlo más, e intentando no mover los labios, mascullé en voz baja:

—Siouxsie...

—¡TRAMPA! —gritó la puerta, sobresaltándonos a todos. A mí la primera: estuvo a punto de darme un síncope—. ¡Evelyn ha hablado fuera de su turno!

Todos me miraron con expresión acusadora, exceptuando a Echo, que agachó la cabeza y me apretó contra él para consolarme.

—No pasa nada, Evie... Sé que solo querías ayudarme.

—Además —prosiguió el aldabón macarra con mala intención—, por si tu infracción fuera poco, mocosa desobediente, te informo de que la respuesta es errónea. La persona que más admira vuestra amiga es su hermana.

—¿Su hermana? ¿Qué hermana? —balbuceó la aludida, dando un paso adelante, mientras los demás abríamos unos ojos como platos.

—¿Cuál va a ser? —resopló la aldaba, sarcástica—. ¡Pues tú, cerebro de mosquito! ¿O acaso Trish tiene más hermanas?

—Estáis equivocados, no puede ser. —Vero soltó una risita nerviosa—. Beatriz me odia. No quiere saber nada de mí, se burla de mi estilo, me llama pija ridícula... y una larga lista de cosas muy feas que prefiero no repetir.

—Su admiración por ti no tiene nada que ver con tu aspecto —matizó la efigie—. Está relacionada con tus logros, con el respeto que te tiene la gente, con la forma en que vuestra madre le habla de ti a los demás. Trish, que ha repetido curso, que es la oveja negra de la familia, aquella que siempre suelta la frase equivocada e incómoda a todo el mundo con su estilo extravagante y sus salidas de tono. La que avergüenza a vuestra madre con su falta de respeto y su desobediencia, esa persona a la que tanto crees conocer... daría cualquier por ser como tú. Por poseer tu inteligencia y tu saber estar. Por creerse merecedora del amor de los demás.

—No doy crédito a lo que oigo —farfulló Pau, con una extraña mezcla de estupor y amargura—. ¿Cómo es posible que no tuviéramos ni idea de todo esto?

—Tal vez porque Su Majestad tenía razón desde el principio —intervino el aldabón de la izquierda con fervor, entrecerrando los párpados como si visualizara la figura de su amado soberano—, y sea él quien mejor la comprende. Aquel entre cuyas manos debería residir el destino de vuestra amiga. Y, por cierto, lamento deciros que un nuevo error significa un nuevo castigo...

Ante mis aterrorizados ojos, el espacio circular en el que nos hallábamos dio un salto hacia delante, encogiéndose a la mitad de su tamaño. Apenas medio metro nos separaba ahora de los dos áureos semblantes, que aguardaban nuestra reacción con sonrisas lobunas.

—El charco se ha extendido —jadeó Pau, dando un salto hacia atrás—. Mierda, ¡me ha empapado el bajo de los tejanos!

—De verdad que yo no veo ningún charco —exclamó Echo, abriendo mucho los ojos y mirando hacia arriba—. De hecho, apenas veo nada. Está oscurísimo y da bastante mal rollo.

—No sabía que tu mayor miedo fuera la oscuridad —comenté para meterme un poco con él, aunque mi creciente angustia me impidió disfrutar de la broma.

—¡Hay arañas por todas partes! —Vero me clavó las garras en el brazo y yo solté una imprecación—. ¡Tengo que salir de aquí!

—No os dejéis llevar por el pánico —musitó Echo, cerrando los ojos para mantener la calma. Parecía el más tranquilo de los cuatro—. Nada de todo esto es real.

—Echo tiene razón —asentí yo, luchando por tranquilizarme pese a la opresión en mi pecho. Cada vez se me hacía más duro respirar—. Jareth solo está jugando con nosotros. Es su pasatiempo preferido.

—¡Pues se le da de maravilla! —exclamó Pau, chocando contra mí al intentar apartarse del charco que solo él veía. Vi cómo se doblaba el bajo de los tejanos, que seguían impolutos ante mis ojos, y torció la boca en un rictus de asco—. Lo que faltaba, ahora me he manchado la mano... Creo que voy a vomitar.

—Ni se te ocurra. Apenas queda espacio aquí dentro.

—¡Claro que hay espacio, el lugar es enorme! ¡Y está plagado de repugnantes arañas! —se desgañitó Vero, empujándome en un intento de quitarme de en medio para así acurrucarse contra Echo.

—Es el turno de Evelyn —interrumpió la aldaba de la izquierda, indiferente ante nuestras desdichas—. Si Trish pudiera ir a cenar con una persona famosa, viva o muerta, ¿con quién sería?

—¿No podíais buscar algo aún más específico? —gruñí con ironía, secándome el sudor de la frente. Miré a mis pies para no ser consciente de lo mucho que se había reducido el entorno y me esforcé por pensar, aunque me dolía la cabeza. Al final, decidí arriesgarme, pese a que no dejaba de ser surrealista la respuesta que iba a darles, teniendo en cuenta el aspecto del secuestrador de Trish—: David Bowie.

—Muy bien. —La puerta de voz y aire irreverente le tomó el relevo a su fervoroso compañero. Por suerte para nosotros, no perdían el tiempo—. Te toca, Pau. Si Trish pudiera tener un superpoder, ¿cuál sería?

—¡Menuda potra! —Ante el optimismo que le había generado la pregunta, mi amigo olvidó su miedo por un momento y nos deslumbró con una enorme sonrisa—. Trish y yo nos pasamos la vida hablando de cosas así por nuestros intereses frikis. Ya sabéis: manga, videojuegos, pelis de superhéroes...

—Por favor, no la cagues —le suplicó Vero, que se había puesto lívida y no dejaba de vigilar el suelo con ojos desorbitados.

—No te preocupes, no tengo ni una sola duda de la respuesta. —Nuestro amigo respiró hondo y con expresión desafiante, le espetó a la puerta—. Trish daría cualquier cosa por poder volar. Ese sería el superpoder que escogería.

—Yo habría dicho invisibilidad... —musitó Echo, dudoso.

—O ser capaz de leerle la mente a los demás —añadí yo, asustada ante la posibilidad de otra respuesta errónea.

—Ambos os equivocáis —afirmó Pau, convencido—. A Trish le horrorizaría saber lo que la gente piensa de ella, ya fuera por tener el poder en sí, o al oírlo sin querer siendo invisible. Y supongo que esto entra en relación con su miedo a la soledad, o con la historia de que admire tanto a su hermana. En el fondo, lo único que desea es ser aceptada.

—¿Y por qué volar? —quise saber, sorprendida de conocer tan poco a mi amiga.

—Por la sensación de libertad —intervino Vero, adelantándose a Pau. Bajó la voz y susurró, apenada—. Y porque le recuerda a nuestro padre. Él siempre decía que daría cualquier cosa por ser capaz de volar como un pájaro y surcar las nubes.

—Has acertado —sentenció al fin el aldabón macarra, con cara de habersele aguada la fiesta—. Con esta, habéis acumulado ya cuatro respuestas correctas. Una más y os dejaremos pasar por la puerta que escojáis.

—Verónica, vuelve a ser tu turno —declaró el otro, con su eterna sonrisa de niño bueno y repelente—. ¿Cuál sería la profesión ideal de tu hermana?

Estresada, Vero soltó un resoplido y se tironeó del pelo sin darse cuenta.

—Cuando era pequeña le gustaba mucho leer y escribir... —murmuró con la mirada perdida en el vacío—. Y también cantar, desde luego. Pero con lo rarita que se ha vuelto, dudo que siga interesada en eso. Dejó las clases de piano poco antes de que yo me fuera a la universidad, como hace con todo, y no he vuelto a oírla cantar.

Tuve que morderme la lengua para no chillarle que esa era precisamente la respuesta. ¿Cómo podía no saber que Trish había dejado el piano para pasarse a la guitarra? ¿O que había cantado en un local a principios de año? ¿Tan rota estaba la relación entre ambas que ya ni se conocían la una a la otra?

—Con lo horterera que se ha vuelto —prosiguió Vero, perdida en sus reflexiones mientras se sacudía arañas invisibles de las piernas—, yo diría que probablemente alguna cutrez, como... ¡ajá! Ya lo tengo. —Asintió para sí misma con expresión satisfecha y, tras aclararse la garganta, declaró—: ¡Tatuadora!

—Respuesta incorrecta —canturreó la aldaba quien, a juzgar por su cara, de haber tenido manos se habría puesto a dar palmas.

Horrorizada, contemplé como el claro se reducía hasta alcanzar apenas tres metros cuadrados, al tiempo que desaparecía el cielo sobre nuestras cabezas. En su lugar, un techo deslizante selló la parta alta de los muros circulares, encerrándonos en una suerte de sepulcro de piedra.

—¡No! —gritó Pau, histérico, haciendo curiosos movimientos con las piernas, como si chapoteara—. ¡La sangre me llega ya hasta las rodillas!

—Yo apenas veo nada —musitó Echo, mirando a su alrededor con los ojos muy abiertos—. Está todo oscurísimo... y me estoy estresando.

Le apreté la mano con cariño y él me dirigió una sonrisa agradecida, que se diluyó cuando cayó en la cuenta de algo.

—¿Y Vero? —exclamó, forzando la vista—. ¿Por qué no dice nada?

Me giré y vi que se había hecho un ovillo en el suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos. Todo su cuerpo se estremecía, preso de convulsiones.

—¿Vero? —la llamé, arrodillándome a su lado, pero ella no daba muestras de oírme y seguía balanceándose cada vez más rápido—. ¡Vero!

Luché por apartarle los dedos de la cara, perlada de sudor y pálida como la de un muerto, pero ella agachó la cabeza, negándose a mirarme.

—Hay una... una ta-tarántula gigan-gigantesca ahí delante —tartamudeó al fin, y me di cuenta de que incluso le castañeaban los dientes— Evelyn, no puedo... no puedo moverme. Noto arañas... —Era incapaz de pronunciar la palabra, y al final prosiguió sin decirlo—: Encima de mí... por todas partes...

—Chicos, creo que le va a dar algo —advertí, angustiada.

Me giré hacia ellos, pero Echo parecía no querer moverse de la seguridad de su sitio y Pau seguía gimiendo en voz baja, mirando a su alrededor como si se planteara trepar por las paredes.

—Lo siento, Evelyn, no sé qué hacer —se disculpó mi novio, por cuyas sienas resbalaban gruesas gotas de sudor. Se giró hacia los aldabones y les increpó, furioso—: Bueno, ¿pensáis continuar o qué? ¡Queremos salir de aquí de una maldita vez!

—Precisamente, es tu turno, querido Echo —se burló la puerta macarra, casi relamiéndose—. Comenzamos la tercera ronda, más difícil todavía. Ya sabéis... para mantener vivo el interés.

Los dos relieves se echaron a reír, pero yo apenas era capaz de centrar mi atención en ellos. Por un lado, me obsesionaba que nos quedáramos sin oxígeno si permanecíamos en aquel diminuto lugar mucho más tiempo; por el otro, temía que Vero comenzara a hiperventilar y se asfixiara. De hecho, tampoco tenía muy claro que yo misma fuera a resistir sin desmayarme.

—Atención, niños, que esta es jugosa —anunció la aldaba, rebosante de júbilo. Contuvo su hilaridad y, por fin, exclamó con los ojos fijos en su víctima—: ¿Cuál fue el amor platónico de Trish durante todo el curso pasado?

Mi mente giró en vertiginosos torbellinos, preguntándome quién diablos sería. ¿Tal vez Circe, la vampira legendaria a quien habíamos conocido el febrero anterior?<sup>[4]</sup> No parecía probable después de cómo acabó el asunto, pero no se me ocurría nadie más, y se suponía que yo era su mejor amiga. ¿Cómo diantres iba a saberlo Echo?

Sin embargo, este no parecía albergar ninguna duda. Me lanzó una mirada de reojo que se me antojó extraña y, tras aclararse la garganta, respondió en voz baja:

—Evelyn.

Apenas tuve dos segundos para contemplarle con la mandíbula desencajada, antes de que la puerta anunciara con voz de derrota:

—Correcto.

## 18. EN LA ESPESURA

—¿Qué? —casi grité, girándome hacia Echo con los ojos como platos. La cabeza me daba vueltas—. ¿Y me lo dices ahora?

—¡En realidad, no lo sabía! —se defendió él, con la expresión tan descompuesta como la mía—. ¡Te lo juro, Evie! ¡Solo lo sospechaba!

—Pero... cómo... ¿cómo es posible? —balbuceé, y entonces me giré hacia Pau, que había agachado la cabeza con aire culpable—. ¿Tú también estabas al corriente?

—Bueno... —Evité mi mirada y cerró los ojos, agobiado—. ¿Podemos hablarlo luego? Ahora que hemos acumulado cinco respuestas correctas, siéndote sincero preferiría largarme de aquí *ipso facto*.

—¡Lo sabías! —confirmé, furiosa, olvidándome de la angustia que me hacía respirar demasiado rápido, consumiendo demasiado oxígeno... el mismo que iba a acabarse si seguíamos allí un segundo más—. ¡Cómo has podido ocultármelo todo este tiempo! Ella y yo... He dormido en su casa mil veces, es....

Me llevé las manos a la cabeza. Por algún motivo, tenía unas ganas absurdas de echarme a reír y, al mismo tiempo, un casi irrefrenable impulso de llorar.

—No te preocupes, ya se le ha pasado —me tranquilizó Pau, caminando hacia las puertas como pudo, pues inmerso en su fantasía, se sentía como si estuviera vadeando un río poco profundo. Un río de sangre—. Hablamos luego del tema, ¿vale? Ahora necesitamos salir de aquí a toda leche. ¡Vosotros dos! —Se encaró con el aldabón que había hecho la última pregunta—. ¿Vais a cumplir con lo prometido y dejarnos salir?

—Por supuesto —replicó el que estaba obsesionado con Jareth. Mostraba cierto aire ofendido—. Nosotros jamás faltamos a nuestra palabra.

—Ya, claro. No me cabe ninguna duda.

—Mira, niñato, aquí chulerías las justas —le amenazó el aldabón macarra, como si se creyera el único con derecho a comportarse como tal—. Para tu información, estábamos esperando a que os decidierais.

—¿Que nos decidiéramos a qué? —intervine, vigilando que, pese a todo, el techo no siguiera descendiendo. No me fiaba un pelo de aquellos dos.

—Tenéis que escoger una de las puertas —explicó el relieve con un resoplido de aburrimiento, mirándome como si fuera idiota—. ¿O es que acaso esperáis que tomemos la decisión por vosotros?

—Pues tú mismo —gruñó Echo sin consultarnos. Se secó el sudor de la frente con el antebrazo y, como si acabara de recordar sus modales, añadió—: Por favor.

—¿Lo ves? Solo tenías que pedirlo como es debido —se burló la efigie, pero entonces frunció el ceño y suspiró con aire resignado—: Me tendrás que volver a insertar la maldita aldaba...

A diferencia de lo que sucedía en la película, abrió la boca con obediencia, sorprendiéndonos a todos. O, mejor dicho, a nosotros tres, pues Vero seguía en estado semicatatónico, y apenas reaccionó cuando le tiré del brazo para que se levantara.

Mientras tanto, Echo recogió uno de los pesados aros de bronce que habíamos dejado antes en el suelo y lo metió con decisión en la boca de la criatura.

—No sabes el gusto que me da cerrarte el pico —le espetó para mi sorpresa.

Sonriéndole con el mismo aire chulesco que las doradas facciones del relieve reflejaban unos segundos antes, alzó el llamador y lo dejó caer sobre la recia superficie.

Todos aguardamos conteniendo el aliento.

Entonces, la puerta se abrió hacia dentro con un crujido siniestro, dejándonos ver el frondoso bosque que nos aguardaba al otro lado.

Nerviosa, busqué a tientas las manos de mis amigos y me aferré a sus dedos fríos y sudorosos: los de Echo a mi derecha y los de Vero a mi izquierda. La chica seguía sollozando con los ojos cerrados y apenas se tenía en pie. Mi novio se agarró a Pau con la otra mano y señaló hacia delante con la cabeza.

—Venga, chicos. Larguémonos de aquí de una vez.

—¡Que tengáis suerte! —se despidió el rostro de la izquierda para mi asombro.

Tal vez estaba feliz por no verse de nuevo sordo, ya que no era su llamador el que habíamos decidido utilizar.

—Que os den —farfulló a duras penas el otro, y pese a lo mucho que le costaba pronunciar, no me quedó ninguna duda de que había dicho eso.

Los cuatro atravesamos la puerta bien agarrados y, nada más cruzar el umbral, esta se cerró con un fuerte golpe a nuestras espaldas.

Nos adentramos unos cuantos pasos por el nuevo paisaje, observando la espesa vegetación que nos rodeaba. El entorno había perdido ya todo el aspecto de laberinto.

Pasados unos segundos, me di la vuelta.

La puerta que acabábamos de cruzar había desaparecido. En su lugar, la solitaria presencia del bosque proyectaba largas sombras sobre nosotros. El sol rasgaba la aterciopelada oscuridad en franjas oblicuas, permitiendo apreciar las diminutas motas de polvo que danzaban en la atmósfera, centelleantes como purpurina dorada.

—¿Estás bien? —La voz de Echo en mi oído me hizo dar un respingo.

—Eso creo —suspiré, estrechándolo contra mí mientras él me rodeaba por la cintura. Vi que Pau consolaba a Vero, que se había dejado caer al suelo y poco a poco resurgía de su catatonia—. ¿Te suena dónde estamos?

—Sí, el bosque aparece en la película —asintió Echo, pensativo—. Aunque no estoy seguro de lo que pasa luego... Diría que unas criaturas amarillas con pinta de gallinas gigantes aparecen de repente y se ponen a cantar y bailar en torno a la protagonista. O, mejor dicho, a perseguirla.

—¿Las que querían arrancarle la cabeza? —recordé de pronto, espantada.

—Las mismas —replicó Pau, sujetando a Vero para que no se cayera.

Esta se apoyaba contra él y respiraba con esfuerzo, luchando por recuperar el aliento. Cuando levantó la cara hacia nosotros, atisbé la demacrada palidez de su semblante, cuya superficie aparecía cubierta de gotitas de sudor. Aún temblorosa, señaló hacia delante con la barbilla.

—No sé de qué criaturas estáis hablando, pero por Dios, no nos quedemos aquí parados.

—Me alegro de que te encuentres mejor —dije con sinceridad al verla resurgir de su trance. Le apreté la muñeca y asentí—. Estoy de acuerdo, será mejor que continuemos. Como bien ha dicho Jareth... el tiempo es breve.

Sin decir más, todos nos pusimos en marcha, internándonos cada vez más en la profundidad del bosque.

Unos minutos después, Echo se aseguró de que me encontraba lo bastante bien como para dejarme sola y se adelantó para intercambiar unas palabras con Pau. Yo me quedé algo rezagada detrás del grupo, puesto que Vero seguía delante con ellos, agarrándose a quien pudiera como si

aún no hubiera recuperado del todo el equilibrio.

Mientras caminábamos, tuve la impresión de que pasaban horas y nada cambiaba: solo había bosque y más bosque. Parecía que lleváramos centurias atrapados en aquella angustiada penumbra, a ratos deslumbrados por los tacaños rayos de sol que sembraban de lentejuelas la superficie de las cosas. Se diría que la naturaleza que nos rodeaba no era más que un decorado de atrezo para *drag-queens* o *glam-rockers* desfasados, como me habría corregido Trish con un resoplido.

Pensar en ella hizo que las tripas se me retorcieran de angustia. ¿Estaría bien? ¿Le habría lavado Jareth el cerebro respecto a nosotros, tal vez incluso embrujado para que se olvidara por completo de quién era y lo que hacía allí?

Sentí como si se me hubiera atravesado un hueso de melocotón en la garganta, y al formarse aquella imagen en el cerebro, un nuevo calambre me sacudió el vientre, solo que en aquella ocasión fue de hambre. Solté un quejido mientras me frotaba la barriga, que seguía soltando gruñidos de protesta.

Me di cuenta de que los demás se habían alejado demasiado y me apresuré a alcanzarlos, aunque el cansancio y la falta de alimento entorpecían mis pasos. Era como si cada pierna me pesara una tonelada.

Para colmo, en el bosque reinaba una humedad sofocante, que rizaba los cabellos que se me escapaban de la coleta y me los pegaba a la cara, recubierta de una película de sudor pegajoso. Un zumbido sordo se me instaló en los oídos, y me obsesioné con la idea de que iba a desmayarme de un momento a otro.

Estaba a punto de llamar a mis compañeros para que nos detuviéramos a descansar unos minutos cuando, cual espejismo ante mis ojos, vislumbré la silueta de un melocotón unos metros más adelante.

Que extraña casualidad: era justo la fruta en que pensaba unos instantes atrás.

Estaba en el suelo, en mitad de la senda que recorríamos, y por algún motivo inexplicable, mis compañeros habían pasado de largo sin verlo o, tal vez, ignorándolo deliberadamente.

La cuestión era... ¿por qué? ¿No tenían tanta hambre como yo?

Abrí la boca para llamarlos, pero entonces, una idea ponzoñosa como el veneno culebreó por los rincones más sombríos de mi mente: si les advertía de la presencia de la fruta, me vería obligada a compartirla con ellos.

Y yo tenía tanta hambre...

Por no mencionar aquella horrorosa sed, que me enganchaba la lengua al paladar y hacía que el mundo fuera convirtiéndose poco a poco en una mancha borrosa y brillante. El ansia era tan dolorosa como agujas clavándoseme debajo de las uñas, como cientos de pequeñas arañas reptando sobre mí y picándome al mismo tiempo, metiéndoseme por los orificios nasales y los oídos.

La piel me ardía. Visualicé un fuego lamiéndola lenta y persistentemente, hasta apergaminar sus bordes y hacer que se enroscaran sobre sí mismos, dejando a la vista los músculos rojos y brillantes que había debajo.

La idea me produjo náuseas y apreté los dientes, rabiosa.

A fin de cuentas... ¿qué había de malo en que quisiera el melocotón solo para mí? ¿Acaso no me lo merecía?

De repente, recuperé el sentido común, como si alguien me hubiera dado un golpe en la cabeza, y me avergoncé profundamente de haber albergado siquiera por un instante ideas tan

egoístas y poco propias de mí. Por supuesto que compartiría el melocotón con mis amigos, especialmente con Echo.

Acorté en un par de pasos la distancia que me separaba de él y, mientras me agachaba para recogerlo, advertí que mis compañeros estaban cada vez más lejos: si seguía yendo tan lento, terminaría por perderlos.

Comencé a correr hacia ellos con la fruta en la mano, segura de mi decisión. Sin embargo, al sentir contra mi piel su textura levemente húmeda se me hizo la boca agua, y fue como si una nube densa y esponjosa se adhiriera al interior de mi cabeza, impidiéndome pensar con claridad.

Sin darme cuenta de lo que hacía, frené en seco y, olvidando que me disponía a llamar a mis amigos, me acerqué el melocotón a los labios y le di un ávido mordisco.

El placer que inundó mis papilas gustativas fue casi obsceno.

—Por otro mordisquito no pasa nada —me convencí a mí misma en voz alta—. Incluso así, aún quedará un montón para compartir con ellos.

Mis voraces dientes arrancaron otro pedazo de la dorada pulpa, deleitándome una vez más con su sabor delicadamente dulce...

Y ya no pude parar.

Presa de un instinto animal, devoré lo que quedaba del melocotón en una serie de furiosos y rápidos mordiscos, mientras el jugo me resbalaba por la barbilla y me empapaba el escote, como si fuera una niña o un ser primitivo sin ninguna educación.

Antes de darme cuenta, en mis manos pringosas solo quedaba el hueso pelado.

—Mierda, ¿qué he hecho...? —exclamé consternada, y entonces me percaté de que mis amigos se habían alejado tanto que ya apenas los distinguía. Alarmada, intenté llamarlos—: ¡Chicos, esperadme!

Sin embargo, mi voz fue poco más alta que un susurro, como si les sucediera algo a mis cuerdas vocales. Antes de que me diera tiempo a preocuparme, una serie de puntitos oscuros comenzaron a flotar ante mis ojos, a la vez que un mareo fulminante me hacía dar un traspiés y caer de bruces.

Mi cuerpo se derrumbó sobre la hojarasca polvorienta y centelleante del bosque, pero yo ya no fui consciente de ello, pues mi mente se hallaba viajando lejos, muy lejos de allí...

## 19. EL BAILE DE MÁSCARAS

Las notas de una melodía hipnótica me acariciaron los tímpanos, al tiempo que un olor dulce y pegajoso, como de cera de vela y chocolate caliente, se colaba cual volutas de humo por mis fosas nasales.

Abrí los ojos.

Tardé unos instantes en recordar dónde estaba: debía de haberme quedado traspuesta en el banco tras retirarme a descansar un rato. El vestido de tul blanco —cuyo pedrería en el corpiño y mangas abullonadas que desprendían un brillo iridiscente— me daba calor, y los altos tacones de los zapatos a juego me estaban matando.

Pero no pensaba quejarme: no todos los días tenía una doncella de mi edad y posición la oportunidad de poner los pies en el palacio del rey. Y todavía menos en una ocasión tan especial como aquella: con motivo de la llegada de los Carnavales, Su Alteza había decidido celebrar un auténtico baile de máscaras veneciano, con código de vestimenta incluido.

Por si esto fuera poco, aquella noche tenía lugar mi presentación en sociedad, y mi joven corazón vibraba de entusiasmo, fantaseando con la posibilidad de hallar a mi príncipe azul entre los asistentes. Se rumoreaba que el rey, viudo desde tiempo atrás, aún era joven y apuesto, y que andaba buscando una dama en edad de merecer para volver a desposarse.

Desde entonces, mi sueño y el de todas mis amigas, así como el de nuestras respectivas familias, no era otro que el de ser la elegida por el monarca.

Al pensar en mis acompañantes, me di cuenta de que habían desaparecido durante mi breve duermevela. A mi alrededor solo veía extraños, cuyos semblantes enmascarados me confundían.

En ese preciso instante, me percaté de que no me acordaba de cómo iban vestidas mi madre ni mis amigas, ni siquiera de la máscara que llevaban. Entonces, con un sobresalto, comprobé que la mía —que unos segundos atrás reposaba a mi lado en el banco— se había esfumado.

¿Qué diablos estaba pasando?

Angustiada, me puse en pie y forcejeé para abrirme paso entre el apretado grupo de invitados que bailaban en la sala, girando vertiginosamente al son de aquella misteriosa canción. Sus risas me daban dolor de cabeza, y la trémula luz de las velas deformaba sus rasgos, dotándolos de unas proporciones monstruosas.

Pestañee varias veces seguidas y sus caras recuperaron la normalidad, pero no así mi cuerpo. Me sentía débil, mareada, y un sudor frío resbalaba por mi espalda y el surco entre mis pechos.

Mientras atravesaba el fastuoso y opresivo salón de baile, las notas se introducían como una ristra de perlas por mis canales auditivos, inundando los rincones de mi cerebro en una marea de ecos envolventes y narcóticos. La letra era de una hermosura que hacía daño, pues en la voz del cantante se percibía una tristeza tan eterna y solitaria como la muerte.

Me hallaba perdida en aquellos inconexos pensamientos, cuando alcé el rostro... y mi pecho por poco detuvo su latido.

Era él.

El hombre de mis sueños, una criatura de aspecto élfico, como si viniera de otro mundo, un lugar remoto donde acaso refulgieran estrellas frías y pálidas como el aura que le envolvía.

Estaba a unos diez metros, bebiendo con parsimonia de una copa larga y estrecha, que sujetaba elegantemente con su mano enguantada. Al reírse de algo, distinguí el nacarado brillo de sus

dientes, cuyos puntiagudos bordes me aceleraron el corazón, no supe muy bien si de miedo o de anhelo. La parte superior de sus facciones permanecía oculta por una inquietante máscara negra con cuernos, el palo de sujeción en forma de mano de esqueleto.

Justo entonces, un par de mujeres con antifaces narigudos irrumpieron en mi campo visual, a la vez que alguien me propinaba un violento empujón que por poco me tiró al suelo. Sin molestarme en buscar al culpable, estiré el cuello para recuperar la visión del perturbador personaje, pero se había esfumado como si hubiera sido un mero espejismo, una quimera concebida por mi exaltada mente.

Desesperada, avancé unos pasos hacia la derecha y, por fortuna, aquel ser de aspecto feérico volvió a reaparecer ante mis ojos, un poco más cerca que antes.

Solo entonces advertí que iba vestido con una elegancia desmesurada, propia de un miembro de la nobleza o incluso de la familia real. Las arañas de cristal del techo arrancaban destellos color noche a su entallada chaqueta, cuyas solapas se hallaban recubiertas de zafiros. Su fino cabello rubio, desparramado sobre los hombros, hacía pensar en una cascada de pan de oro. Todo en él poseía un fulgor argentino y nebuloso, similar a la niebla bajo la luz de las estrellas.

Justo entonces, como si la fuerza de mi mirada le hubiera alertado, se giró hacia mí... y se retiró la máscara.

Cuando sus ojos magnéticos se clavaron en los míos, creí desfallecer. Eran azules, de una tonalidad transparente y dura como el hielo, uno de los iris mucho más oscuro que el otro, dando la impresión de que padecía heterocromía.

Acobardada, agaché la cabeza de inmediato, pero noté cómo poco a poco él se iba acercando a mí. Para cuando quise darme cuenta, le tenía a escasos centímetros.

Entonces, conteniendo el aliento, levanté el rostro y afronté su mirada.

Apenas pude fijarme en la elegante camisa blanca que vestía bajo la chaqueta, el cuello adornado con chorreras y un broche de diamantes, o en los pantalones que se ceñían como una segunda piel a sus esbeltas piernas. Solo podía perderme en aquellos ojos azul acero, que me hacían pensar en noches gélidas y lunas crecientes, cual cuchillas rajando un cielo de terciopelo.

Se había maquillado de forma extravagante para la fiesta, con una sombra de ojos negra que le alargaba los párpados y simulaba que sus cejas se torcían hacia arriba, dándole un aire perverso y enigmático. Asimismo, una fina capa de polvos se extendía sobre sus pómulos, arrojando destellos diamantinos al captar la luz.

Me observó sin decir nada mientras a mí me temblaban las rodillas y se me secaba el paladar. Su sonrisa era cualquier cosa excepto inocente. Pasados unos instantes, por fin me ofreció su mano, invitándome a bailar sin pronunciar palabra.

Nerviosa y satisfecha a un tiempo, me aferré a sus dedos y ambos nos deslizamos entre los asistentes.

Al principio, fue agradable bailar con él. Su olor —a hielo y chocolate blanco— me hacía salivar; la autoridad con la que me sujetaba la mano y la cintura me hacía sentir un agradecimiento absurdo y sumiso.

Tenía ganas de reír y de llorar; de huir y de quedarme siempre a su lado.

Sabía que no debería estar ahí, que tendría que estar buscando a mi madre y a mis amigas, pero extrañamente, sus rostros se volvían cada más difusos en mi memoria. Al poco rato, apenas me acordaba de ellas.

Fue entonces cuando la atmósfera entre nosotros cambió.

El desconocido me apretó con más fuerza e incrementó la velocidad del baile. De golpe, su

persona se había convertido en lo único de verdad estable a lo que podía agarrarme. Lo único que importaba.

Él lo era todo.

Su semblante había perdido la sonrisa. Ahora me miraba muy serio, con una expresión indescifrable que me dio miedo. Al ver sus ojos tan de cerca, me fijé en que en realidad no eran de distinto color, sino que uno tenía la pupila dilatada de forma permanente, tal vez por alguna lesión. Con un escalofrío, pensé confusamente que serían capaces de hipnotizarme.

El estómago me dio un salto cuando él aumentó aún más la velocidad de los giros. Me dije que, de seguir así, acabaría vomitando. Ya apenas distinguía el salón de baile a mi alrededor, convertido en un amasijo de caras y siluetas borrosas. Estaba atrapada en una esfera de destellos multicolores.

De pronto, me impactó la incongruente certeza de que jamás nos detendríamos, de que danzaríamos hasta que el mundo dejara de existir.

Sin embargo, había algo que debía recordar. Alguien a quien debería estar buscando. ¿Mi madre y mis amigas? Tenía la curiosa sensación de que no se trataba de ellas y, en cualquier caso, mi mente no lograba rescatar el recuerdo de sus caras.

De hecho, tampoco recordaba sus nombres, ni siquiera el mío propio. ¿Quién diablos era yo? ¿Qué estaba haciendo allí?

«Olvídalo todo», susurró una voz en mi cabeza, y al centrar los ojos en los iris fríos y dispares del extraño, supe que la frase venía de él, incluso aunque no estuviera moviendo los labios.

«¿Eres tú quien habla?», pensé, como si de repente me pareciera normal comunicarme por telepatía. «¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?»

«Solo quiero hacerte feliz, Evelyn.»

De modo que aquel era mi nombre.

«Pero para ello», prosiguió mi acompañante, imprimiendo un matiz imperioso y seductor a su voz, «necesito que te olvides de ellos. Céntrate solo en mí.»

«¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? ¿A quiénes estoy buscando?»

«A mí. Me buscabas solo a mí. Yo te lo daré todo... si tú me dejas.»

Sus ojos eran gélidos, pero las pupilas en su centro, negras y relucientes como la obsidiana, ardían con el brillo y el calor del fuego. Mirarle era como mirar el sol: sabías que ibas a quemarte, pero no podías apartar la vista.

Las campanadas de un reloj detrás de mí me sobresaltaron con un campanileo súbito y estridente. Sabía que se me acababa el tiempo para hacer algo, pero... ¿el qué?

El estrés aceleró el ritmo de mi corazón y de mis pensamientos, aleccionándome a huir. Me percaté de que la expresión de aquel ser élfico que me sostenía se había transformado, y ahora sonreía con petulancia malvada, mostrando unos dientes largos y afilados como navajas.

Aquello me dio las fuerzas que necesitaba para decidirme.

Sin saber cómo, me solté de la férrea sujeción de sus manos y empujé a la gente que nos envolvía en un círculo casi impenetrable, como si ellos también conspiraran por impedir mi marcha, por forzarme a permanecer en aquel lugar para siempre, hasta que mi memoria se hubiera borrado, perdida ya toda identidad.

Me giré una última vez mientras salía corriendo y vislumbré la expresión herida de mi acompañante. Su decepción me sacudió como el latigazo frío y desagradable de una toalla mojada.

Sus facciones eran tan perfectas y exóticas...

Pero no podía quedarme. Era crucial que rescatara a alguien. Aún no sabía a quién, pero por lo menos, empezaría por salvarme a mí misma.

En mi huida desesperada empujé a un sinfín de personajes enmascarados, cuyas manos en forma de garra se extendían hacia mí, pugnando por retenerme. Sus horriblos lamentos, propios de almas errantes en su periplo hacia el averno, llegaban distorsionados a mis oídos.

Avancé a ciegas, envuelta en aquella locura infecta como el aliento de un enfermo, cerrando los ojos y tapándome las orejas. Tal vez, si me repetía una y otra vez que todo aquello no era real, acabaría por creerlo.

Tras lo que se me antojaron siglos, llegué al fondo de la sala, a la zona de mesas donde se había servido la comida. Por suerte, no había nadie, pero el problema era que tampoco se veía ninguna salida.

El salón terminaba en una enorme y abombada superficie reflectante.

Observé mi aterrorizado rostro en aquella suerte de espejo deformado, y supe de algún modo que debía atravesarlo para lograr escapar. Me giré en busca de algo con que romperlo, y mis desesperados ojos toparon con las sillas que rodeaban las mesas.

Sin saber ni lo que estaba haciendo, agarré una y, con las escasas fuerzas que me quedaban, la lancé sin miramientos contra el muro.

Como si fuera de cristal, la superficie metálica se quebró en mil pedazos. Aturdida, observé cómo por arte de magia la gravedad se esfumaba: mis pies se despegaron del suelo y una intensa fuerza me atrajo hacia el agujero en sombras que ocultaba la pared, como si al otro lado hubiera un poderoso campo magnético.

En un abrir y cerrar de ojos, me encontré flotando en la más absoluta negrura. El aire era helado y yo caía a través de él con el peso de una pluma, el tul de mi vestido aleteando detrás de mí como lo harían las alas de un pájaro.

Así fue como dejé atrás aquel mundo de máscaras y de artificio, de carcajadas y de demencia. De melodías hipnóticas que adormecían y enturbiaban los sentidos.

Pero, sobre todo, le dejé atrás a él... al rey de quien sabe qué mundo.

Al ser más seductor y terrorífico que jamás había conocido.

## 20. EL VERTEDERO DEL OLVIDO

Me senté en la cama de golpe, jadeante.

Tenía el pijama empapado en sudor y las sábanas enredadas entre las piernas. Agobiada, las aparté de una patada y me froté los ojos. Aún sentía el pulso dándome puñetazos contra el cuello.

—Solo ha sido una pesadilla —musité para tranquilizarme.

Entonces, ¿por qué me sentía tan rara? ¿Y qué significaba aquella amarga decepción que me atenazaba la garganta?

Agité la cabeza para alejar aquellos ilógicos pensamientos y me levanté con un suspiro. Me sorprendió que el dormitorio estuviera tan oscuro, que ni un resquicio de claridad se colara a través de las ventanas, por más que en Foscor nunca brillara el sol.

Extrañada, me acerqué a las persianas y las subí de un par de enérgicos tirones, pero todo seguía en tinieblas, como si fuera de noche. Al correr las cortinas para mirar afuera, se me escapó un grito ahogado y el pánico comenzó a extenderse por mi pecho como un líquido frío y viscoso.

Las ventanas estaban tapiadas.

Un vistazo más profundo me hizo desechar aquella idea: en realidad, se diría que la casa estaba enterrada entre montañas de deshechos. Como si, de algún modo, hubiera ido a parar al vertedero municipal.

Inquieta, me giré hacia la mesita de noche en busca del móvil, pero había desaparecido. Tragué saliva y me acerqué indecisa a la puerta. Con la mano empapada en sudor, hice girar el pomo y esta se abrió con un crujido hacia fuera.

Mi puerta, por lo menos en el mundo real, se abría hacia dentro.

Me deslicé como un espectro hacia el exterior, pues el pasillo de mi casa se había esfumado —junto con todo lo demás— y mi cuarto daba directamente a la calle.

—De forma que no estaba soñando, al fin y al cabo —musité, como si hiciera falta decirlo en voz alta para acabar de convencerme.

Y de todas maneras... ¿cuál era el sueño?

De repente, no podía acordarme, y eso que sabía que había algo muy importante relacionado con él, una información de vida o muerte que debía extraer como fuera de los lugares más recónditos de mi mente.

No obstante, primero debía centrarme en resolver la situación presente: no tenía ni idea de dónde estaba, pero el mundo parecía haber sufrido un apocalipsis zombi.

A mi alrededor, tan solo reinaba la desolación. El pueblo entero parecía haberse reducido a un conjunto de escombros, que se amontonaban formando montañas de porquería hasta donde alcanzaba la vista.

Al levantar la mirada, observé que el cielo lucía una tonalidad de un púrpura rojizo, bañando el entorno con un barniz infernal. Pese a la falta de luz, distinguí en la atmósfera unas siluetas diminutas que, cual plumas, revoloteaban en el aire.

Al principio, pensé que estaba nevando, lo cual no tenía mucho sentido: no hacía frío en absoluto. En realidad, el bochorno era sofocante.

Sin embargo, cuando me froté el brazo, donde uno de aquellos livianos copos se había posado, mis dedos se tiñeron de negro.

Eran cenizas.

—¿Qué narices está pasando aquí? —exclamé al borde del llanto.

Pese a ser fino, el pijama me daba calor y, para colmo, la basura inmunda del suelo me estaba ensuciando los pies, pues estos solo calzaban un par de coloridas chanclas. Incluso a través de las suelas de goma, podía sentir el intenso ardor del asfalto, como si por debajo fluyera lava volcánica.

Estremeciéndome de asco y de angustia, estaba a punto de regresar a casa —o, por lo menos, lo que quedaba de ella en aquella especie de infierno apocalíptico— cuando mi espalda chocó contra algo.

—¡Cuidado! —me regañó una voz cascada—. Vigila por dónde vas, niña.

Horrorizada, observé el arrugado rostro que acompañaba a la voz. Se trataba de una mujer jorobada y diminuta, cargada con un enorme cesto a rebosar de desperdicios malolientes, motivo por el cual la había confundido con el entorno.

—Disculpe —balbuceé, asustada—. ¿Es usted... es usted de aquí?

La mujer me observó frunciendo el ceño. A juzgar por su piel renegrida y apergaminada, se diría que era una momia de miles de años, aunque también me recordaba en cierto modo a uno de los personajes de *El planeta de los simios*. Sus ojos eran apenas un par de rendijas color oliva en la rugosa telaraña del rostro, donde destacaba una nariz en forma de nuez y una amplia boca de labios violáceos, no supe si del frío o por haber devorado algún resto de comida podrida.

—Claro que soy de aquí, ¿no ves que estoy trabajando? —Señaló el capazo que colgaba de su espalda y por fin, sus rasgos se dulcificaron un poco—. A lo mejor te podría interesar alguno de mis artículos...

Estaba dividida entre soltar un bufido sarcástico o una educada negativa, cuando la vieja depositó el cesto en el suelo y se puso a hurgar entre los cachivaches. Al encontrar por fin lo que buscaba, sus labios oscuros se torcieron en una sonrisa que evidenció su falta de dientes. Con expresión de triunfo, me alargó lo que parecía una vieja postal infantil.

—¿Qué me dices de esto, preciosa?

Iba a ignorarla y largarme por donde había venido, cuando me pareció reconocer la imagen de la portada: una niña rubia con un paraguas y un vestido turquesa.

Aturdida, la acepté con manos temblorosas y la abrí. De inmediato, una musiquita automática —que, por el paso del tiempo, sonaba desafinada y mortecina— flotó por el aire, trayendo lágrimas de nostalgia a mis ojos.

—«Por ser una buena niña y portarte bien durante los días de convivencias, de papá y mamá que te quieren muchísimo.» —leí con voz entrecortada, y miré a aquel carcamal sin dar crédito—. ¡Esta postal es mía! ¡Me la regaló mi padre!

El recuerdo trajo un regusto agri dulce a mi boca, y me hizo percatarme de lo mucho que echaba de menos a mi progenitor, al que no veía desde hacía meses. Me había regalado aquella enternecedora postal cuando yo tenía ocho años, al volver de unas colonias escolares de tres días durante las cuales lo había pasado bastante mal, pues era la primera vez que dormía fuera de casa.

—Claro que sí, cielo, tengo toda clase de cosas que te pertenecen, las rescaté de los escombros de tu casa. Soy una vendedora de recuerdos.

—¿Vendedora? ¡Más bien dirá ladrona! —me enfurecí.

—Mira, hagamos una cosa: no te cobraré nada —se apresuró a responder la anciana poniéndose nerviosa, y enseguida añadió—: Si no te gusta la postal, tengo muchas más cosas. Por ejemplo, seguro que echabas de menos esto.

Me alargó una vieja y colorida muñeca de trapo. Estaba hecha a mano, y tanto el cuerpo como

la cara habían sido bordados primorosamente sobre la tela blanca.

Se la arrebaté soltando una exclamación.

—¿Y esta muñeca me lo hizo mi madre cuando era pequeña! ¿De dónde la ha sacado? —le exigí, dándome cuenta de que hacía siglos que no la veía. ¿Se habría extraviado durante la mudanza?

—Aún tengo más cosas por aquí, querida.

Indiferente a mi furia, la mujer amplió su sonrisa al mostrarme un pintalabios de mala calidad y una brocha de colorete con restos de purpurina, con la que incluso se atrevió a acariciarme los pómulos. Sin darme tiempo a reaccionar, me colocó una corona de diamantes falsos sobre la cabeza y deslizó una varita mágica de plástico rosa entre los dedos de mi mano libre.

—¿Y qué tal si juegas un rato con todo esto? ¿No te acuerdas de cuando soñabas con ser una princesa? Todavía puedes serlo. Solo tienes que olvidar el pasado...

—¿De qué pasado me está hablando? —Eché la cabeza hacia atrás con desconfianza, pero no me quité la corona. Aquellos recuerdos me reconfortaban.

—Oh, del pasado en general —se justificó la vieja. Agitó las manos en el aire, como si tratara de quitarle importancia, aunque me pareció que se ponía nerviosa—. ¿Qué me dices? ¿Por qué no regresas a tu cuarto y juegas un poco con tus cosas?

—No sé... —musité, aferrándome a la muñeca y mirando la postal con los ojos aún anegados en lágrimas.

De pronto, era como si una niebla narcótica se estuviera apoderando de mi cuerpo y de mi mente, esparciendo por mi interior una languidez deliciosa.

Sería tan fácil olvidarse de todo... Olvidar que no entendía dónde estaba ni lo que estaba ocurriendo. Olvidar que mis padres se habían divorciado. Dejarme llevar por el recuerdo de cuando todavía éramos una familia, recuperar la inocencia perdida.

¿Por qué no? ¿Acaso no me lo merecía?

—Mira, ¡por aquí también tengo tu colección de Polly Pocket! ¿Te acuerdas de lo mucho que te gustaban? Y también están aquí Barbie y Ken, y las muñequitas recortables de papel a las que te encantaba fabricar vestidos, y todos tus juegos de mesa: el Diseña la Moda, el Monopoly, el Cluedo, los Juegos Reunidos...

Sin darme cuenta, me había dejado conducir de vuelta a mi habitación, y la anciana acababa de cerrar la puerta detrás de nosotras. Me dejé caer en la cama y ella fue amontonando los juguetes encima de la colcha, rodeándome con ellos de forma que a los pocos minutos apenas podía moverme.

—Tengo la sensación de que debería recordar algo —murmuré con la voz pastosa, como si me estuviera durmiendo. Sacudí la cabeza para alejar aquel repentino sopor y balbuceé—: Pero no logro recordar el qué. Era algo urgente...

La vendedora de recuerdos interrumpió su interminable cháchara y levantó la cabeza con expresión de alarma.

—¿Qué ibas a tener que recordar? El presente y el futuro no sirven de nada, te lo digo yo. —Sin pedirme permiso, me embadurnó los labios con el carmín infantil, que aún olía a cera y a vainilla—. Además, solo eres una niña —adujo con voz melosa, dándome unas palmaditas en la mano—, no tienes urgencias ni responsabilidades.

Aquello me espabiló. Molesta, me agité en mi cárcel de muñecos y de recuerdos.

—¡Soy casi mayor de edad! Cumpliré diecisiete años en octubre.

—Lo que yo decía: una niña —insistió ella, categórica, y depositó en mi regazo un reluciente

objeto de plástico—. Mira lo que tenemos aquí: el bolígrafo mágico de Sailor Moon. Y debo de tener tu disfraz de marinero luna por aquí debajo... ¿Por qué no te lo pruebas? A lo mejor aún te va.

—Puede ser—asentí atontada, agarrando aquel precioso tesoro de mi infancia.

La vieja me tendió asimismo el traje y, al contemplar su diminuto tamaño sobre mi cuerpo — en especial, mis largas piernas y mis caderas ya de mujer— recobré de nuevo el sentido.

—Ya no tengo ocho años —declaré con un poco más de firmeza en la voz. Hice un gran esfuerzo tratando de ponerme en pie, pero me falló el equilibrio y volví a caer sobre la cama—. Esto es ridículo. Estamos perdiendo el tiempo.

—Tienes todo el tiempo del mundo, querida. Hazme caso: ponte a jugar y olvídate ya de...

—¿Por qué tanta manía con que olvide? —la interrumpí, suspicaz, y la detuve cuando trató de colocar algo más sobre mi regazo—. ¡Basta! ¡No quiero nada más!

De repente, comprendí que eran todos aquellos objetos los que me estaban robando las energías. Con las últimas fuerzas que me quedaban, les di un violento empujón, desmoronando la montaña de recuerdos que me encarcelaba.

—¡No hagas eso! —se alarmó la anciana. Enseguida me tendió otro juguete con una de sus sucias manos—. Toma, seguro que el set de tacitas de porcelana de la señora Potts te hará recobrar el sentido común...

Fingí que aceptaba la caja, pero en cuanto la tuve entre mis manos, la lancé furiosa contra la pared. Alarmada, la vendedora soltó un grito y se cubrió la cabeza.

—¡He dicho que basta! —estallé, agarrando el Monopoly y arrojándolo también hacia delante.

Sin querer, al hacerlo golpeé el espejo de cuerpo entero, provocando que saltaran varias esquirlas. Debajo, en lugar de aparecer el soporte negro que sujetaba el vidrio, me pareció atisbar algo de color verde.

¿Qué diablos era aquello?

Me apoderé de un conjunto de Barbies y las fui lanzando como proyectiles contra el cristal, haciendo que saltaran cada vez más fragmentos. Continué hasta que el hueco fue lo bastante grande como para permitirme reconocer lo que había entrevisto unos segundos antes.

No se trataba del soporte que estaba esperando, ni siquiera de la pared lisa que había detrás: ante mis ojos había brotado un portal interdimensional, que conducía a un paisaje lleno de árboles y vegetación exuberante.

—¡El bosque... y el melocotón! —balbuceé, recordándolo todo con un sobresalto.

Me giré hacia la anciana y la señalé con un dedo acusador:

—¡Pretendías que me olvidara de Trish, vieja bruja! —la acusé, dejando ya de tratarla de usted, pues no merecía ningún respeto. Torcí la boca en un rictus de desprecio y añadí—: Supongo que trabajas para Jareth.

—Tú no lo entiendes —se lamentó ella—. Si le conocieras, si supieras cómo es...

—Oh, no te preocupes: ya le conozco. Pero no soy tan cobarde como tú y los demás —le espeté, casi escupiendo las palabras—. En todo caso, no pienso perder más tiempo hablando contigo.

Decidida, me abalancé sobre el objeto de mayor tamaño de todos cuantos la mujer había amontonado a mi alrededor: mi antigua Rosaura, una horripilante muñeca de tamaño real que, en su día, era casi más grande que yo.

La anciana soltó un alarido de terror cuando la alcé por encima de mi cabeza y, con gran ímpetu, la arrojé contra el espejo, igual que había hecho en el baile de máscaras, que ahora

recordaba a la perfección. La superficie reflectante terminó de resquebrajarse, desvelando por fin mi vía de escape de aquella falsa realidad.

—Hasta nunca —solté triunfante por encima del hombro.

Sin mirar atrás, atravesé el agujero y desaparecí.

## 21. LA NAVAJA DE OCKHAM

—No me puedo creer que te quedaras el melocotón entero para ti sola —soltó Pau con voz quejumbrosa una vez hube terminado mi relato.

Puse los ojos en blanco mientras Echo y Vero se reían, incrédulos ante el desafortunado comentario.

—Yo también me alegro de verte —le espeté, sarcástica—. Tal vez, si no me hubierais dejado atrás, no me habría metido en semejante lío. O quien sabe —añadí con voz venenosa—, igual tendrías que habértelo zampado tú, y así haber disfrutado tantísimo como yo de ir a parar a un vertedero de tamaño industrial. Eso por no mencionar el «romántico» baile con el rey de los goblins.

—A fin de cuentas —corroboró Vero, fingiendo seriedad—, entre él y una tía no hay mucha diferencia...

Todos nos echamos a reír, excepto Echo.

—A mí no me hace ninguna gracia que bailaras con él —protestó, celoso—. ¿Intentó algo?

—¿Qué se supone que significa eso? —respondí, enrojeciendo—. ¡Claro que no!

—*Dentro del laberinto* es una peli de fantasía, no porno —aclaró Pau como si hiciera falta decirlo, desternillándose.

—Te veo muy chistoso hoy —mascullé, meneando la cabeza—. Lo dices como si hasta ahora, lo que hemos vivido aquí fuera idéntico a esa maldita película. Que, por cierto, en nuestra versión a mí me parece más de terror que otra cosa.

—En fin, chicos, deberíamos continuar —señaló Echo, a quien no se veía muy convencido de mi respuesta anterior y escudriñaba mi rostro como buscando signos de culpabilidad.

Yo agaché la cabeza, rehuyendo su inspección. Estaba segura de que seguía roja como un tomate, y no me apetecía revivir los descabellados sentimientos que me habían asaltado al bailar con Jareth. Todo se volvía aún más surrealista teniendo en cuenta que en aquel momento me creía otra persona y no recordaba mi propia identidad.

—Sí, mientras tú estabas por ahí de fiesta —Pau se retorció para esquivar mi intento de colleja—, nosotros hemos encontrado la salida del bosque. Solo hemos vuelto atrás para buscarte al darnos cuenta de que no estabas.

—Qué tremendamente altruista por vuestra parte —ironicé meneando la cabeza mientras nos poníamos en marcha—. Lástima que vuestra ayuda haya llegado un poco tarde, cuando ya me había salvado yo solita.

Tras masticar la rabia unos instantes, levanté un dedo admonitorio:

—Además, te recuerdo que, después del baile de disfraces (que, para que te enteres, para mí tuvo de fiesta lo que una reunión de orcos de Mordor), terminé en una pseudo-realidad apocalíptica en la cual nuestro amigo el rey de los goblins pretendía tenerme atrapada por toda la eternidad. ¡Y encima en chanclas y pijama! —añadí, como si el dato fuera relevante.

Al traspasar el portal interdimensional, había comprobado con gran alivio que volvía a llevar mis shorts tejanos, la sudada camisa blanca sin mangas y mis inseparables Converse negras.

—¿Seguro que no te has quedado dormida y lo has soñado todo? —preguntó Vero, apartando un matorral para abrirse paso y soltándolo justo cuando yo la seguía, de forma que me dio en plena cara—. No hemos visto ni rastro de ese espejo por el que dices haber salido...

—El espejo estaba en el otro lado —repliqué enfadada, dándole un manotazo al espeso arbusto—. No son más que trucos de Jareth. Y, de todos modos, ¿qué más da si ha sido real o imaginario? El tío lleva jugando con nuestras mentes desde que hemos llegado, así que no veo gran diferencia entre una cosa y la otra. Mirad, estamos de nuevo todos juntos y eso es lo que cuenta. Dejemos ya el tema, por favor.

—¿Qué se supone que ha de pasar ahora? —inquirió ella, obediente—. Me refiero, ¿con qué se encuentra Sarah después de atravesar el bosque?

—Pues... si no me equivoco —comenzó Echo, haciendo memoria—, deberíamos estar ya a punto de llegar a la Ciudad de los goblins.

Me percaté de que la espesura que nos rodeaba había ido menguando hasta interrumpirse de golpe, dando paso a un árido paisaje.

—Así es —asintió Pau, y señaló una construcción de piedra que se distinguía a medio centenar de metros—. Pero antes habrá que atravesar el puente de Sir Didymus.

—¿Y ese quién es? —quiso saber Vero, asustada.

—Una especie de Yorkshire parlante que lo vigila —aclaró Echo, exhibiendo sus hoyuelos—. No hay nada que temer.

—Yo no estaría tan segura —le contradije, frunciendo el ceño—. Además, yo no veo a nadie esperándonos... ni animal ni humano.

Habíamos alcanzado el principio del puente y, en efecto, no se veía un alma. Pero lo más inquietante no era eso, sino que, de improviso, habían desaparecido todos los sonidos, sumiéndonos en una quietud angustiosa y antinatural. Ni siquiera se oía ya el canto de los pájaros o el susurro del viento. La atmósfera contenía el aliento como un depredador al acecho, aguardando el momento de abalanzarse sobre su presa.

—Pienso igual que Evelyn —declaró Pau—. Esto me da mala espina.

—Vaya, veo que se te han pasado las ganas de hacer chistes.

—A lo mejor el tal Sir Minimus se ha largado —sugirió Vero, esperanzada—. De todos modos, ¿qué más da si es solo un perro flacucho?

Nadie se molestó en corregirla y recordarle el verdadero nombre del guardián del puente, pues justo entonces, topamos contra un obstáculo que frenó en seco nuestro avance.

—Mierda —exclamó Pau, frotándose la frente enrojecida donde se había golpeado. Levantó las manos y las apoyó en el aire—. Hay una especie de pared invisible aquí delante. Iba muy lanzado y me he pegado un buen cabezazo.

—Yo igual —asentí, restregándome también con gesto dolorido.

Echo y Vero —que iban unos pasos por detrás y habían tenido la suerte de no darse de bruces como nosotros— soltaron sendas exclamaciones de sorpresa al apoyar las palmas de las manos contra aquel muro transparente, imitándonos a Pau y a mí. Parecíamos un grupo de mimos haciendo el tonto.

—A lo mejor podemos rodearlo —propuso mi chico con optimismo, desplazándose hacia los lados y comprobando si la pared terminaba en algún punto—. Podríamos dividirnos e ir probando a ver si desaparece de repente...

—No lo veo claro —rechazó Pau, mordisqueándose una uña—. No nos sobra el tiempo, y dudo que Jareth sea tan inútil como para ponernos las cosas así de fáciles.

—Mejor no pronuncies su nombre, no sea que aparezca —le pedí, aprensiva.

—No te preocupes, ese cerdo no va a volver a tocarte. —Echo regresó a mi lado y me envolvió entre sus cálidos y fuertes brazos.

—Dejaos ya de arrumacos, tenemos que solucionar el problema —nos criticó Vero, claramente celosa—. No me apetece que mi hermana se transforme en un goblin, ya es bastante insoportable como humana.

—A ver, pensemos en lo que pasa en la película —ordenó Pau. Nos hizo un gesto para que nos sentáramos a su lado en el suelo—. Si mal no recuerdo, el pesado de Sir Dydimus les ordena que se detengan porque ha jurado por su honor que no dejaría pasar a nadie, bla bla bla.

—Que no dejaría pasar a nadie sin su permiso —puntualizó mi novio, haciendo memoria—. Entonces, Sarah se da cuenta de que solo tienen que pedirselo.

—¿Y ya está? —preguntó la hermana de Trish, escéptica—. ¿Tenemos que pedirle a un chucho estúpido que nos deje pasar? Aunque yo aquí no veo a nadie...

—Es evidente que la escena se ha transformado para nosotros, como en casi todas las pruebas que hemos ido pasando —señalé, apartando con impaciencia un mechón de pelo que se me pegaba a la piel sudorosa de la cara—. Supongo que para ponernos las cosas más chungas. Así que, o la solución es otra o...

—O es tan fácil que ni se nos ocurriría por estúpida —terminó Echo por mí.

Como siempre, lucía un aspecto impecable, exceptuando la ropa un poco sucia y el pelo enmarañado, pero en él, incluso estos detalles resultaban insultantemente perfectos, sobre todo al lado del desastroso grupo que formábamos los demás.

Me permití unos instantes de embobamiento ante su magnética belleza, y después me obligué a centrarme de nuevo en el enigma que nos acuciaba.

—No lo entiendo —se quejó Vero, encogiéndose de hombros.

—La navaja de Ockham —corroboró Pau, pensativo—. La teoría más simple suele ser la correcta.

—¿Te refieres a que se lo pidamos a la pared? —intervine yo.

—Exacto —asintió Echo, y se puso en pie con las energías renovadas por la esperanza. Apoyó las manos en el muro invisible y, tras tomar una bocanada de aire, pronunció en voz alta y clara—: Por favor, danos tu permiso para cruzar el puente.

Nada. Lo repitió de distintos modos, palpando la pared durante unos segundos, acariciándola con la yema de los dedos e incluso rozándola con los labios, por si acaso el calor o el contacto con algún fluido humano —en este caso, saliva— obraban algún efecto. Al final, soltando un bramido de exasperación que nos pegó un susto de muerte a todos, le asestó un violento puñetazo.

—¡Mierda! —gritó, dejándose caer a mi lado mientras se sujetaba la mano—. No sirve de nada, y encima me he hecho daño.

—Déjame ver —le pedí, preocupada.

Él me mostró los nudillos magullados y yo se los besé, ignorando las muecas de asco de Vero y sus ojos en blanco. Pau, mientras tanto, seguía perdido en sus cavilaciones, rumiando las posibles formas de resolver el interrogante.

—¿Y si tu teoría es correcta, pero no la forma de llevarla a cabo?

—¿Qué quieres decir? —inquirió Echo, frunciendo el ceño—. ¡Será que no he probado cosas!

—No me estás entendiendo. —Nuestro amigo sacudió la cabeza—. Me refiero a que, a lo mejor, no has de ser tú la persona que se lo pida.

—¡Vero! —exclamó Echo, cayendo en la cuenta.

—¿Qué pasa? —se sorprendió ella, alzando la cabeza de golpe.

—No, me refiero.... —Él se permitió un leve resoplido de risa—, que quizá eres tú quien ha de pedirselo. A fin de cuentas, fuiste tú quien desencadenó todo esto.

—Está bien, lo probaré, pero... dudo que cambie nada —murmuró ella, pesimista, levantándose con esfuerzo—. Si la pared no desaparece, exijo que nos quedemos un rato descansando. Ya sé que tenemos prisa, pero solo os pido cinco minutos... sin hablar, sin movernos. Sin pensar siquiera. No puedo con mi alma.

—Para alguien como ella, debe de ser fácil dejar de pensar —me burlé en voz baja, y Echo me dio un leve codazo, conminándome a comportarme.

—Estoy seguro de que funcionará —la animó él, sonriendo.

Vero asintió y se acercó a la pared. Apoyó las dos manos contra la superficie invisible y comenzó a hablar.

—Por favor... —Su voz aguda sonó casi infantil al elevar su súplica—. Por favor, déjanos pasar. Te lo ruego, danos tu permiso para atravesar el puente.

Esperó unos segundos y, al ver que nada cambiaba, dejó escapar un suspiro resignado. Iba a apartar las manos y volver a sentarse entre nosotros cuando, de pronto, la vimos trastabillar y precipitarse hacia delante. Justo antes de caer, recuperó el equilibrio y se giró a mirarnos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Teníais razón, lo he logrado! ¡La pared ha desaparecido!

—Crucemos antes de que cambie de idea —exclamó Pau, levantándose de un salto. Le dio un apretón en el hombro a Vero y le sonrió con cariño—. Bien hecho, tía.

—Si todo va bien, en breve llegaremos al castillo de Jareth... —musitó Echo y, consciente de mi escasez de fuerzas, me tiró de la mano para ponerme en pie—. ¿Tenemos algún plan de acción?

—Como dicen en inglés, *we'll cross that bridge when we get there*<sup>[5]</sup>—replicó Pau.

—Muy oportuno —jadeé con ironía, mientras cruzábamos el puente a la carrera.

Tenía que plantearme en serio hacer un poco de ejercicio antes de convertirme del todo en un despojo humano. Hasta poco más de un año atrás, salía a correr tres o cuatro veces por semana, pero entre el divorcio de mis padres y la mudanza, había estado demasiado deprimida para pensar en hacer deporte.

Miré de reojo a mis compañeros: los únicos que parecían no tener problemas para respirar eran Echo —campeón de natación desde pequeño— y Vero, alias doña Perfecta, quien se pasaba la vida entre sus clases de crossfit y yoga.

En menos de un minuto, llegamos al final del puente. A partir de ahí, adoptamos un paso más lento, observando con cautela los cambios a nuestro alrededor.

A pocos metros, nos aguardaba la entrada a la Ciudad de los goblins, en cuyo centro se alzaba el castillo de Jareth. Su ominosa y puntiaguda silueta se adivinaba ya a través de una cortina de brumas color fuego. ¿Estaría vigilándonos desde una de las torres? Con un escalofrío, me apresuré a desviar la mirada.

Acabábamos de alcanzar el pie de las gruesas murallas de piedra, cuando todos nos detuvimos con un sobresalto, sin dar crédito a lo que veían nuestros ojos.

Las puertas de la Ciudad de los goblins estaban abiertas de par en par.

## 22. ¿FANTASMA O REALIDAD?

—Esperad —exclamó Pau al momento, extendiendo uno de sus largos brazos para impedir que siguiéramos avanzando—. ¿Por qué iba Jareth a dejar las puertas abiertas? Esto me huele mal.

—Hablando de olores —intervine, acordándome de algo—, ¿en la película no había una especie de ciénaga pestilente?

—El Pantano del Hedor Eterno —asintió Echo, girándose hacia mí—. Mejor ni lo menciones, tenemos suerte de haberlo esquivado.

—A menos que lo que nos espere sea mucho peor —apostilló Vero, que parecía haberse contagiado del fatalismo de su hermana.

—No llamemos al mal tiempo —insistió mi chico, colocándose al lado de Pau—. ¿Qué hacemos, tío?

—Seguir adelante, tampoco nos queda otra —suspiró este, quitándose las gafas para frotarse los ojos—. Faltan menos de tres horas para que expire el plazo.

—¿Qué dices? ¡Pero si hace nada nos quedaban ocho! —protesté, incrédula.

—Eso era antes del juego de las adivinanzas. —Echo meneó la cabeza—. Ahí hemos perdido por lo menos una hora y media, y después ha transcurrido otra mientras recorríamos el bosque, que ha sido cuando tú has desaparecido.

—¿Cuánto rato me habéis estado buscando antes de encontrarme? —pregunté con un nudo en el pecho—. Es decir, ¿cuánto tiempo ha durado mi... secuestro, ensoñación o lo que quiera que fuese?

—Casi tres horas —musitó él con expresión culpable.

—¿Qué? —me horroricé, llevándome las manos a las mejillas—. Para mí ha sido como si solo hubieran pasado... qué se yo, treinta minutos a lo sumo.

—Dejémonos de historias —se impacientó Vero, poniéndose frente a nosotros en jarras—. Hagamos lo que dice Pau y metámonos ya en la boca del lobo.

—Eso no es lo que he dicho —matizó el aludido, molesto—. Solo señalaba que, si pretendemos rescatar a tu hermana, una de dos: o seguimos adelante, o nos quedamos aquí hasta morir todos de hambre, sed o algo peor.

—Por el amor de Dios —bufé con los ojos en blanco—. Callaos todos de una vez.

Para mi sorpresa, los demás me obedecieron. En un silencio enfurruñado, Vero y Pau encabezaron la marcha mientras Echo y yo les seguíamos: en mi caso, arrastrándome como un zombi; él, con el aire heroico que le caracterizaba. O puede que tan solo le mirara con buenos ojos.

Atravesamos sin contratiempos las puertas de la Ciudad de los goblins y nos adentramos por las pedregosas y sucias calles. La desolación y los estragos visibles en la arquitectura del entorno revelaban que había tenido lugar alguna especie de guerra.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —musitó Vero, mirando a todos lados con los ojos desorbitados. Por lo menos, esta vez se aferró al brazo de Pau y no al de Echo.

—Por los comentarios que Jareth ha ido haciendo, da la sensación de que ha pasado tiempo desde lo que sucede en la película —apunté como posible teoría—. Como si, en lugar de haber entrado en el bucle temporal que cabría esperar, en el que se va repitiendo lo mismo una vez detrás de otra... hubiéramos ido a parar a un lugar auténtico, con tiempo real. No sé si me explico.

Pau me miró interesado.

—¿Te refieres a que quizá, en esta dimensión en concreto, todo lo que se ve en *Dentro del laberinto* sucedió hace ya años, y después, la historia siguió adelante?

—Algo así —asentí, dudosa—, aunque igual es una chorrada.

—No lo creo —terció Echo con gravedad—. Eso explicaría por qué las cosas son tan diferentes respecto a la trama original. Además, seguramente, el *drag-queen* ese aburre si siempre secuestra y tortura a la gente del mismo modo.

—Yo evitaría insultarle, si no te importa —murmuró Pau, estremeciéndose—. Aún recuerdo los «regalitos» que nos dejó en el juego las dos puertas, y no me apetece verle en persona. Digamos que su sentido de la diversión no coincide con el mío.

—¿Qué tal si nos dejamos de cháchara y aprovechamos que no hay moros en la costa? —sugirió Vero en tono ácido—. Tal vez, así podamos rescatar a mi hermana antes de que se convierta en una criatura de las tinieblas.

—Creo que los goblins no son para tanto —opinó nuestro amigo—. De hecho, incluso los prefiero a Jareth. Dan menos canguelo.

—Venga, chicos, Vero tiene razón. —Les hice un gesto para que siguiéramos avanzando—. Y, por cierto, quizá sería mejor que dejáramos de hablar.

Aunque toda la conversación anterior había tenido lugar más bien en susurros, bajo mi punto de vista era preferible hacer el menor ruido posible. Los demás asintieron en silencio, y juntos nos abrimos paso a través de las ruinas de lo que había sido una ciudad militar, ya de por sí vetusta y deprimente.

Sentí cómo Echo me apretaba la mano para infundirme valor y le dirigí una sonrisa agrídulce. No entendía cómo siempre acabábamos metidos en aquellos líos.

Y pensar que todo había comenzado con una noche de chicas en casa de Trish...

Pensar en ella me dio fuerzas para seguir adelante, a pesar del hambre y del miedo, del sudor que empapaba mi ropa y del dolor que agarrotaba mis músculos tras las largas horas de caminata.

Por suerte, la batalla o guerra que había assolado la ciudad debía de haber sucedido mucho tiempo atrás, pues el polvo había vuelto a aposentarse sobre los restos de la catástrofe y, por lo menos, no nos hacía toser ni estornudar.

Aun así, se hacía duro mirar los restos de metralla que habían agujereado las paredes, así como las manchas negruzcas que ensuciaban gran parte de los adoquines machacados del suelo, y que me hacían preguntarme si se trataría de sangre.

Al ver cómo los contemplaba con expresión de horror, Echo me apretó más fuerte la mano y se inclinó para hablarme al oído:

—Podría haber sido peor. Por lo menos, no se ven cadáveres...

—Un detalle de lo más positivo —se inmiscuyó Pau en un susurro de falsa alegría, antes de que yo pudiera replicar—. Excepto si al final resulta que Su Alteza tiene también tendencias caníbales.

Echo y yo preferimos no responder. Parecía como si entre Pau y Vero estuvieran supliendo la ausencia de nuestra amiga: ella, con sus fúnebres pronósticos; él, con las salvajadas constantes que soltaba, aunque eso también era parte de su personalidad. Quizá por eso Trish se llevaban tan bien con él y le confiaba tantos secretos, tal y como había averiguado durante la prueba de las adivinanzas.

Apenas había tenido un minuto de calma para reflexionar sobre el tema, pues durante nuestro interminable paseo por el bosque, estaba demasiado obsesionada con el hambre para pensar con

claridad. En aquel momento, sin embargo, no me quedaba otra que enfrentarme a ciertas ideas angustiosas.

¿Se produciría algún cambio en nuestra amistad, ahora que yo era consciente de que Trish había estado enamorada de mí al principio? ¿Sería ella diferente conmigo si se enteraba de que yo lo sabía?

«Tal vez sería mejor no decirle nada...», resolví mordisqueándome los labios, tras darle vueltas un rato a ciertas situaciones incómodas que podrían darse entre nosotras. «Pero entonces, he de pedirle a los otros que mantengan la boca cerrada.»

Me estresó la posibilidad de que no se me presentara otro momento tan tranquilo como aquel, y que diéramos con Trish sin haber tenido la oportunidad de hablar del asunto con los demás. Por tanto, lo mejor sería aclararlo en ese preciso instante.

Justo entonces, fui consciente de que Echo me había soltado la mano en algún punto del camino sin que yo me diera cuenta. Alarmada, me giré para buscarle, pero no le vi por ningún lado, y al volver la vista al frente me percaté de algo igual de espantoso: Vero y Pau ya no caminaban delante de mí.

De hecho, no distinguía a ninguno de mis amigos.

—¡Chicos! —grité angustiada, olvidando nuestro plan de no hacer ruido—. ¿Dónde os habéis metido? ¡Echo! ¡Pau! ¡Vero!

Repetí sus nombres hasta desgañitarme, volviendo unos metros hacia atrás y después, corriendo hacia delante. Di vueltas, desesperada, en un radio de unos cien metros en torno al punto donde habían desaparecido —o donde yo, demasiado perdida en mis cavilaciones, lo había notado—, pero fue en vano.

Al final, histérica y jadeante, me dejé caer sobre una piedra y hundí el rostro entre los brazos. Ni siquiera me quedaban fuerzas para llorar.

—Venga, tía, no te lo tomes tan a pecho —exclamó a mi lado una voz ronca que conocía demasiado bien—. Seguro que te están puteando para reírse un rato.

Me destapé la cara y alcé la vista sin dar crédito a lo que veían mis ojos. Tuve incluso que frotármelos un par de veces antes de admitir que no sufría visiones.

—¿Trish? —musité de forma casi inaudible.

Ella torció los labios en una de sus sonrisas gamberras y se acercó a la boca un par de dedos huesudos con las uñas mal pintadas de negro. Me fijé entonces que sostenía uno de sus acostumbrados cigarrillos Black Devil.

—Pues claro. ¿Quién iba a ser, si no?

Me levanté con cautela, pues no estaba segura de que el más mínimo movimiento no fuera a hacerla desaparecer como si se tratara de un fantasma o una visión de humo.

Llevaba el mismo pijama de la noche que había desaparecido y que, en realidad, no era un atuendo específico para dormir sino una vieja camiseta del grupo The Cure con las mangas cortadas. Era tan enorme y ella tan bajita que le llegaba hasta la mitad de los muslos.

Trish me contempló también, divertida por mi inspección. Yo, incapaz de contenerme por más tiempo, me lancé sobre ella y le di un sentido abrazo, que mi amiga correspondió con cierto placer sorprendido.

—¿Dónde has estado? ¡Pensábamos que Jareth te tenía encerrada! ¿O es que has logrado escapar? —la interrogué atropelladamente, agarrándola por los hombros.

Ella fijó en mí sus fríos ojos turquesas y guardó silencio unos segundos.

—Me he escapado —dijo al fin, como si se le acabara de ocurrir.

Yo arrugué la frente, entre confusa y nerviosa.

—¿Cómo te encuentras? Te veo un poco ida... ¿Has podido comer y beber?

—Estoy bien.

—Pero ¿cómo te has escapado? ¿Dónde te tenía retenida ese monstruo?

Una expresión muy extraña, como de furia contenida, le transformó el rostro por un instante, pero sus rasgos enseguida recuperaron la normalidad. Si es que podía considerarse normal la incomprensible indolencia que mostraba.

—Ven, te lo enseñaré. —Trish extendió la mano, invitándome a acompañarla.

—¿Qué dices? ¿Tenemos que encontrar la forma de irnos de aquí!

—La única salida es a través del castillo —dijo mi amiga entonces, retrocediendo un par de pasos—. Solo he bajado para no dejaros tirados.

—¿Y cómo sabías que habíamos venido? —repliqué, sin entender nada.

—Os vi por la ventana. —Ella se giró y señaló hacia una de las torres del castillo, cuya silueta se apreciaba ya muy cerca—. Allí está mi habitación. De hecho, es idéntica a la de mi casa, en el mundo real.

—Entonces, ¿Jareth no te tenía en una mazmorra?

—Claro que no. —Trish sonrió con una mezcla de diversión y de fastidio—. Primero de todo, él no es así. Y segundo, ¿para qué iba a hacerlo? La puerta estaba cerrada con llave y, aunque hubiese sido capaz de romper los cristales de la ventana, no me habría arriesgado a salir por ahí. Una caída desde esa altura mataría a cualquiera, por muy bien que se me dé la escalada.

—¿Piensas decirme cómo has huido, entonces? —volví a preguntar, angustiada.

No entendía lo que estaba pasando, pero sospeché que tal vez Trish sufría un poco de síndrome de Estocolmo, o que estaba atrapada en una fantasía como la que casi me había convencido de quedarme en aquel lugar para siempre.

—En realidad, no me he escapado —aclaró por fin, bajando la mano al ver que no iba a cogérsela—. Jareth me ha dejado marchar.

—Venga ya —resoplé, pero su mueca ofendida confirmó mis temores—. ¿Por qué le defiendes? Es obvio que te ha tenido secuestrada y, por si no lo sabes, planea convertirte en uno de sus horribles goblins. ¡Quiere que te quedes aquí por los siglos de los siglos!

—Ven conmigo, Evie —insistió ella, zalamera, acariciándome la mano—. Ven conmigo y lo entenderás.

—¿Estás loca? Yo ahí no me meto. Tenemos que encontrar a los demás y largarnos lo antes posible de aquí. ¡Incluso tu hermana ha venido a buscarte!

—Ya lo sé —replicó Trish con hastío—. Ya te he dicho que os vi desde la ventana. Y no me estás escuchando... Te lo repito: la única salida está en el castillo. —Se encogió de hombros y comenzó a caminar hacia atrás—. Tú eliges.

—Espera, ¿adónde vas? ¡No irás a dejarme aquí!

Ella soltó una risita infantil y, sin previo aviso, se dio la vuelta y echó a correr.

## 23. HE VUELTO EL MUNDO DEL REVÉS

—¡Trish! ¡Espera, por favor! ¡Jareth te ha lavado el cerebro!

Era inútil, no quería escucharme. Me apresuré a seguirla como pude a través de las intrincadas calles de aquella ciudad en ruinas, a pesar de mi falta de resistencia y del intenso flato que se me clavaba en el costado.

Al fin, sin aliento, caí de rodillas sobre la escalinata que conducía al castillo, donde mi amiga se había parado unos instantes para darme tiempo a alcanzarla. Al ver que había llegado, sonrió maliciosamente y echó a correr de nuevo, atravesando el inmenso portón y perdiéndose en las tinieblas del interior.

Y yo, sin pensármelo dos veces, la seguí.

Me adentré por un largo pasillo en sombras, en cuyo fondo se adivinaba una luz tenue y difusa. Deduje que debía conducir a alguna amplia estancia donde quizá me esperaran Trish... y el propio Jareth.

Tras casi un minuto de acelerada carrera por el suelo alfombrado en color rojo sangre, tuve la sensación de que era imposible que aún no hubiera alcanzado el final del corredor. ¿Sería otro de los trucos del rey de los goblins?

Apretando los dientes, aceleré el paso hasta alcanzar la velocidad que antaño habría imprimido a mis largas piernas para ganar una carrera. Casi me parecía oír el sonido de los vítores y el clamor enardecido de los estudiantes en mi antiguo colegio, antes de mudarme a Foscor.

Perdida en estas irracionales ensoñaciones, tuve el tiempo justo de frenar en seco cuando alcancé por sorpresa el final del pasillo.

Un solo paso más y me habría precipitado al vacío.

Con un jadeo estrangulado, me balanceé al borde de aquel inesperado abismo y recuperé el equilibrio a duras penas.

Retrocedí un metro con las piernas temblorosas mientras mis ojos, heridos por la súbita claridad, hacían balance del entorno. Entonces recordé lo que sucedía en la película, y me enfureció que Jareth hubiese deseado no alterar precisamente aquella escena, que para mí era la peor.

Frente a mí, un laberinto de escaleras imposibles se extendía hasta donde alcanzaba la vista, creando un mundo de infinitas dimensiones y posibilidades que mi cerebro no era capaz de abarcar en su totalidad.

Comenzó a dolerme la cabeza mientras trataba de discernir qué era arriba y qué era abajo, pero tiré la toalla al comprender que, en aquel lugar, esa clase de adverbios habían perdido todo el sentido.

Construidas en piedra pulida color visón, algunas escaleras subían, otras bajaban, colocadas de todas las maneras imaginables, incluso en horizontal. De hecho, en aquel momento me percaté de que unos escalones puestos del revés partían justo del punto donde creía haber estado a punto de despeñarme. Como si en aquel universo, la gravedad fuera un concepto desconocido.

Una risa me llamó la atención. Al girarme hacia la derecha, distinguí a Trish haciéndome señas a unos veinte metros. Se hallaba sentada al borde de unas escaleras similares a los que se abrían ante mí, sus pies descalzos colgando sobre el vacío.

Mi inmediato alivio se esfumó como por ensalmo en cuanto me di cuenta de algo evidente: no

tenía ni idea de cómo llegar hasta ella.

—Vamos, Evelyn, no es tan difícil —me alentó mi amiga, poniéndose en pie—. Solo tienes que relajarte y encontrarás el camino.

—Trish, quédate donde estás, por favor —le supliqué, al verla girarse hacia los peldaños que subían a su derecha—. Llegaré lo antes posible, te lo prometo.

—Pero entonces... ¿dónde estaría la gracia? —Ella arrugó la nariz, divertida. Entonces señaló un punto cercano a mí—. Y si no, siempre puedes pedirle ayuda.

Aterrada, seguí la dirección de su dedo, que apuntaba a un nivel superior al mío.

Volví a retroceder un par de pasos cuando reconocí la silueta que se inclinaba sobre mí a tan solo tres metros de distancia, desde otra de aquellas insólitas plataformas volantes.

Era Jareth.

Con gesto altivo, torció sus labios finos en una sonrisa cruel. Se había cambiado de ropa respecto a la última vez que le había visto, y ahora iba todo de negro, como el malvado príncipe de algún sombrío cuento para niños... o para chicas imprudentes, de escaso juicio y corazón salvaje.

De esas que siempre suspiran por el villano de la historia, en lugar del héroe.

Chicas como yo.

Fui incapaz de contener el latido desbocado de mi pecho al volver a verle, embargada por aquella irresistible mezcla de miedo y admiración, de deseo y resentimiento que me hacía sentir.

Le temía por sus poderes, le admiraba por el mundo que había creado para nosotros. Para mí. Le deseaba por su belleza, pero estaba resentida con él por haber secuestrado a mi mejor amiga. Por apoderarse de mis sueños y de mis recuerdos, y utilizarlos para atraparme en su telaraña de embustes.

Y, sobre todo, por inspirarme aquella pasión prohibida que me perturbaba el aliento y enmarañaba mis pensamientos, convirtiéndolos en madejas de algodón de azúcar. Tan espeso que me nublaba el entendimiento y me derretía la razón. Licuándome el corazón como caramelo, como chocolate espeso y...

—¡Evelyn, despierta! —La voz burlona de Trish me hizo regresar a la realidad, y advertí que Jareth se había puesto en marcha para alcanzarme.

Con la escasa lucidez que me quedaba, eché a correr hacia delante: incluso precipitarme al vacío sería mejor que enfrentarme a él, que rendirme a su absoluto control de mi cuerpo y de mi mente.

Cerré los ojos, aterrorizada, cuando llegué al borde de la plataforma, creyendo que mi fin estaba próximo... pero mis pies siguieron clavados al suelo mientras bajaba por aquellos incongruentes escalones. Al ponerme cabeza abajo, sin embargo, no tuve la sensación de estar del revés, ni sentí la sangre presionándome el cerebro. A fin de cuentas, nada iba en el sentido correcto en aquel lugar.

Enseguida comprobé que mi amiga —que había seguido moviéndose sin parar pese a mis súplicas— de repente estaba en el mismo plano que yo, ahora a unos diez metros de distancia. Aunque ante mi incapacidad de saber cómo alcanzarla, lo mismo podrían haber sido diez kilómetros.

Angustiada por la persecución de Jareth, cuyos ojos seguían fijos en mí, seguí avanzando por aquel rompecabezas demencial. Ya no temía despeñarme: había comprendido que una especie de imán mantenía mi centro de gravedad pegado al suelo.

Insuflándome ánimos a mí misma, me convencí de que, costara lo que costase, lograría llegar

hasta Trish. Mi verdadero problema en aquel momento, pues, no era resolver el acertijo... sino hacerlo a tiempo.

Como si me hubiera leído la mente —o, mejor dicho, precisamente porque podía hacerlo—, el rey de los goblins elevó su voz de terciopelo para dirigirse a mí.

—Te quedan cincuenta minutos, querida Evelyn.

No me digné responderle, sino que seguí subiendo y bajando escaleras, ajena al dolor de cabeza cada vez más intenso que sufría. Tratando de ignorar la sed que convertía mi lengua en esparto, o el sudor que se enfriaba sobre mi piel y me hacía estremecer.

Agarrotadas y doloridas, mis piernas me conducían en todas las direcciones posibles. El rumor sordo de mis suelas de goma flotaba en el denso silencio, solo roto por las risas ocasionales de Trish y las insidiosas observaciones de Jareth.

—Veinte minutos, princesa.

¿Cómo era posible que el tiempo pasara tan deprisa? Para colmo, hacía rato que había perdido de vista a mi amiga y avanzaba a ciegas, sin saber dónde buscarla. Todo mi previo optimismo y seguridad se habían esfumado, y ya no tenía nada claro que fuera a encontrarla antes de que se me acabase el tiempo.

Con las últimas fuerzas que me quedaban, descendí hasta una plataforma en apariencia sin salida. Aunque tal vez hubiera unas escaleras colocadas del revés por el otro lado, pero no me apetecía comprobarlo todavía: primero necesitaba dos minutos de descanso. Me apoyé contra la pared y, casi sin darme cuenta, dejé resbalar mi extenuado cuerpo hasta el suelo.

Entonces, como si pudiera olerle, sentí que Jareth se acercaba.

A cámara lenta, mi cabeza giró hacia la derecha. Horrorizada, observé cómo por el extremo donde sospechaba que podría haber una escalera puesta del revés, aparecían de pronto sus pies, seguidos de sus largas piernas con botas de cuero hasta las rodillas.

Al verle acercándose, me asaltó el incoherente pensamiento de que me había equivocado en mi primera impresión: no vestía todo de negro, pues bajo el chaleco de piel con incrustaciones, asomaban las amplias y satinadas mangas de una camisa de terciopelo escarlata.

Él me miró muy serio y extrajo una de aquellas bolas de cristal con las que siempre andaba jugando, como cuando se había aparecido ante mí disfrazado de mendigo. Sin pronunciar palabra, me mostró la esfera y, esbozando una mueca de retorcida satisfacción, se dio la vuelta y la arrojó sin pararse a apuntar, convencido de dónde se hallaba su objetivo.

Con una serie de tintineos hipnóticos, la bola rebotó contra unos peldaños situados a unos quince metros y fue dando brincos hacia arriba, pese a que todas las leyes de la física bien arraigadas en mi mente se empeñaran en que aquello era imposible. Me quedé sin aliento al distinguir cómo unas pálidas manos con las uñas pintadas de negro la atrapaban.

—¡Trish! —chillé, aliviada de haberla vuelto a encontrar, pero acongojada al verla jugar con el chisme de Jareth—. ¡Suelta eso ahora mismo!

—Solo es un cristal —susurró él con voz seductora, guiñándome el ojo mientras mi amiga hacía oídos sordos a mis súplicas—. Pero, si sabes utilizarlo y miras en su interior, te mostrará tus sueños.

Como si se tratase de un truco de magia, Jareth sacó de la nada otra de aquellas esferas transparentes y me la alargó. Antes de que pudiera agarrarla —pues por una microcéntesima de segundo estuve a punto de hacerlo—, él la apartó y se puso a jugar con ella con la maestría de un prestidigitador.

—De acuerdo —dije con falsa valentía, y extendí una mano.

Tras una leve vacilación, él me tendió la bola. Entonces, armándome de valor, le di un fuerte manotazo que la lanzó por los aires.

Él soltó un bramido similar al de una bestia, y yo aproveché la distracción para sortearle, mientras la onda expansiva de su rabia se me incrustaba hasta los huesos. Sin perder un segundo, me abalancé hacia las escaleras por las que él había aparecido, pero me di cuenta demasiado tarde de que había cometido un terrible error.

Allí no había ningunas escaleras.

Jareth, simplemente, se había materializado en mi plataforma de algún modo, alterando de nuevo todas las leyes naturales, como llevaba haciendo desde que nos había atrapado en su universo de artificios y de sombras.

Caí a través del vacío chillando como una posesa, aunque enseguida advertí que la gravedad inexistente impedía que mi cuerpo ganara velocidad. Igual que cuando había atravesado el espejo del salón de baile, descendí con elegancia hasta un nivel muchos metros por debajo de nosotros.

Había logrado alejarme del rey de los goblins...

Pero también de toda posibilidad de salvar a Trish.

## 24. Y TODO LO HE HECHO POR TI

Miré a mi alrededor y me percaté de que había ido a parar al mismo lugar que Sarah en la película, aunque mis recuerdos de la escena eran demasiado vagos.

Se diría que había descendido hasta una versión apocalíptica y ruinoso del nivel superior. Distinguí restos arquitectónicos que se inclinaban y ondeaban suspendidos en el aire, dándome la impresión de que me hallaba bajo el agua, pues sus contornos tenían un aspecto difuso. Fragmentos de escalera y de piedra culebreaban sobre mi cabeza y en torno a mí, atrapándome en aquella especie de submundo acuático.

Entonces, una llamarada de pánico incendió la sangre en mis venas al sentir la presencia que acababa de aparecer a mi derecha. Boquéé cómo si realmente estuviera sumergida en el mar y me hubiera quedado sin oxígeno.

No había escapado de Jareth como pensaba.

Le contemplé caminar hacia mí con la lentitud de los depredadores, sabedores de que su víctima no tiene posibilidad alguna de escapar.

Pese a que apenas hacía un minuto que le había perdido de vista, su ropa había vuelto a cambiar. Como si hubiera pasado de criatura de las tinieblas a ser celestial, ahora vestía del color de la nieve: camisa con plumas y chorreras, mallas de bailarín y una capa ondeante hasta los pies calzados en cuero blanco. Su pelo flotaba en aquella atmósfera irreal cual tormenta de oro evanescente, y sus marcados pómulos tenían el níveo brillo de la madreperla.

Me recordó al ave nocturna bajo cuya forma se había presentado en nuestro primer encuentro. Si es que alguien es capaz de imaginarse a una lechuza cuya belleza quite el aliento, magnífica y terrible al mismo tiempo.

Solo entonces me di cuenta de que, flotando en el vacío a sus espaldas, un reloj marcaba la hora.

Me quedaban cinco minutos.

—Sabes, Evelyn —comenzó, mientras orbitaba en torno a mí—, he sido muy generoso hasta ahora... pero puedo ser cruel.

—Ahórrame tus ridículos diálogos de película —le espeté, y él apretó los labios, con una mezcla de disgusto y diversión ante mi osadía—. Te exijo que me devuelvas a Trish ahora mismo.

—Como te decía, he sido generoso... —insistió él, ignorando mi petición.

Resoplé y decidí seguirle el juego.

—¿En qué has sido generoso, si puede saberse?

Él imprimió un tono solemne a sus siguientes palabras, sin dejar de caminar en círculos cada vez más apretados a mi alrededor.

—He dado forma a los deseos y necesidades más profundos de tu corazón: he inventado aventuras para que disfrutaras con tus amigos de este último verano juntos; he puesto a prueba tu inteligencia con acertijos y desafíos...

—¿Acertijos y desafíos? —le interrumpí, sin dar crédito a lo que oía—. ¡Dirás más bien peligros y torturas!

—... te he regalado un baile conmigo envuelta en lujos; te he devuelto tus sueños y recuerdos perdidos...

—¡Nadie te pidió que te inmiscuyeras en mi mente!

—...incluso he vuelto el mundo del revés —terminó él, hablando por encima de mis palabras—. Y todo lo he hecho por ti, Evelyn.

Sus ojos de hielo seguían fijos en los míos, y se me acercó tanto que volví a sentir aquel olor que me hacía la boca agua. Olía a invierno, a incienso, a chocolate blanco.

Pero también había un fondo metálico de miedo y de sangre. De pétalos marchitos y de cenizas.

—¿Por mí? —me atreví a susurrar, mis labios a escasos centímetros de los suyos. Ansiaba besarle y, al mismo tiempo, la mera idea me producía náuseas y escalofríos—. ¿Cómo te atreves a mentir así? ¡Lo hiciste por Vero! Fue ella quien te pidió que te llevaras a su hermana. ¿Qué narices tengo que ver yo?

—Verónica —pronunció él con desprecio, escupiendo el nombre como si se tratase de un insulto—. ¿Acaso piensas que hago caso de todas las peticiones que me llegan de niñas aburridas que desean librarse de sus hermanos pequeños? ¿Piensas que habría movido un solo dedo por un alma vacía y superficial como la de esa payasa malcriada? No, Evie...

El cambio de tono y el uso de aquel diminutivo por el que solo me llamaban las personas más cercanas a mí me agitó el corazón.

—Únicamente lo hice porque te vi entre ellas. Entre esas dos hermanas que se odiaban. Tu esencia y tu espíritu destellaron ante mis ojos como un foco de luz en la oscuridad infinita del universo. Y me cegaste —susurró, acercándose más a mí, tentándome con sus labios finos y bien formados—. Me volviste loco, y creé un mundo de ensueño solo para ti... y para tu amiga Trish. Podéis estar las dos juntas, no tengo ningún inconveniente. Con vuestros recuerdos, con vuestros sueños. Rodeadas de aquello que más os importa.

Le miré en silencio, absorbiendo sus palabras como si fuesen un elixir prohibido y adictivo. Mi actitud le envalentonó para continuar.

—Solo te pido algo a cambio, muy poca cosa —prosiguió, con aquel par de iris dispares clavados en los míos, segregando algún embrujo invisible que imposibilitaba apartarse—. Deja que te gobierne... y te daré todo lo que me pidas.

—¿Todo? —musité, y al oír mi voz me sonó muy lejana, como si no fuera yo quien hablaba.

—Todo —insistió él, y sacó de entre los pliegues de su capa otra de aquellas bolas relucientes. Me la ofreció con delicadeza—. Solo témeme... ámame —se corrigió enseguida—, y yo seré tu esclavo.

—Eso será por encima de mi cadáver —gruñó una voz a nuestras espaldas.

Con los ojos agrandados por la sorpresa, Jareth se giró de inmediato y yo alargué el cuello para mirar por encima de su hombro.

Me quedé pasmada al ver a Vero acercándose, balanceando los puños apretados por la furia a los lados de sus bien formadas caderas. Sus ojos azules, tan parecidos a los de su hermana, se habían reducido a meras rendijas, y casi despedían relámpagos en medio de su rostro sudoroso, pálido a pesar de su bronceado.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —siseó Jareth, entre atónito y furioso.

Ella esbozó una torcida sonrisa de triunfo y, por un momento, me recordó tanto a Trish que me dejó pasmada. El sudor que humedecía y aplastaba su pelo lo hacía parecer más oscuro, reforzando aquel espejismo.

—«Por increíbles peligros e innumerables fatigas, me he abierto camino hasta el castillo más allá de la ciudad de los goblins —comenzó a recitar sin frenar su avance—, para recuperar la

chica que me has robado».

—No puedes hacer esto, es imposible —gritó él, encolerizado. Parecía como si la desesperación hubiera menguado su silueta, despojándole de aquella irresistible aura de perfección—. Todo esto lo he creado yo. ¡Es mi reino!

—«Porque mi voluntad es tan fuerte como la tuya y mi reino igual de grande...» —prosiguió ella, ampliando su sonrisa insolente.

—¡Vero! —la interrumpí, tratando de darle un abrazo—. ¿Cómo me has encontrado? Gracias a Dios que has venido...

—Mierda —exclamó ella, esquivándose. Se apretó las sienes con los dedos, luchando por recordar—. ¡No consigo recordar el resto!

—¿De qué estás hablando? —pregunté, ofendida por su falta de entusiasmo al verme. ¡Cualquiera diría que había venido a rescatarme!

Como una fiera ante el olor de la sangre, Jareth alzó la cabeza al oír sus palabras y, expectante, aguardó a que continuara.

—El resto del discurso —cuchicheó ella, mirándome al fin con los ojos desorbitados—. ¡El que recita Sarah al final! ¿Cómo sigue después de... «Y mi reino igual de grande?»

—No tengo ni idea. De hecho, no entiendo cómo has recordado siquiera una frase. ¿No decías que no habías visto la película?

—Nunca he dicho tal cosa —bufó ella, exasperada—. Dije que no me la había tragado mil veces como mi hermana, y que por eso no recordaba bien las escenas o los personajes... pero este discursito ridículo me lo sé casi de memoria porque ella no dejaba de recitarlo a todas horas cuando era pequeña.

» El problema —añadió en voz más baja al ver cómo Jareth nos acechaba— es que no consigo recordar cómo sigue.

—Vaya, vaya —entonó el rey de los goblins. Se acercó a nosotras con los brazos en jarras, haciendo que la capa se desplegara en torno a su cuerpo como las alas de un ave—. Parece que estáis en apuros.

—No le mires —me pidió Vero, agarrándose de las muñecas y forzándose a fijar la vista en ella—. No le escuches. —Cerró los ojos y apretó los dientes con tanta fuerza que se le marcó el hueso bajo la piel—. «Porque mi voluntad es tan fuerte como la tuya... y mi reino igual de grande...»

—No sé por qué, pero todas tienen problemas para recordar esa frase —me susurró él al oído, regocijado.

Incapaz de luchar contra ello, dejé que me obligara a encararle. Le bastó con colocar un segundo sus manos en mis caderas y hacerlas girar en su dirección.

Pese a mantener la mirada baja para obedecer las órdenes de Vero, al sentir el roce de Jareth, el corazón se me aceleró hasta producirme visión borrosa. Un intenso calor se concentró en mis mejillas, como si mi efervescente sangre me hubiera propinado un latigazo.

Hice un último intento por resistirme y di un paso atrás, pero tropecé con mis propios pies y me tambaleé con torpeza. Cuando Jareth me sujetó para impedir que me cayera, sin darme cuenta levanté los ojos.

Su belleza, etérea y sombría, era la de un ángel de las tinieblas. Su voz recorría con suavidad los rincones de mi cerebro, como una lengua de seda acariciando cada recoveco, dejando tras de sí un fino rastro diamantino cual cristales de azúcar.

«No escuches a tu amiga», le oí hablar en mi mente, sus ojos fijos en los míos.

Había recuperado la seguridad al darse cuenta de que Vero no podía salvarnos. Su aura de poder había regresado y resplandecía de nuevo con toda su fuerza, prometiendo un futuro imperecedero de felicidad y sueños nacarados.

«Mi oferta sigue en pie», continuó, aún sin producir ningún sonido, para que solo yo pudiera oírle. «Trish y tú podéis quedaros aquí para siempre, y te prometo que tus amigos regresarán sanos y salvos a sus casas, incluida la insolente de su hermana... para que veas el alcance de mi generosidad.»

Hizo una breve pausa, dejando que sus palabras calaran hondo en mí.

«Vosotras dejaréis que os gobierne y, a cambio, yo os lo daré todo. Todo lo que me pidáis... Lo que tú me pidas que os dé. Seré tu esclavo, Evelyn.»

Tragué saliva, sintiendo cómo me resbalaban las gotas de sudor por la frente y por la nariz, cómo todos mis músculos se paralizaban, incapaces de responder a las constantes órdenes de movimiento que mi agotado cerebro les enviaba.

Mis labios agrietados se entreabrieron para dar una respuesta, para pronunciar una frase que, pese a todos mis intentos, sabía que nos condenaría a Trish y a mí.

Vi cómo los ojos de Jareth se iluminaban con un brillo demoníaco, cómo su boca se torcía en aquella sonrisa de lobo, convencido ya de su triunfo. Mis cuerdas vocales se prepararon para ponerse en movimiento, mi lengua reseca se retrajo para dar paso a la fricativa alveolar sorda, seguida de la vocal que me condenaría para siempre...

Entonces, unas manos frías se cerraron en torno a mi cintura y me obligaron a retroceder un paso.

De inmediato, la persona a la que pertenecían se puso delante de mí, cubriéndome con su cuerpo para bloquear la visión de Jareth. Y, pese a que era mucho más bajita que yo, en aquel momento la vi como a un gigante.

—Apártate de ella, maldito monstruo —masculló la hermana de Trish, y una sonrisa enajenada se expandió por su rostro al recitar la frase que le faltaba—: «No tienes poder sobre mí.»

Me miró de reojo, todavía encarando al rey de los goblins, y me estrujó la mano para insuflarme fuerzas.

—Repítelo conmigo, Evelyn.

—«No tienes poder sobre mí» —declaré, al principio con miedo. Entonces me aclaré la garganta y, tras una carcajada de puro alivio al ver que no caía fulminada por un rayo, asentí ante la señal de Vero para sincronizarnos y repetí con más energía—: «¡No tienes poder sobre mí!»

Nuestras dos voces unidas se alzaron en lo más profundo de aquel mundo de locura y de terror disfrazado de país de los sueños, y lo hicieron estallar como si fuese una de las burbujas de cristal con las que jugaba Jareth.

No vimos su mueca de incredulidad y decepción al arrojar precisamente la bola que me había ofrecido como si de un despojo se tratase, ni fuimos conscientes del dolor de su corazón tras aquel nuevo fracaso.

Y si no nos dimos cuenta fue porque a nuestro alrededor se había desatado el apocalipsis... o lo más parecido a ello que jamás habían presenciado mis ojos.

La dimensión en la que nos hallábamos se resquebrajó en un sinfín de desiguales esquirlas de espejo, que nos levantaron a las dos entre reflejos afilados y nos propulsaron hacia arriba, como jinetes de un géiser fuera de control.

Pocos segundos antes de perder la conciencia, volví a sentir la mano de Vero apretando la

mía. Y si no fuera porque me cuesta creerlo, juraría que me dijo al oído:

—Si no sobrevivo, dile a mi hermana que... en realidad, ella es todo mi mundo.

## EPÍLOGO

—No sé qué me gusta más del final de esta aventura —declaró Trish con una sonrisa maliciosa—. Si el hecho de que, por una vez y sin posibilidad de discusión, se las haya cargado todas Vero...

Todos permanecemos atentos a su respuesta, incluso pese a que la aludida estuvo a punto de abrir la boca para protestar, pero se lo pensé mejor cuando le di un codazo.

—O que, desde que hemos vuelto —prosiguió mi amiga, ampliando aún más su mueca desvergonzada—, Evelyn no pare de besuquearme.

—¡Oye! —protesté, poniéndome roja como un tomate mientras los demás se desternillaban, el traidor de Echo incluido—. Es solo que te he echado de menos y me alivia verte bien, ¿vale?

Poco menos de veinticuatro horas después de nuestro regreso a la realidad, nos hallábamos reunidos una vez más en el Café de Nunca Jamás para un desayuno fuera de lo común: por un lado, no era domingo y, por el otro, Vero se había unido al grupo.

—¿De verdad no te acuerdas de nada? —intervino mi chico pasados unos segundos, con los ojos aún brillantes de su reciente hilaridad.

—Ya os lo he dicho: de no ser porque me desperté en mi cuarto rodeada por vosotros, pensaría que todo fue un sueño. —Trish se encogió de hombros—. Más o menos recuerdo lo sucedido, pero lo veo como borroso... Estuve casi todo el tiempo encerrada en la versión de mi propio cuarto en el castillo de Jareth, y la verdad es que apenas tuve interacción con él. En el fondo, os odio un poco.

—¿Perdona? —se alteró Vero, casi escupiendo la galleta que tenía en la boca.

—Mientras yo me moría de asco en esa habitación, vosotros habéis tenido la oportunidad de recorrer el laberinto, vivir aventuras y codearos con el mismísimo rey de los goblins... joder, con David Bowie —se quejó Trish, y agitó las manos en el aire al ver mi expresión—. Antes de que me corrijas, Evelyn, ya sé que no era Bowie de verdad... ¡pero tenía su aspecto!

—No era eso lo que iba a decir —repliqué, picada—, sino que me parece el colmo que te quejes de haber estado tranquila y a salvo, mientras nosotros por poco la palmamos para rescatarte. ¡Y todo por tu culpa! —Alcé la mano para acallar sus protestas—. Sí, has oído bien, porque tanto tú como tu hermana sois culpables de lo sucedido, por andar siempre como el perro y el gato...

—Bueno, las cosas han cambiado entre nosotras, ¿verdad, enana? —Con una sonrisa, Vero le revolvió el pelo a Trish y esta le dio un manotazo.

—No te pases, carcamal. —Pese al tono antipático, en el rostro de la gótica destelló una sonrisa cómplice y, al fin, añadió a regañadientes—: Menos mal que te martiricé con el discurso de Sarah durante toda mi infancia... Nos ha salvado de una eternidad esclavizados por ese psicópata.

—Ah, ¿ahora es un psicópata? —ironicé, poniendo los ojos en blanco.

Mi amiga hizo una mueca y me dedicó un guiño travieso.

—Siempre lo ha sido, pero precisamente ese es otro de los motivos por los que me habría encantado conocerle.

—Dios los cría y ellos se juntan —se burló Vero.

Nos echamos todos a reír, Trish incluida, y se me llenó el corazón de ternura al ver a las dos hermanas llevándose bien por fin, incluso pese a su constante tendencia a atacarse. La diferencia radicaba en la naturaleza de esos ataques, que ahora ya no eran burlas despiadadas, ni guardaban mala intención en su fondo.

Si haber estado a punto de sufrir una vida de penurias había terminado en eso, me dije, bien había valido la pena el riesgo.

—Ya que hablamos del discurso de Sarah —intervine mirando a Vero—, al final no llegaste a decirme cómo diablos habías ido a parar al castillo.

Ella negó con la cabeza, tan perdida como yo.

—La verdad es que no tengo ni idea —admitió—. Solo sé que, de repente, desaparecisteis todos, y por más que os busqué, no fui capaz de encontraros. Entonces, en medio de mi desesperación, vi una luz blanca a lo lejos y decidí seguirla... como si un espíritu benigno me estuviera guiando. Y así llegué hasta el castillo. —Tras una breve pausa, agachó la cabeza con una sonrisa avergonzada y sentenció—: De algún modo, creo que esa luz era mi hermana.

—Qué bonito —se burló Trish, dispuesta a seguir chinchándola—. Probablemente, estabas tan cansada que comenzaste a flipar, como si te hubieras metido un chute. Pero oye, si por lo menos el delirio sirvió para rescatarnos —añadió mientras todos nos reíamos—, ¡no seré yo quien me queje!

Seguimos charlando y discutiendo en broma a lo largo de todo el desayuno, mientras Echo y Pau se ponían morados de toda clase de dulces, Vero y yo devorábamos un par de *cookies* gigantes de vainilla con chips de chocolate y Trish, según su costumbre, sorbía un café solo y se dignaba probar, en una inesperada excepción, algún que otro mordisco de lo que le ofrecíamos los demás.

Cuando ya habíamos terminado con todo y estábamos a punto de reventar, pagamos la consumición y nos dirigimos hacia la salida, donde cada uno pondría rumbo a su casa, exceptuándonos a Echo y a mí.

Por fortuna para nosotros, habíamos regresado de nuestras peripecias a la hora exacta en la cual habíamos sido abducidos por el DVD maldito, de forma que, antes de que mi chico se subiera al coche cargado con todos sus bártulos y pusiera rumbo a Barcelona, aún nos quedaba un día juntos. E íbamos a aprovechar cada minuto al doscientos por ciento, sin regalar ni una migaja de nuestro escaso tiempo juntos a ninguna otra persona que no fuéramos nosotros dos.

Ya nos habíamos despedido del resto y comenzábamos a alejarnos, cuando oí que alguien gritaba mi nombre, y al girarme vi a Trish corriendo de nuevo hacia mí.

—¿Podemos hablar un momento? —Al ver mi cara, puso los ojos en blanco y soltó una mezcla de risa y resoplido—. Tranquila, solo serán dos minutos, ya sé que hoy es vuestro último día de babas y cursilería compartidos.

—Un día te voy a coser esa boca que tienes —bromeé, haciendo ver que le daba una bofetada—. Anda que no te eché de menos mientras estábamos atrapados en ese maldito laberinto.

—¿Lo dices de verdad? —replicó ella, muy seria. De hecho, después de la broma que acababa de hacerme, se la veía extraña, como en tensión.

—Pues claro, tonta. Las cosas no son lo mismo sin ti... Bueno, ¿qué querías decirme?

Mi amiga seguía mostrando una actitud rara, entre tímida y evasiva. Le dio una patada a una piedrecita del suelo y se removió en su sitio, esquivando mi mirada.

—Sé que lo sabes —soltó de sopetón, aún mirando las puntas de sus botas—, y siento que te enteraras de esa forma.

El corazón se me detuvo en mitad de un latido, o por lo menos, esa fue la impresión que me

dio. Un golpe de calor me prendió fuego a las mejillas y deseé que se me tragara la tierra. Decidí que no tenía sentido hacerse la tonta.

—Trish, yo...

—Te lo hubiera dicho algún día —prosiguió ella, aún reacia a mirarme—. No sé cuándo, quizá cuando hubiera pasado más tiempo. Pero quiero que sepas... —Ahí por fin levantó la mirada, desafiante y azul como las olas del mar— que ya no te veo así. Eres mi mejor amiga. Punto. Y nunca te he invitado a mi casa a dormir para aprovecharme de ti —añadió enseguida—, como insinuó Vero cuando...

Su rostro había cobrado un tinte preocupante, muy pálido y con pequeñas manchas rojas, concentradas sobre todo en las mejillas y la garganta. Parecía no saber cómo continuar, de modo que agarré su mano y se la apreté con cariño.

—Trish, no tienes que prometerme nada. Jamás pensaría eso de ti.

—Solo quería que lo supieras —musitó ella, agotada por aquel arranque de valor que debía de haberle costado más que nada en su vida.

—Pues ya lo sé —repliqué, sintiéndome de lo más torpe y estúpida. Además, con una vergüenza difícil de describir con palabras.

A unos metros, Echo fingía estar enfrascado en su teléfono, aunque cierta tensión en sus hombros me convenció de que sabía muy bien de qué iba mi charla con Trish.

—No os entretengo más —se apresuró a decir ella, viendo cómo vigilaba a mi chico—. Concentraos en pasarlo bien juntos y no os deprimáis, ¿vale? Que en el fondo sois los dos unos *drama-queen*.

Agradecí que distendiera el ambiente con aquella broma y, justo antes de que se marchara, tiré de su mano y la hice girarse de nuevo hacia mí. Ella me miró sorprendida y yo le dije, tan seria como ella un momento atrás:

—A mí me gustan los chicos, y eso no cambiará. —Antes de que su cara siguiera reflejando lo poco que le gustaba o necesitaba aquella aclaración, me apresuré a añadir en voz baja—: Pero si me atrajeran las chicas...

—¿Qué? —me retó ella, insolente, sacando la mandíbula. Sus iris azules relucían como aguamarinas, fríos y transparentes.

Yo le sonreí con dulzura y le pellizqué la mejilla antes de susurrar:

—Daría cualquier cosa porque fueras mi novia, bocazas.

Salí corriendo bajo el sol de septiembre y me reuní con Echo sin volver la vista atrás, sabiendo que ni Trish ni yo volveríamos a mencionar jamás aquella conversación.

- 
- [\[1\]](#) Ver el segundo tomo de la colección, *La fábrica de muñecas*.
  - [\[2\]](#) Ver el segundo tomo de la colección, *Belleza de sangre*.
  - [\[3\]](#) Ver el sexto tomo de la colección, *Belleza de sangre*.
  - [\[4\]](#) Ver el tercer tomo de la colección, *El Cabaret de la noche*.
  - [\[5\]](#) Literalmente: Ya cruzaremos ese puente cuando llegemos a él.